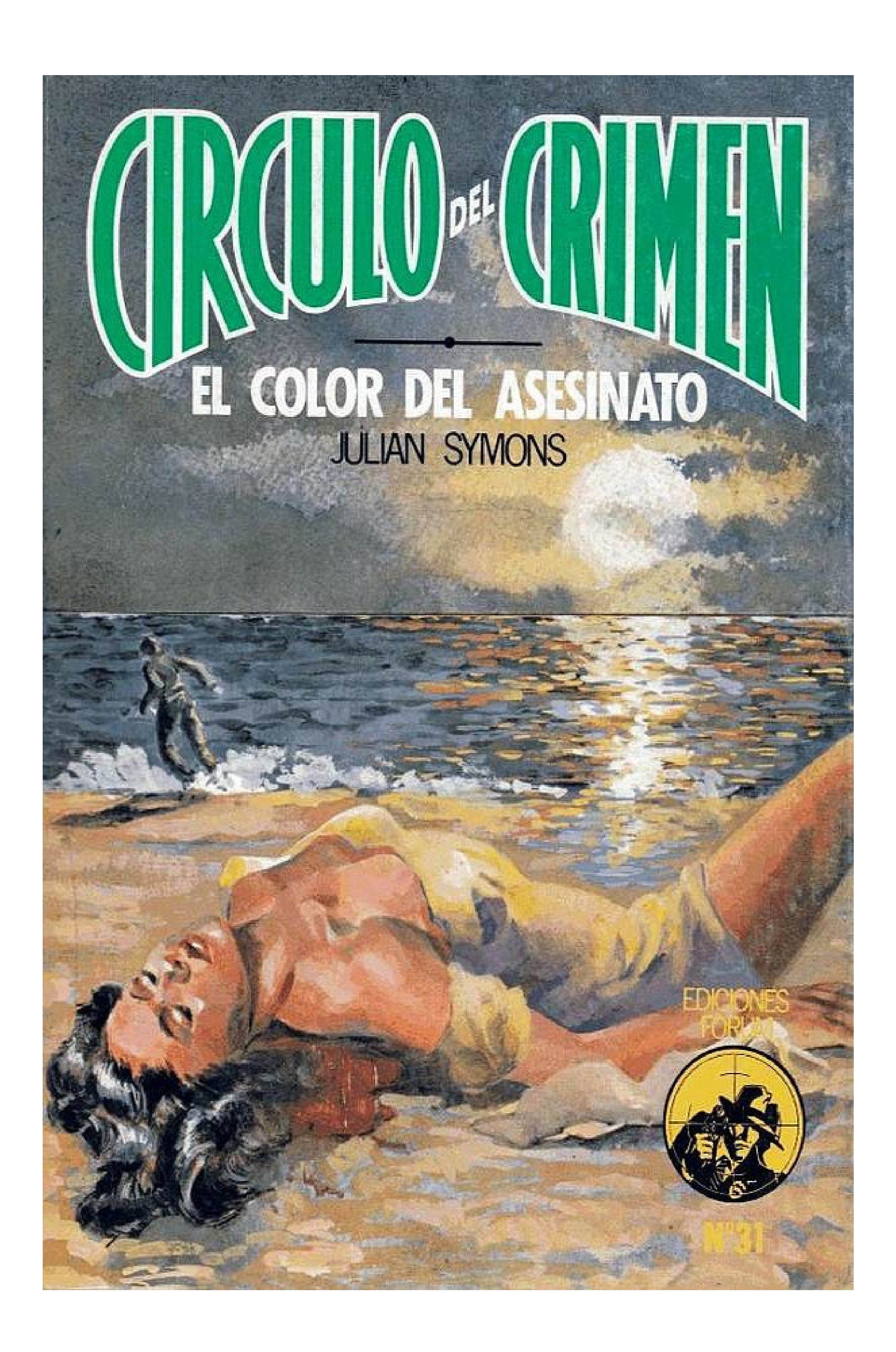

CIRCULO DEL CRIMEN
EL COLOR DEL ASESINATO
JULIAN SYMONS
EDICIONES FORUM
Nº 31

Julian Symons

EL COLOR DEL ASESINATO

Círculo del Crimen Nº 31

ePub r1.1

Rutherford/Rbear 03.02.16

Título original: *The Colour of Murder*
Julian Symons, 1957
Traducción: Clara Janés
Forum: 1983
ePub base r1.2

Editor digital: *Rutherford/Rbear* (03/02/16) (r1.0)

Revisión de *dino51bd* (18/02/16) (r1.1)
Cotejado con la versión impresa de: *Fórum (Círculo del Crimen), 1983*.
Corrección sistemática (o sea, *deberían* estar bien) de: índice, notas y párrafos (integridad, separaciones entre ellos y formato).
Corrección no sistemática (es decir, lo que me ha *saltado a la vista* al controlar los párrafos: es previsible que se mantengan errores) de: cursivas, negritas y erratas tipográficas.
Correcciones adicionales: ninguna.

NOTA: La prueba de la bencidina aplicada a la sangre, que se describe en la segunda mitad de este libro, es una prueba real, y existe cierta discusión sobre su valor, en las líneas que he sugerido. No se pretende hacer referencia a ningún caso de asesinato real, sin embargo, y todos los personajes de esta historia son imaginarios.

J. S.

PRIMERA PARTE

ANTES

RELATO DE JOHN WILKINS
AL DOCTOR MAX ANDREADIS, PSIQUIATRA

1

Todo empezó un día de abril cuando fui a cambiar un libro a la biblioteca, por lo menos éste es el momento en que me pareció qie empezaba, aunque sé que ustedes hacen que las cosas se remonten siempre más atrás, y me gustaría decir que no creo en todo eso. Haga el hombre lo que haga, tiene que asumir la responsabilidad de sus propias acciones; eso es lo que creo. No sé cómo podría el mundo funcionar de otro modo. Tenía que decir esto, aunque sé que podría ir contra mí.

Aquella tarde, cuando regresé a casa después de trabajar, May tenía una de sus jaquecas. Estaba tendida en el dormitorio con las cortinas echadas, dijo que no había comido en todo el día, pero lo primero que me pidió fue que le cambiara el libro de la biblioteca. Esto parece extraño, ¿no?, ya que ella no quería leer, pero era muy de May. Ve usted, había que devolver el libro ese día y si no nos hubieran obligado a pagar una multa de dos peniques. May nunca se olvidaba de cosas de ese tipo. Era —es, debería decir, pero la vida con ella parece muy lejana— una buena esposa, contaba hasta los peniques.

Me comí la cena: cecina con ensalada de patatas y parte de una lata de fruta, y fui a la biblioteca a devolver el libro. La chica que lo cogió era nueva, una muchacha guapa, morena, bastante llenita, y me sonrió. No es muy frecuente que las mujeres me sonrían, sabe. No les resulto atractivo. No es que algo no marche en cuanto a mi aspecto, mi madre me decía siempre que era guapo cuando niño, y en la escuela me las apañaba muy bien con las niñas. Pero desde que cumplí los veintiún años, más o menos, me di cuenta de que la mayoría de las chicas no querían hablar conmigo por mucho tiempo. No se trata de mal aliento o sudor o algo parecido, es… bueno, con las mujeres me pongo nervioso, hablo demasiado de prisa cuando estoy con ellas, y me acaloro. No puedo explicar mejor lo que es.

En cualquier caso, esa chica me sonrió y yo le pregunté si. era nueva, y ella dijo que sí. Luego, cuando yo estaba mirando los libros, apareció empujando un carrito con los que acababan de ser devueltos y yo le hablé, le pregunté si tenían algo de Moira Mauleverer, que era una empalagosa novelista romántica que a May le gustaba particularmente. Ella volvió a sonreír.

—No estoy segura, señor Wilkins. ¿Lee usted a Moira Mauleverer?

—¡Oh, no! —le contesté, y luego continué—: Son para mi hermana. Es una inválida, sabe. Está confinada en la casa y lee este tipo de libros. A mí me gusta Somerset Maugham.

—Es un buen autor.

—Es un hombre de mundo. Muy sofisticado.

—Sí. ¿Me permite un momento?

Colocó los libros del carrito en los estantes y me di cuenta de que tenía unas uñas muy bonitas. Luego, un par de minutos después, volvió hacia mí:

—¿Ha leído su hermana éste? Es nuevo, todavía no lo hemos colocado en las estanterías siquiera.

Sostenía en alto un libro con cubierta brillante, *La mujer que se creyó princesa*, por Moira Mauleverer. Cuando lo cogí, nuestras manos se tocaron, y sentí como un estremecimiento que me subía por el brazo.

Luego le di las gracias y tal vez estuve en ello demasiado rato, porque empezó a parecer algo inquieta y dijo que tenía que volver

ahora al mostrador de entrega de libros. Así que cogí aquél y me fui a casa. Esta fue la primera vez que vi a Sheila, y justo esta primera vez le dije una mentira: que May era una inválida y que era mi hermana en vez de mi mujer. No sé por qué lo hice.

2

Al día siguiente May estaba mejor, se levantó por la mañana para desayunar y estaba encantada con el libro. Dijo que se sentía suficientemente bien como para ir al trabajo (tenía una media jornada en una papelería) y yo salí sintiéndome más contento que de costumbre. Aquella tarde iríamos a ver a madre, siempre lo hacíamos los miércoles, y lo arreglé para que nos encontráramos allí.

En el trabajo, sin embargo, ese día, no todo fue coser y cantar. Usted ya sabe qué hago, soy ayudante de dirección del departamento de reclamaciones de Palings, la gran tienda de Oxford Street. Es un puesto importante, de mucha responsabilidad, aunque el salario no es muy alto, quinientas cincuenta al año. Esa mañana, el director del departamento, mi inmediato superior, el señor Gimball, me hizo llamar.

—¿Qué tal está usted hoy, señor Wilkins? —me preguntó.

—Muy bien, señor —contesté sinceramente.

—Se acabaron esos desmayos, espero.

—No queda ni una huella.

Tuve dos o tres ataques de amnesia temporal el año pasado. Por amnesia quiero decir que había salido a comer, tomado un par de copas, y aparentemente no había vuelto a trabajar por la tarde. Nunca estuve del todo seguro de que el señor Gimball creyera mi explicación de que no sabía qué había sucedido, aunque era perfectamente cierta. El último ataque me había dado precisamente antes de Navidad, y después de ello el señor Gimball sugirió que me tomara un par de días libres.

—¿No siente usted la fatiga de un exceso de trabajo o algo parecido?

Pensé en el modo en que la muchacha de la biblioteca me había sonreído y me reí confiado.

—¡Oh, no, señor Gimball!

—Entonces, ¿cómo explica usted esto?

Empujó hacia mí tres cartas sobre la mesa del despacho y yo las leí. Eran cartas de quejas, una sobre un par de medias; otra, sobre un jersey, y la tercera, de una mujer que se lamentaba de que una de las dependientas que despachaban soda le había insultado. El señor Gimball hizo resaltar esta carta.

—Es de hace una semana. Hemos recibido otra de la misma mujer amenazando llevar una acción legal contra la empresa.

—Esta es la primera vez que veo estas cartas, señor Gimball.

—Todas ellas tienen el sello con la fecha en que se han recibido. Han estado en su mesa de despacho desde que llegaron.

—¡Oh, no!

Y no tuve más remedio que añadir:

—Eso no es verdad.

—¿Me está llamando usted mentiroso, señor Wilkins?

Siempre pensé que el señor Gimball era un hombre helado: su cabello parecía escarcha, sus gafas despedían pequeños destellos de luz fría, llevaba siempre un prendedor de corbata con una perla brillante. De pronto me di cuenta de que estaba incluso más helado que de costumbre.

—Por supuesto que no, señor. Sólo quise decir que sé que hubiera visto estas cartas si hubieran estado en mi mesa de despacho. Usted sabe bien que siempre he apoyado fielmente el sistema Gimball. Convertimos las quejas en felicitaciones, nunca lo olvido.

Este era uno de los slogans del señor Gimball, y estaba clavado por todo el departamento.

—Eso me alegra. Así que usted no había visto estas cartas antes.

Algo en su modo de hablar me hizo responder:

—No, no que yo sepa.

Levantó el auricular y preguntó por la señorita Murchison. Era una muchacha de nariz afilada y ojos enrojecidos, que se ocupaba de hacer todas las minucias y yo sabía que no le gustaba. Cuando entró él le dijo:

—¿Dónde encontró usted esas cartas, señorita Murchison?

—En la mesa de despacho del señor Wilkins, señor; debajo de un montón de otros papeles. Se las mencioné a él hace dos días. Dijo que no le molestara en aquel momento, que estaba demasiado

ocupado.

La miré fijamente asombrado. Su mirada baja y el modo en que murmuraba las palabras me convenció de que estaba diciendo la verdad. A pesar de ello, no pude recordar nada del asunto. ¿O pude? A distancia, en alguna parte de la nebulosa de la memoria, me parecía recordar a la señorita Murchison diciendo palabras como aquellas. Entonces, ¿por qué no les había prestado atención, qué había estado haciendo yo? Pensaba en eso y, de pronto, me di cuenta de que Gimball me hablaba y de que la señorita Murchison se había ido.

—¿Qué estaba usted haciendo que fuera de mayor importancia que nuestro propio cometido de convertir las quejas en felicitaciones, señor Wilkins?

—Es cierto que hemos tenido mucho trabajo últimamente…

—Usted me informó hace cinco minutos, sin embargo, de que no le pesaba el exceso de trabajo.

Sentí sudor en la palma de las manos. Sabía que estaba asustado.

—Sí, pero a veces estamos muy ocupados, usted sabe muy bien que estas cosas van por oleadas y que no dejaría que se me escapara una cosa así a no ser en circunstancias especiales. Sinceramente no recuerdo que la señorita Murchison me hablara sobre ello, aunque acepto que lo hizo. Si me permite la carta de esa señora que ha escrito dos veces…

—Ya la he contestado. Me trajeron la carta sólo porque era el segundo comunicado y no se había contestado al primero. Me pregunto cuántos otros casos de retraso se han producido sobre los que no se ha llamado mi atención.

—Ninguno —dije impaciente—. Estoy seguro de ello.

—Lo que no puedo entender, señor Wilkins, es cómo se le pudo pasar éste. Para mí, es algo verdaderamente incomprensible.

Parecía esperar una respuesta.

—Haré que no vuelva a suceder.

—Acaso un traslado a otro departamento…

—Espero que no lo considere necesario, señor Gimball.

Esto era realmente una amenaza. El traslado a otro departamento suponía que me bajarían de categoría a cualquier tipo de trabajo de dependiente. Pensé que aquello sería el final, pero él siguió hablando durante otros diez minutos antes de dejarme

marchar.

Volví a mi puesto y me puse a dictar cartas inmediatamente, enviando un par de calcetines nuevos a la mujer y pidiendo al caballero que devolviera su jersey. Miré detenidamente todas las demás cosas que estaban en mi mesa y me ocupé de todo lo referente a ellas que tenía cierta urgencia. Pasé el resto del día como aturdido.

Porque, ve usted, mientras hablaba con Gimball *había* recordado que aquellas cartas estuvieron en mi mesa, y que pensé que debía contestarlas. ¿Por qué no lo hice? Cuando llegaba a esta pregunta se me quedaba la mente en blanco, y al final, en algún momento de la tarde, abandoné el intento de contestarla y empecé a pensar de nuevo en la muchacha de la biblioteca.

3

A May no le gustaba demasiado ir a casa de madre cada miércoles, sólo lo hacía porque yo insistía y con frecuencia se lamentaba. Había para ello varias razones, por lo que yo podía deducir. Una de ellas era que nosotros teníamos un piso en Windover Close, un bloque nuevo que daba a la parte sur de Clapham Common, mientras madre vivía en una casita de Baynard Road, una de las pequeñas travesías entre Common y Wandsworth Road.

La casa no tenía nada de malo, ¿comprende?, pero cuando padre murió, esto fue cuando yo estaba en el Ejército, madre no tenía mucho dinero. Nos fuimos de la gran casa de Kincaid Square y compró ésa en Baynard Road. La casa no tenía nada de malo, como he dicho, era como todas las demás de Baynard Road, sin duda, pero respetable. Yo vivía allí cuando conocí a May. Tenía cierto afecto al lugar, incluso me gustaba la puerta de hierro algo chirriante, y el pedazo de arena de detrás que uno no podía llamar jardín.

May lo odiaba. Ella había crecido en Nelson Terrace, que era mucho peor que Baynard, en el lado inconveniente de Wandsworth Road, de hecho en Battersea, no en Clapham. Sus mismos padres…, bueno, May no quiere que se los recuerden nunca, ni aquel tipo de vida. Creo que Baynard Road si se lo recordó. Era grande como para que simpáticas parejas pudieran jugar al bridge, beber café y comer pequeños emparedados en forma de corazones, tréboles y diamantes, mirando la televisión. Estaba siempre encima mío pidiéndome que invitara a Gimball y a su mujer a cenar, y yo le decía que no tenía intención alguna de mejorar mi posición social. Era divertido que hiciera eso cuando quería olvidarlo todo respecto a su propio entorno social, pero así era. Y además no le gustaba madre, y odiaba a tío Dan, que también vivía en Baynard Road, y… pero tengo que volver a aquella tarde, que era como todas las

demás y, sin embargo, algo diferente.

El modelo de las tardes nunca variaba demasiado. Cenaríamos, una cena sólida del tipo que a mí me gustaba, y May nunca cocinaba para mí. Luego se charlaría un poquito y nos pondríamos a jugar a las cartas, al siete y medio, Newmarket y alguna vez la malilla. A May, verdaderamente, sólo le gustaba jugar al bridge, solía decir que los juegos de la casa de mi madre eran lentos y anticuados.

Esa noche había pastel de carne y riñones, lleno de riñones y con una pasta tostada y crujiente encima. Cuando levanté mi plato para que me sirvieran más, madre dijo:

—Sabía que repetirías, no me olvido de los platos favoritos de mi hijo.

—No deberías tomar más, John —afirmó—. Es glotonería, de verdad. No te hace ningún bien.

—¡Ningún bien!

Mi madre levantó las manos asombrada y añadió:

—La carne y los riñones nunca han hecho daño a nadie.

—Es un pastel delicioso —replicó May mordisqueando la palabra pastel como si se la comiera—. Pero comer demasiado no es bueno para John. Está engordando.

Era un hecho que había aumentado un poco de peso en los últimos meses. Dudando dije:

—No sé, tal vez May tiene razón.

Pero para entonces ya tenía en el plato dos grandes cucharadas de pastel.

—No lo puede devolver ahora. No le hará daño por una vez. Al fin y al cabo no lo toma con mucha frecuencia —comentó madre.

No lo hizo con intención de herir, pero yo pude ver en el rostro de May que era justamente lo que no debía haber dicho.

—Cómetelo, chico. Dentro de cien años dará igual —me animó tío Dan.

Era el hermano de mi madre, un hombre fuerte con hermoso y desgreñado pelo gris, que para entonces se había dedicado a todo tipo de cosas: comercio de artículos chinos, por el Yangtsé arriba, agente de diversas firmas británicas en el Lejano Oriente, y finalmente llevaba una compañía de seguros en el suroeste de Londres. Había dejado esto hacía unos meses y ahora vivía con mi

madre como una suerte de inquilino o huésped que paga.

Después del pastel llegó el pudin de melaza. El tío Dan lo comió con gusto y yo también. May apenas si tocó su pedazo. Después tuvimos la acostumbrada discusión acerca de ayudar a lavar los platos, y como de costumbre mi madre finalmente estuvo de acuerdo en que los fregáramos nosotros. May nunca deja a los invitados que le ayuden a lavar los platos en casa. Cuando terminamos, ella dijo que estaba demasiado cansada para jugar a las cartas. Madre acababa de sacar la baraja de su sitio en la repisa de la chimenea. Se detuvo un momento.

—Demasiado cansada para jugar a las cartas —espetó tío Dan con incredulidad—. ¿Por qué, chica? Yo he pasado noches enteras jugando solo, bebiendo whisky, y me he sentido fresco como una rosa al final. No hay nada como jugar a las cartas para animarte cuando te sientes bajo.

—No me siento baja —repuso May—. Sólo demasiado cansada para jugar a las cartas.

—Vas a ver, vamos a hacer un cambio.

El tío Dan tomó las cartas y las revolvió del modo que él llamaba una buena barajadura.

—Vamos a variar un poco esta noche, una partida de veintiuna.

—Las veintiuna sería un buen cambio —dijo mi madre.

—Yo no quiero jugar a las cartas —protestó May en voz alta.

—Sólo una jugadita para ver si eres la primera dama que causa la quiebra del banco de Monte Cario —replicó tío Dan—. Me pregunto si tengo suficiente dinero para esa escuela de juego. Veamos, ¿dónde están mis monedas?

Madre habló con la voz tranquila que emplea cuando se siente herida:

—May dice que no quiere jugar a las cartas, Dan.

Tío Dan miró rápidamente a madre y a May y luego colocó de nuevo las cartas en su caja. Pasamos el resto de la velada hablando del tiempo y de los vecinos y de si era mejor ser propietario de la casa de uno o alquilarla. Madre me besó la mejilla con una presión más fuerte cuando me dijo buenas noches. Tío Dan me preguntó por qué no me apuntaba al club de tenis este año. Dije que pensaría en ello. Había sido bastante buen jugador, pero lo había dejado al casarme porque a May no le gustaba ese juego.

Al volver a casa como de costumbre, May y yo no nos dijimos nada. Cuando entramos en el piso, sin embargo, ella soltó:

—¡Ya hemos cumplido por otra semana, gracias a Dios!

—Molestaste a madre.

—Ella sabe que no me gusta jugar a las cartas. ¿Por qué las saca cada vez que vamos como si nos obsequiara?

—Tú juegas al bridge.

—Este es un verdadero juego de cartas.

—Una vez a la semana no hace daño, sin duda.

May cambiaba de tema:

—No creas que no me di cuenta de lo que dijo tu madre respecto al pastel de carne y riñones. No le hará daño por una vez. Al fin y al cabo, no lo toma con mucha frecuencia. Sé exactamente lo que quiere decir. Y ese viejo horrible y vulgar con sus chistes malos. No es una vez por semana, es una vez por semana durante años.

—¿Qué le pasa a tío Dan? Debo subrayar que me sorprende oírte hablar a ti de vulgaridad. No creo que suene muy bien, procedente de tus labios.

Se volvió hacia mí. Tenía la cara enrojecida, pero la larga nariz completamente blanca.

—Es una bajeza decir esto. Sólo porque mi padre era un trabajador…

—Un recolector de apuestas callejero —repliqué—. Cuando no estaba borracho o en la cárcel.

Se sentó en una silla y se puso a llorar. De entre las lágrimas llegaban frases sobre haber creado para mí un buen hogar, que mi familia siempre estuvo contra ella, que me avergonzaba de ella, etcétera.

—Para ya —exclamé y luego grité—. *¡Para ya!* Todo eso son tonterías.

—Tu madre me odia. Me le llevé el niñito para el que solía hacer pasteles de carne y riñones.

Entonces la golpeé. Fue la primera vez que lo hacía. Le pegué con la palma de la mano en la mejilla, no muy fuerte, pero sí lo suficiente como para dejar una señal. Se puso la mano en la mejilla, dejó de llorar y me miró sorprendida.

Inmediatamente me sentí profundamente arrepentido y avergonzado. Nunca antes había pegado a una mujer, y me habían

educado en la creencia de que nadie decente hace este tipo de cosas. Recuerdo que una vez, cuando vivíamos en la casa de Kincaid Square, antes de que padre muriera y nos trasladáramos a Baynard Road, miré por la ventana una noche y vi a un hombre golpeando a una mujer en la plaza. Tal vez tenía entonces ocho años, y el ruido de afuera debió de despertarme del sueño. Bajo mis pies, el linóleo estaba frío mientras me acercaba a la ventana. Retiré la cortina y miré hacia afuera.

Un hombre gritaba a una mujer, estaban enzarzados y el hombre la empujó contra el suelo. Apareció otro hombre y empezaron a gritarse y luego a pelear. La mujer se arrodilló y volvieron a tumbarla. Todo eso me parecía una broma, gentes mayores jugando el mismo tipo de juegos que nosotros en la escuela. Caía la lluvia, el pavimento brillaba a la luz de los faroles, y recuerdo que lo que más vivamente me impresionó fue que a los mayores, aparentemente, no les importaba ensuciarse los vestidos. Sin duda, mi emoción e interés me hizo ir y venir, porque mi madre entró y gritó consternada al verme de pie junto a la ventana. Me volvió a acostar en la cama y no quiso contestar a mis preguntas, sino sólo decir que la gente de afuera se estaban comportando como animales, que estaban borrachos y beber era una cosa terrible. Recuerdo que me pregunté por qué cuando los niños hacen ese tipo de cosas se le debe llamar juego, y cuando lo hacían las personas mayores es que se portaban como animales. No olvidé la escena al crecer, pero desde luego la entendí y llegué a pensar en ella con horror, del mismo modo que algunos adultos piensan en películas que les aterraron muchos años antes. Ahora me había comportado como aquel hombre de la plaza y estaba avergonzado. No tenía siquiera la excusa de la bebida. Me preguntaba qué habría dicho mi madre.

Me arrodillé ante May y le pedí que me perdonara; le dije que había tenido un día difícil en la oficina, ella no hubiera debido hablar de mi madre como lo hizo, pero también yo me había portado mal, mucho peor. Tenía las manos en torno a sus piernas y cuando ella de pronto se levantó yo casi me caí. Anunció que se iba a la cama. Entró en el cuarto de baño mientras yo me desnudaba y me ponía la bata. Luego fui al cuarto de baño, me lavé y me cepillé los dientes. Me demoré mucho porque sabía que a May no le gusta que la vea desnudarse. Cuando regresé a la habitación la luz estaba

apagada. Me metí en la cama y puse la mano en su costado, pero ella la rechazó.

Tendido de espaldas empecé a pensar en la chica de la biblioteca. Yo era un buen corredor, de hecho destacaba en muchos juegos, aunque los había abandonado al casarme porque a May no le interesaban. Ahora estaba corriendo la media milla, que era siempre mi mejor distancia, y ella estaba entre la multitud; la vi antes de la carrera y sus ojos aumentaron de sorpresa.

—No sabía que era usted corredor —decía—. Tenía el aire de estudiante, de verdadero hombre de letras, el otro día en la biblioteca. ¿Va a ganar?

Sonreí y contesté confidencialmente:

—Ya lo verá.

Cuando hice el máximo esfuerzo al entrar en la recta, con las piernas funcionando como pistones, tomando velocidad de tal modo que sobrepasé al jefe de la carrera y me permitió mirar sin peligro por encima del hombro antes de alcanzar la meta, la vi mirándome con los labios entreabiertos, por donde aparecían sus dientes blancos, y cuando fui a recibir el premio, ella estaba allí, en el podio. Me entregó una pequeña copa de plata y luego dijo:

—Hay también otro premio, ya sabes.

Me echó los brazos al cuello y me besó de lleno en los labios…

4

¿Cómo llegué a casarme con May? Me cuesta mucho pensar en el pasado y comprender el estado de mente que tenía cuando me casé. Mi padre murió a principios de 1945, le mató uno de los V-2, un día, cuando iba a comer. Tenía cincuenta años. Yo era lo bastante mayor como para estar en el Ejército, en el entrenamiento preliminar, y volví a casa para los funerales. Madre era muy valiente, me acuerdo, pero se derrumbó junto a la tumba.

Yo tenía una semana de permiso por duelo, para ocuparme de los asuntos de mi padre, y pronto descubrí que no había muchos asuntos de los que ocuparse. En tiempos de mi abuelo, la «Distribuidores de maquinaria de ingeniería Wilkins» había sido una pequeña firma floreciente. El abuelo compró la casa de Kincaid Square, que era uno de los mejores lugares de Clapham y había metido a padre en el negocio. A padre nunca le había gustado realmente la ingeniería, ni siquiera le había interesado, pero hizo lo que el abuelo le dijo. Era el único hijo y, cuando el abuelo murió, heredó el negocio y la casa de Kincaid Square. Había también dos hijas, Ellen y Gertrude, a las que se les dieron mil libras a cada una. Ambas estaban casadas, Ellen con un dentista de Manchester y Gertrude con un granjero en Escocia. Siempre nos habíamos llevado bien con Ellen, y madre y ella se escribían con bastante frecuencia, pero mi padre había tenido una gran pelea con Gertrude cuando murió el abuelo, y no se habían visto durante muchos años. La casa de Kincaid Square era demasiado grande para nosotros, pero padre nunca consideró el alquilar una parte, del mismo modo que nunca se planteó tener un socio en la empresa. Era un negocio familiar, decía, y seguiría siéndolo. Quería que yo solicitara que me eximieran para que me quedara a ayudarle, pero yo no quise hacer eso. Era una de las cosas, y había muchas, en las que no estábamos de acuerdo.

Me parece que nunca llegué a conocer realmente a padre. Era un

hombre callado, solitario y, al mirar hoy atrás, creo que siempre tuvo la idea de que, sin pretenderlo, yo aparté a madre de él. Creía que me mimaba y por ello estaba decidido a no mimarme también él. No quiero decir que no fuera amable, pero siempre se mantuvo a distancia de mí y nunca manifestó interés por lo que yo hacía. Yo corría muy bien, como ya le he dicho, formé parte del primer equipo de fútbol y criquet de la escuela de Gording, y más adelante, cuando formaron el equipo de tenis, fui capitán de tenis, pero nunca pareció que eso le importara nada. Tampoco él significó mucho para mí, o así es cómo sentía respecto a él por entonces. Fue sólo a partir de su muerte cuando empecé a darme cuenta de lo mucho que le debió disgustar la mayoría de las cosas que hacía y la vida que llevaba. Madre me dijo una vez que lo que realmente padre quería era hacer teatro, y que se sintió muy desilusionado cuando el abuelo no se lo permitió.

Como he dicho, me ocupé de los asuntos de mi padre con la ayuda y consejo de un abogado. La situación era que los «Distribuidores de maquinaria de ingeniería Wilkins» estaban prácticamente acabados. La empresa existía solamente a base de pequeños encargos de gente que había negociado con ella en tiempos del abuelo y había seguido haciéndolo por costumbre. Ningún nuevo contrato se produjo porque padre nunca lo buscó, y cierta cantidad de los existentes se perdieron debido al descuido en servir los pedidos. Yo sabía algo de eso, pues trabajé en la oficina algunos meses antes de ir al Ejército, pero era demasiado joven entonces para entender que detrás de las maneras atentas y graves y la forma cortés de hablar con los clientes por teléfono sólo había pereza. Descubrimos que durante los últimos cinco años padre había ido echando mano del capital. No había nada que hacer sino cerrar la empresa y vender la casa de Kincaid Square. Tras hacer esto y comprar la casa de Baynard Street, a madre le quedaba lo justo para vivir, especialmente con la ayuda de tío Dan.

Hice otro descubrimiento en la oficina, uno que me chocó mucho. En la caja de caudales, de la cual, durante su vida, sólo mi padre tenía la llave, había tres paquetes de cartas. Eran de una mujer llamada señora Meadows, una viuda, y de ellas se deducía que había sido, y de hecho siguió siendo hasta el momento de su muerte, su amante.

No podía imaginar una cosa así, un hombre como mi padre con una amante, un hombre que siempre me había parecido la imagen de la respetabilidad. Era una traición a mi madre, así es como yo lo sentí. Por lo que yo recuerdo, siempre iba a casa por la noche, así que debía ir a ver a la señora Meadows por las tardes. Esto era otra razón, no hay duda, de la caída del negocio.

Quemé las cartas de la señora Meadows y nunca se las mencioné a mi madre. Me he preguntado a veces, recientemente, si madre sabía eso desde el principio o si la señora Meadows le escribió después de la muerte de mi padre. No creo que nunca llegue a saberlo ya.

Todo esto sucedió cuando yo estaba en el Ejército. Tenía un gran empeño en estar ahí. Fui voluntario cuando aún no tenía la edad, pero me decepcionó la vida militar. La mayoría de los hombres eran tan cínicos que parecían mirar la guerra y todo lo demás como si fuera una francachela. Me llamaban un mierda porque intentaba ser activo y porque una vez solicité al cabo una hora extra de instrucción. No me preocupé mucho de ellos, pero lo que me fastidiaba de verdad era que tampoco parecía entenderme muy bien con los instructores. Hice todo lo que pude y era tan bueno como muchos de ellos y mucho mejor que otros, pero incluso después de haber pasado a conductor mecánico de las Fuerzas Acorazadas no estaba del todo satisfecho. No diré que sintiera que había una conspiración contra mí, pero tipos que no tenían ni un cuarto de mi inteligencia y entusiasmo lograban un galón e incluso dos, mientras yo seguía siendo soldado raso.

Uno de los sargentos me dijo:

—Sabe usted, Wilkins, se empeña demasiado.

Le contesté que no podía comprender que existiera algo como empeñarse demasiado, que simplemente quería ser un buen soldado. Al oír esto simplemente se rió y no dijo nada más.

Cuando llevaba allí unos tres meses, una noche me irrité. Había un camarada fuerte y duro llamado Gibson, que estaba en la litera de al lado en la tienda. Solía salir a beber bastante, y después de tomar unas copas se ponía pendenciero. Aquella noche volvió al campamento precisamente antes de que apagaran las luces y me

dijo:

—¿Quién es el culo más reptil del pelotón? Eres tú, Wilkins.

Yo no le hice caso, y él volvió y me sonrió:

—Dilo, Wilkins. Di: Soy el culo más reptil del pelotón. Di la verdad por una vez en la vida.

Yo no dije nada aún, pero cuando Gibson se me acercó y me puso la mano en el hombro le di un puñetazo en la mandíbula.

Uno pensaría que los otros hombres respetarían a alguien que estaba dispuesto a defenderse, pero lo que sucedió fue que todos ellos, los amigos de Gibson, se lanzaron contra mí. Luché, pero no podía con todos. No diré lo que hicieron, fue más humillante que doloroso, pero me hizo aborrecer el Ejército. Parecía que uno no podía ser un buen soldado, si lo intentaba, los otros no te dejaban.

Un par de días después tuve el primero de mis vacíos mentales. Conseguí un pase, me fui a la ciudad por mi cuenta y bebí cerveza. No volví al campamento hasta las tres de la madrugada. Estuve siete días arrestado por ello.

Una o dos semanas después, el doctor se dio cuenta de que tenía una lesión en el tímpano que hubieran debido apreciar en mi primer reconocimiento médico. Me bajó de grado a B.l, y me hicieron amanuense permanente; pasé el resto del tiempo que estuve en el Ejército rellenando peticiones y anotando las entradas semanales. Salí a principios de 1947. Lo que sentía respecto al Ejército es que yo me había esforzado sin haber conseguido nada. Poco después de dejarlo encontré un trabajo en Palings. Así fue como conocí a May.

5

Como muchas de las grandes empresas de la actualidad, Palings tiene un espléndido campo de deportes, equipos de criquet y fútbol, seis buenas pistas de tenis y un pabellón donde se pueden comer bocadillos y comida caliente y jugar al ping-pong. En invierno yo jugaba al fútbol, y solía pasar los fines de semana allí abajo, en el campo, que estaba en Eltham, en el mismo lado de Londres que Clapham, pero como si uno hiciera un viaje a campo traviesa. Un sábado sí y otro no, había baile, y yo solía ir, aunque no bailo mucho. No me envanezco, bailo medianamente, pero a mí me parecía que otros no mejores que yo estaban siempre en la pista. No veo nada malo cuando me miro en el espejo, pero, como le dije, no resulto atractivo para las mujeres.

Fue para mí una sorpresa cuando un día una muchacha se me acercó y me pidió que bailara con ella.

—Si no lo tiene comprometido —dijo—. ¿Le gustaría bailar éste conmigo?

Así que bailamos. No era una chica fea, tenía un cuerpo bonito y magníficas piernas, pero la nariz un poco larga y los ojos bastante juntos. Me contó que trabajaba en el departamento de cuentas y que se llamaba May Colter.

En nuestro segundo baile, se lo pedí yo esta vez, me dijo:

—Te he visto antes. No quiero decir en el club. Vives en Clapham, ¿verdad? Yo también. ¿No crees que es horrible que te pidiera que bailaras conmigo? Nunca lo había hecho.

Le contesté que me parecía muy valiente.

—Vives en una de esas casas de Kincaid Square, ¿verdad?

Repuse que nos habíamos trasladado y pareció desconcertada, pero no por mucho tiempo.

—Hace años que te conozco, que te he visto —afirmó.

Le pregunté dónde vivía, pero estuvo imprecisa; riendo contestó que no era ni de cerca un lugar tan elegante como Kincaid Square.

Le pregunté si jugaba al tenis, y dijo que le encantaba. Parecía natural que la acompañara a su casa, aunque no me dejó hacerlo todo el camino, excusándose con algo respecto a que a su madre no le gustaban los jóvenes desconocidos. Cuando nos despedimos quedamos en encontrarnos en el Plough y bajar juntos al campo el día siguiente.

Así fue como empezó. May no jugaba bien al tenis, nada que se pareciera a mi estilo, pero me acostumbré a tenerla de pareja en los partidos dobles, y a jugar dobles mucho más de lo que lo había hecho hasta entonces. Luego nos encontrábamos a veces a la hora de comer y cogíamos el mismo autobús con mucha frecuencia por las tardes. Cuando llovía, a veces íbamos al cine. Desde el primer momento May quiso que la llevara a casa y le presentara a madre. No me lo pidió concretamente, pero siempre decía que se moría de impaciencia por ver cómo era mi casa y me pedía que le describiera exactamente qué cosas había, etcétera. Yo no las tenía todas conmigo respecto a llevarla a casa, nunca hasta entonces había llevado a ninguna chica y presentía que madre y May no se entenderían, pero pasadas algunas semanas cedí. Le dije a madre que tenía una amiga y que quería invitarla.

Así que May vino a cenar una noche. No funcionó. Madre y May parecían comportarse ambas de un modo tan extraño… Madre estaba muy erguida y envarada, como se pone a veces cuando las cosas van mal. Había sacado la vajilla de Doulton que usamos solamente una vez al año. Había servilletas y lavadedos, que nunca habíamos visto antes en nuestra mesa, y nos dio cuatro platos, lo que era algo en esos días, un par de años después de la guerra. Y madre habló enormemente sobre el tiempo.

En cuanto a May, llevaba una blusa con volantes, blanca, sin mangas, de modo que era inevitable ver lo flacos que tenía los brazos, y había ido a la peluquería especialmente. Comió sólo un poquito de cada plato y habló sobre lo que se representaba en distintos teatros del West End. Por supuesto, madre no sabía nada de ello y, por lo que yo sabía, la misma May no había visto ninguna de aquellas obras. Le pregunté si lo había hecho respecto a una de la que estaba hablando, y dijo que sí. Quise saber con quién y ella se rió tontamente:

—Con un amigo. No debe estar celoso, ¿verdad, señora Wilkins?

—Espero que no tenga por qué —contestó mi madre—. Sólo una mujer boba intenta dar celos a un hombre. Yo nunca di motivos de celos a tu padre, ni él a mí, durante los veinticinco años que estuvimos casados.

No pude evitar pensar en las cartas de la caja del despacho.

—Yo creo que a John le conviene estar una pizca celoso. De lo contrario se podría sentir demasiado seguro de sí mismo.

May daba golpecitos con las puntas de los dedos en el cuenco.

—¡Qué absurda idea!

—En realidad fue con una chica con quien fui, pero el espectáculo era estupendo. Le pedí a John que me llevara, pero no quiso.

—John es muy casero —repuso mi madre—. Y, a propósito, he zurcido otro par de calcetines grises tuyos, sé que no te gusta llevarlos más de dos días. Es tan peculiar —dijo a May—, de veras no creo que nadie, excepto su madre, lo pueda aguantar.

Este es el tono en que siguieron hablando la una con la otra. Me quité un peso de encima cuando la cena se acabó y acompañé a May de vuelta a Melbourne Avenue, donde tenía una habitación. Me había contado que su padre y su madre habían muerto ambos en un accidente de ferrocarril, y que desde que tenía diecisiete años había vivido siempre por su cuenta. May no comentó mucho la velada, excepto cuando le pregunté qué pensaba de mi casa ahora que la había visto.

—Es terriblemente anticuada, ¿no?, todos esos muebles, cada cosa. Y esa vajilla, algunas de las piezas estaban un poco desportilladas, no pude evitar darme cuenta.

—La vajilla era Royal Doulton. Está en nuestra casa desde tiempos de mi abuelo, tal vez desde antes.

Quizá soné un poco estirado. Ella repuso de inmediato:

—Lo sé, John, es sólo que me gustan las cosas actuales. Supongo que sería mucho mejor en Kincaid Square.

Al final de Melbourne Avenue, que era tan imponente como su nombre, justo a la altura de Baynard Road, di a May un beso de despedida. Nunca me dejaba hacer nada más que eso. «Una cosa lleva a otra, y no creo que la gente deba hacer ese tipo de cosas

antes de casarse», decía. A veces en el cine me rascaba con las uñas la palma de la mano, pero generalmente era sólo una leve presión momentánea en los labios al separarnos. No puedo decir que yo quisiera mucho más en esa época.

En cuanto a madre, sólo comentó:

—Brazos como cerillas, eso es lo que tiene esa chica. No come debidamente, supongo.

Sin embargo, ella debió haber hecho algunas preguntas, pues un día o dos después me dijo como por azar:

—Tu amiga la señorita Colter no vive en su casa, ¿no?

—No. Su padre y su madre murieron hace años.

—Su padre es Barney Colter y está muy vivo. De hecho acaba de salir de la cárcel.

Por un momento no atiné en quién era Barney Colter. Luego recordé que hacía tiempo, en Kincaid Square, cuando era niño, habíamos tenido un jardinero llamado Barney Colter y que lo habían echado por robar dinero. Desde entonces supe vagamente que había entrado y salido de la cárcel por corredor de apuestas callejero y hurtos menores.

—No puede ser el mismo.

Mi madre movió la cabeza. Parecía terrible:

—No hay duda de eso. Me pareció extraño que se llamara igual e hice algunas averiguaciones. El padre es un ladrón y la madre una borracha empedernida. No es una buena familia, John.

Verdaderamente estaba de acuerdo con mi madre, pero me sentí obligado a defender a May:

—Eso no es culpa suya.

—Tal vez no —concedió mi madre de mala gana—. Pero debió habértelo dicho. Considero esto un fraude.

No contesté, porque ahora recordaba quién había sido May, una niñita pequeña con trenzas, que venía a veces con Barney Colter, y jugaba sólita en el jardín. Algo de aquel incidente me hizo sentir, por primera vez, que la quería de verdad. Era como si de nuevo fuera una niña, alguien que me miraba y estuviera desvalido, necesitado de protección. Cuando la volví a ver le conté que sabía lo de su padre y su madre. Se puso muy colorada.

—¿Por qué dijiste que estaban muertos?

—Me daba tanta vergüenza. Los odio…, ¡oh, no lo

comprenderías!…, son asquerosos. Repugnantes. No quiero volver a verlos.

Se echó a llorar, la cogí en mis brazos y por primera vez me besó por iniciativa propia, un beso apasionado. Entonces supe que me casaría con ella.

Tres meses después estábamos casados, sin ningún alboroto, por el registro civil. Después yo pagué el almuerzo de bodas porque May no quería siquiera dejar que su madre y su padre estuvieran presentes en él. Yo podía comprenderlo, incluso estaba bastante contento en cierto modo porque, por lo que había oído, los padres de May eran muy capaces de armar una escena horrible, pero al mismo tiempo pensé que ella era bastante dura en este asunto. Enviaron un telegrama que tío Dan, que se ocupaba de estas cosas, leyó en voz alta. Decía: *Mejores deseos, niñita, no dejes que se aproveche de ti. Papi y mami.* Tío Dan pensó que era una broma estupenda y a mí no me importó, pero a May le contrarió mucho. Creo que a partir de este momento ella odió a tío Dan.

6

Cuando me casé tenía en la mente una idea de lo que esperaba que fuera el matrimonio. No precisamente nuestro matrimonio, sino todos en general. May se levantaba la primera por la mañana y siempre parecía dispuesta y aseada con sus pequeños vestiditos a cuadros, se hubiera dicho una niña que iba al colegio. Yo tenía el desayuno a punto: pomelo, café, tostadas y mermelada de naranja. Me iba hacia la oficina y volvía por la tarde para encontrar algo que me gustaba especialmente, cocinándose.

—Hum, huele bien. ¿Qué es?

Pero May, que se había cambiado de vestido exclusivamente para mi regreso, no me lo quería decir. Se afanaba entrando y saliendo de la cocina, me decía que me pusiera las zapatillas y me calentara los pies junto a la chimenea. Luego, después de la cena, que solía ser pastel de carne y riñones o costillas de cerdo seguido de un buen pudin, se sentaba a mis pies, calzados con zapatillas, delante del fuego, mientras yo le pasaba los dedos por el cabello y le contaba los acontecimientos del día. A veces había dificultades y ella se condolía y me decía que dejara el trabajo si quería, a veces sucedían cosas maravillosas, como mi promoción en Palings, y entonces compartía mi gozo pero decía que desde luego no era más de lo que merecía. Nos veía ganando el campeonato de dobles mixtos en el club, elegidos como la pareja joven más atractiva de la pista en el gran baile anual. Imagino que todo esto era bastante tonto. Siempre he sido bastante soñador y tenía sólo veintiún años cuando nos casamos. May tenía un par de años más que yo, así que mi recuerdo de cuando ella era una niña con cola de caballo no debió de ser del todo exacto. Quiero decir, si ella era pequeña yo debía ser más pequeño, aunque no es así como lo recuerdo.

Pasamos una semana de luna de miel en Brighton, y fue allí donde empecé a descubrir lo distinto que era el matrimonio de lo que yo esperaba que fuera. Tuvimos una hermosa despedida, desde

luego. La mayoría de la gente que asistió al almuerzo de bodas era de la empresa, naturalmente, y algunos amigos de mamá también. Por entonces yo era empleado en la sección de reclamaciones, y me sentí muy honrado, y también May, de que Gimball acudiera. La empresa nos dio un estupendo cheque como regalo de bodas y en el almuerzo estuvo un fotógrafo de *Palings' Quarterly*, la revista de la tienda.

Cuando llegamos al hotel fue cuando las cosas empezaron a estropearse, o bien no a estropearse exactamente, sino a ser distintas. A mí no me importaba que la gente supiera que éramos una pareja en luna de miel, y de hecho se lo dije al gerente del hotel. A May le molestó eso, parecía querer esconderlo como si fuera una desgracia. Le gustaba levantarse pronto para desayunar en vez de hacerlo en la cama y, por la noche, le gustaba vestirse para cenar…, bueno, no realmente vestirse, quiero decir cambiarse de ropa, no llevar lo mismo que todo el día. Era un pequeño hotel y en invierno —nos casamos a comienzos de 1948—, de modo que no había mucha gente hospedándose en el lugar. Yo no veía ninguna razón para cambiarnos de traje, me parecía algo muy tonto, pero May lo quería y eso es lo que hacíamos. También en el hotel nos pusimos a jugar al bridge por primera vez, con una pareja de cierta edad. Las apuestas eran sólo de un penique por cien, pero ambos eran jugadores expertos y también May. Tuvimos que desempatar varias veces aquella semana, en momentos en que yo soñaba, por un motivo u otro, con ir a la cama.

Respecto a eso, respecto a ir a la cama, me encontré con que May era muy diferente de lo que yo había esperado o, quizá, podría decirse, soñado. Era muy tímida respecto a dejarse ver por mí, lo que era algo que pude entender y respetar al principio, pero nunca cambió, y si lo hizo fue para volverse aún más púdica. Y cuando estuvimos juntos en el lecho, se puso a temblar de un modo incontrolable la primera y la segunda noche, como si estuviera aterrada. Más adelante se tendía como un bloque de mármol, completamente inmóvil, y me dejaba hacerle el amor.

Descubrí algo más, y esto era sobre mí mismo. Yo siempre había sido, creo que podría decirse, un joven inocente. Nunca había pensado mucho en las chicas y como he dicho no tuve éxito con ellas, así que aunque sabía qué hacer, era inexperto. Lo que nunca

se ha tenido no se pierde, dicen. Yo no sé nada de eso, pero sé que ahora tenía a May y la quería. Lo que es más, incluso en esa primera semana me di cuenta de que la quería de determinados modos y quería que hiciera ciertas cosas, poco corrientes tal vez. Entonces me avergonzaba de eso y estaba muy preocupado. Más adelante leí por azar a los psicólogos y el Informe Kinsey y me di cuenta que el tipo de cosas que yo quería no eran tan diferentes de lo que la mayoría de la gente quiere y hace. El caso es que me excitaba mucho imaginándome a mí mismo en toda suerte de situaciones con May, y luego me encontraba con la realidad, el bloque de mármol que estaba en la cama, y eso no me estimulaba en absoluto. Durante los pocos días de nuestra luna de miel, no le dije nada de eso a ella. Después sí le hablé, y no sirvió de nada, le produjo aversión y nada más. Puedo comprender su punto de vista, casi nunca me rechazó en la cama e igualmente hizo lo que consideraba era su deber. Siempre intentaba cumplir con su deber. En cuanto a mí, aunque no solía ser impotente con ella, no podría decirse que la cosa fuera satisfactoria.

May nunca quiso tener hijos y nos aseguramos de que fuera así. Decía que éramos demasiado pobres, pero yo creo que tenía miedo.

Este es un tema muy delicado, pero sé que ustedes los siquiatras consideran que es importante, y tal vez lo sea. No quiero decir nada más sobre ello. No creo que se lo reproche a May, pero tengo ese sentimiento de frustración. Aunque al principio dije que todos debemos ser responsables de nuestras acciones, creo también que no podemos evitar ser quienes somos. May y yo nunca hubiéramos debido casarnos.

Mis ideas respecto a la vida familiar cambiaron también a mucha velocidad. Durante un par de meses vivimos con madre en Baynard Road, lo que fue espantoso porque madre y May simplemente no se entendían en absoluto, y luego tuvimos bastante suerte al encontrar ese piso de Windover Close. Eran dos habitaciones con un baño y una cocinita, todo muy apretado y hermoso. «Un piso nunca podrá ser una casa», dijo madre en su tono de oráculo, pero a mí me gustaba la idea de tener un piso propio. Parece un modo de vivir tan limpio, tan moderno, si bien

costaba mucho más dinero del que por entonces podíamos permitirnos. Supongo que yo debía saber desde un comienzo que May tendría que seguir trabajando, pero no me gustaba la idea. No era sólo que no tuviera las zapatillas junto a la chimenea (teníamos calefacción eléctrica) ni pastel de carne y riñones (May era muy ahorradora, preparaba muy bien comidas aprovechando las sobras de pedacitos de carne fría y algunas verduras que quedaban de otro día… A veces parecía que día tras día comíamos solamente restos y yo solía preguntarme de qué habían podido quedar), pero también estaba convencido de que el marido debía ser el que ganara el pan en la familia. Entonces May ganaba casi tanto dinero como yo.

¿Qué se puede decir sobre el matrimonio? Uno va mondando los años, habían pasado siete, como si uno quitara la piel a una cebolla y no hubiera nada dentro. Me promocionaron varias veces hasta que llegué a ayudante de director del departamento de reclamaciones. May dejó el trabajo de Palings y consiguió uno de media jornada, ambos envejecimos. No acudimos mucho al club de deportes de Palings después del primer año de matrimonio, cuando yo gané en los individuales masculinos. Por un motivo u otro a May no le gustaba ir, decía que quedaba muy lejos y que se aburría mucho con la gente de allí, y de todos modos ya los veíamos bastante en nuestras horas de trabajo.

Se afilió a un grupo local conservador y a la asociación de ciudadanos y amas de casa, e hizo muchas amigas que acudían a jugar al bridge. A mí me parecía que era la misma clase de gente que iba al club, pero May decía que no:

«El marido de Moira Tateworthy es un especialista, un asesor en Barth», replicaba. O bien: «A mí sí me gustan los Batesons, ¿a ti no? Billy tiene una posición influyente en una empresa de corredores de Bolsa; ya sabes, es casi un socio. Creo que merece la pena cultivarlos.» Yo quería hacerme socio de un club de tenis cercano, pero May no quería, consideraba que la suscripción era demasiado cara. Así que simplemente seguimos tal como estábamos, organizando o asistiendo a pequeñas cenas o reuniones para jugar al bridge o ver la televisión. Una de esas reuniones tuvo lugar, recuerdo, en el hogar de unas gentes llamadas Lowman, que tenían una casita en Streatham. Lowman era un empleado de banco («próximo al director», dijo May de él), un reseco hombrecito de

más de cuarenta años, y su mujer, Patricia, un poco más joven, de buen ver y entrada en carnes.

Cenamos y luego vimos la televisión y después discutimos sobre quién fregaba los platos.

—Maridos y mujeres —propuso Patricia Lowman en voz bastante alta—, pero no los propios. Juguémoslo a cara o cruz.

Su marido murmuró algo y ella repuso:

—¡Oh, vamos, George, toma las cosas como son!

Así que lo echamos a cara o cruz y George Lowman y May perdieron y fueron a lavar los platos. Cuando hubieron salido de la habitación, Patricia Lowman me dijo:

—No pueden oír absolutamente nada, sabes, con el grifo abierto y el ruido de los platos.

—¿No pueden?

Me miró. Tenía los labios húmedos.

—George no me sirve de nada, sabes, no más que un palo seco. Y esta mujer tuya parece una bruja frígida. Pero tú no, me parece ver algo que arde debajo de la superficie, fuegos escondidos, ¿eh?

—No.

Tenía la voz velada, apenas pude pronunciar palabra.

—Yo digo que sí. Podríamos hacer una espléndida música juntos.

Había tomado unos cuantos cócteles aquella noche, pero no estaba borracho. Se acercó a mí y apretó su cuerpo contra el mío, sus labios contra los míos. Fue repugnante. Era una mujer de mediana edad, cerca de cuarenta, y yo no sentía más que asco. Me la sacudí de encima violentamente y ella cayó hacia atrás, aterrizando en el sofá. La puerta de la cocina se abrió y Lowman asomó la cabeza.

—Me pareció oír algo. ¿Te has caído, cariño?

Patricia Lowman estaba tendida cuan larga era en el sofá y se reía. Detrás de Lowman vi la cabeza de May. Con el ceño fruncido nos miraba primero al uno y luego al otro.

—¿Te has hecho daño, cariño?—preguntó Lowman.

—Sólo en los sentimientos —dijo Patricia Lowman—. Sabe usted, señora Wilkins, tiene un marido maravilloso. Acabo de asaltar su virtud y él me ha rechazado. Ahora me voy a la cama. Buenas noches a todos.

Lowman se rió vagamente mientras ella salía de la habitación.

—Patricia tiene que hacer su número. Supongo que te duele la cabeza, ¿no es eso, Patricia?

La voz de ella llegó desde las escaleras:

—Supongo que sí.

—La televisión, saben; esa pantalla oscila mucho… En estas circunstancias no hay que preocuparse por fregar los platos.

Nos despedimos. Nunca más volvimos a ver a los Lowman. Esta noche tuve un vacío mental. Llegamos a casa a las diez y media y le dije a May que necesitaba dar un breve paseo antes de irme a la cama. Volví, eso me dijo, después de las dos. No tenía ni idea de dónde había estado.

Esta historia sobre la señora Lowman puede sonar como si yo me considerara a mí mismo como un donjuán. No es el caso en absoluto, fue la única vez que me sucedió una cosa semejante, pero he de decir que, aunque fue un pequeño incidente, se trataba de algo que nunca olvidé. Durante un período de tiempo después solía estar despierto en la cama preguntándome qué hubiera pasado si yo no le hubiera dicho que no. ¿Cómo hubiera ella arreglado los encuentros? Hubiera podido llamarme a la oficina diciéndome que Lowman salía aquella noche y yo hubiera podido dar alguna excusa a May. O al revés, yo hubiera podido hacerle saber que May tenía una cita y ella hubiera venido a Windover Close con prisas, furtivamente, por una hora. Podía verlo todo, la cautela cuidadosa para asegurarnos de que nadie sabía que ella venía a nuestro piso, la puerta suavemente abierta y cerrada, nuestro abrazo en el vestíbulo, tan apasionado que apenas podíamos esperar a meternos en el dormitorio. Lentamente, la auténtica señora Lowman, la mujer de los labios húmedos y el cuerpo fláccido que se había apretado contra mí, desapareció de mi mente y fue reemplazada por alguien mucho más joven y más atractiva, una entre media docena de estrellas de cine.

Dije, no hace mucho, que May y yo no debimos habernos casado. Esto es lo que creo ahora, pero no quiero que por ello parezca que yo era realmente desgraciado. Si alguien me lo hubiera preguntado hubiera dicho que el nuestro era un matrimonio normal y corriente, y por lo que sé, May creía lo mismo. Así es como estaban las cosas cuando conocí a Sheila.

7

Tras aquel primer encuentro empecé a ir a la biblioteca con mucha frecuencia. Si May se dio cuenta no dijo nada. Iba a sacar libros para mí mismo, lo que había hecho desde hacía mucho tiempo, y generalmente tenía oportunidad de decir algunas palabras a Sheila. Ella me sonreía siempre, pero entonces sonreía a mucha gente, me di cuenta de ello; era el tipo de chica simpática. Un día me quedé muy fastidiado porque ella estuvo hablando con otro mientras yo esperaba para hablarle, para preguntarle si tenían en la biblioteca Las cuatro plumas, de A. E. Masón, y al final otra empleada se acercó a mí y me preguntó si podía ayudarme en algo.

Pocos días después, el señor Gimball me dio dos entradas gratuitas para un teatro del West End. Un primo suyo trabajaba en la taquilla y con frecuencia le daban entradas. El no podía ir en esta ocasión porque su esposa no estaba bien, y me preguntó si podía usar las entradas. Le di las gracias y le dije que sí. A la noche siguiente fui a la biblioteca y le pregunté a Sheila (había averiguado que se llamaba así) qué solía hacer por las tardes.

—Por las tardes —sonrió ella—. Eso depende. A veces me quedo en casa y a veces salgo, si alguien me lo pide.

—Me preguntaba si iba usted a hacer algo especial el próximo martes.

Hablé como quien no quiere la cosa.

—El martes. Creo que voy a salir el martes. Sí, estoy segura. ¡Qué pena!

—¿De veras?

Intenté no darle importancia, aunque me sentía desesperado. Me encontré diciendo:

—Tengo entradas gratuitas para el espectáculo del Princess, parece que está muy bien. Tengo un pariente que es empresario de teatro y con frecuencia me da entradas. Tal vez en otra ocasión.

—Sería estupendo. Es encantador por su parte el haberme

invitado y de verdad me gustaría ir otro día.

¿Por qué dije esa mentira? Creo que debió ser porque en el futuro nada podía impedirme comprar dos entradas y decir que eran gratuitas. Después de todo, Sheila no tendría por qué mirar las entradas. Así que fui con May a la función del Princess y la vez siguiente pregunté de nuevo a Sheila si podía ir. Tampoco sirvió de nada, pero la tercera vez que se lo pregunté dijo que iría encantada. Me las había arreglado para enterarme de qué era lo que quería ver y resultó ser una obra de detectives que representaban en el Aldwych, así que compré dos entradas de anfiteatro.

Hubiera debido ser una de las noches en que May tenía reunión en la Asociación de amas de casa, pero ésta había sido cancelada. Tuve que inventar un cuento, y debía ser bueno además, porque, naturalmente, no volveríamos hasta tarde. Dije que el señor Lacey me había pedido que me quedase hasta tarde. Lacey era uno de los directores de Palings y de hecho yo no había hablado con él más que una o dos veces.

Apunté alto para impresionar a May, pero no me había dado cuenta en absoluto del efecto que causaría mencionar el nombre del señor Lacey. Se puso muy nerviosa.

—Pero John, esto es maravilloso. Debe tratarse de algo muy importante.

—Oh, no lo sé. Probablemente quiere hablar sólo del trabajo de la oficina.

—Tiene que ser mucho más que eso. ¿Dices que te comentó que te tomaría toda la tarde?

—Sí, bueno, eso es lo que dijo.

—Eso quiere decir que te llevará a cenar. ¿Crees que deberías ponerte otro traje?

—No, no lo creo. Ahora me doy cuenta, mencionó que iríamos al club.

—No pareces muy impresionado. ¿No te dijo nada sobre por qué quiere verte? Habrá insinuado algo, no puede haberte dicho sólo que quiere ir a cenar contigo, así, por las buenas.

—Fue así más o menos. Es muy informal, ya sabes. El señor Lacey siempre lo ha sido. Estoy impresionado, pero no quiero hacerme ilusiones. Puede tener algo que ver con la idea de la reorganización.

Hacía dos años yo había expuesto un plan para la reorganización del Departamento de reclamaciones, para que se fusionara con el Departamento de servicios, pero no había resultado nada de ello.

—Pensé que Gimball simplemente lo había parado.

—Eso es lo que me pareció a mí —dije exasperado—. Pero ¡por Dios santo, no sé de qué se trata! Tal vez de pronto ha cambiado de idea y se lo ha pasado a Lacey. Tenemos que ser pacientes y esperar a ver.

—Y no se lo digas a tu madre cuando vayamos el miércoles. Se lo cuentas todo.

Estaba completamente harto, ansioso por encontrarme con Sheila, pero no fue realmente un encuentro emocionante. Nos habíamos citado a las seis; cenamos antes de ir al teatro en un pequeño restaurante. Yo había pensado que tomaríamos una o dos copas antes y que cenaríamos después de la representación, pero Sheila dijo que tenía que volver a casa pronto, porque su padre estaba más o menos inválido. El servicio era lento y tuvimos que darnos algo de prisa, pero era maravilloso verla sentada a mi lado con aquel vestido de seda azul que hacía resaltar sus ondulados cabellos negros y que era del mismo color que sus ojos. Le dije que sus ojos eran de un azul profundo, profundo; azules como el mar, y ella se rió.

Durante la cena me habló de sí misma y de su familia. Su madre había muerto y su padre había sido comerciante de madera, pero hacía unos años se había retirado después de sufrir un ataque al corazón. Sheila era hija única.

—En realidad casi no tengo parientes. Mary, mi prima segunda, de Manchester, está casada con un médico llamado Dansett y creo que es mi mejor amiga. Y mi primo Bill, Bill Matheson, hace algún trabajo de ingeniería en Birmingham.

—Bill Matheson. Conocí a un Bill Matheson en el colegio.

—Sería ese. Vivía en Clapham hasta hace un par de años. Es un chico loco, pero encantador también. Fue como un hermano mayor para mí cuando yo era niña.

—Me acuerdo de Bill Matheson.

Durante el resto de la cena estuvimos hablando de él. Yo me acordaba muy bien, un chico fuerte, regordete, un par de años más joven que yo, buen jugador de criquet. No recordaba nada

particularmente agradable de él, pero estaba bien, tenía un carácter terrible a veces. Conté a Sheila cuando derribé a Bill Matheson por una tontería y luego dije algo de alguien y le molestó mucho, de modo que cogió una barra de hierro que estaba por ahí y me la tiró. Puedo recordar ahora que pasó silbando por encima de mi cabeza.

Sheila se rió, lo que no era precisamente la reacción que yo hubiera esperado.

—Sí, Bill estaba completamente loco. Me acuerdo que cuando robó el coche de alguien por un reto, habían dejado puesta la llave de contacto, ya sabes. Llevó el coche durante una hora y luego volvió, no se había producido ningún daño. Y él no tenía permiso de conducir. Pero se ha asentado mucho en los últimos meses. Oiga, ¿estaba usted entonces en el equipo de criquet, señor Wilkins?

—Llámame John. Sí, de criquet y también de fútbol.

—Qué divertido; yo solía ir a ver la mayoría de los partidos, pero no me acuerdo de ti.

—Yo tenía un buen saque y además era bueno a la hora de tirar la pelota; un año me ocupé de la pala casi siempre y otro estuve en cabeza de la media de tiro. Pero me imagino que estabas pensando en Bill Matheson.

Empezaba a estar un poquito celoso de Bill Matheson y de cómo Sheila debió de mirarle durante los partidos, aunque . sabía que era una tontería.

Así, de este modo transcurrió el tiempo; lo pasamos muy bien, llamándonos el uno al otro John y Sheila, y luego fuimos a esa obra de detectives. Cuando nos sentamos hubo un pequeño problema porque alguien creyó que nos habíamos sentado en un sitio equivocado. Para probar que no era así saqué nuestras entradas y resultó que eran los otros los que estaban en una fila que no era la suya.

—Me parece increíble cómo la gente se puede equivocar así —dije.

—¡Oh, no sé! Estas entradas no son gratuitas.

—¿Qué quieres decir?

—Las entradas gratuitas siempre llevan esa palabra impresa.

Desde luego tenía una vista aguda. Tragué saliva.

—Cuando estaban enteras sí lo tenían, ahora han cortado la mitad.

—Esa mitad también la suele tener. No debías haber hecho esto.

Puso la mano sobre la mía por un momento y luego añadió:

—Pero es encantador por tu parte.

De algún modo aquel golpecito en la mano y que dijera que era encantador no me gustaron demasiado. Me costó prestar atención a la obra, que era una de esas cosas sobre cómo un hombre planea un crimen perfecto y luego todo sale mal. Tenía demasiada conciencia de que Sheila estaba sentada a mi lado, de su brazo desnudo que en algún momento rozaba el mío en la oscuridad. Estuve pensando en eso y preguntándome qué opinaba realmente de las entradas.

En el segundo entreacto quiso fumar un cigarrillo y salimos al pasillo. Alguien me dio un golpecillo en el hombro. Una voz femenina dijo:

—Hola, John, qué curioso encontrarte aquí.

Me volví sintiendo náuseas. Allí, en pie, estaba una enorme mujer como un tiburón, con una mueca atravesada en el rostro, y su diminuto pez piloto de marido a remolque. Era la señora Piddock, una vieja conocida de mi madre. Su marido era propietario de una farmacia y era un hombrecito inofensivo, pero la señora Piddock era una de las mayores chismosas de Clapham. Acostumbraba a ir a los tés de mi madre.

Madre tenía un flaco por los chismes que nunca pude entender. Siempre pensé que era una mujer severa y reservada, entregada a su familia, primero a su marido y luego a mí. Esto era verdad, pero existía también esa otra cara de su naturaleza. Me imagino que mucha gente que ha vivido largo tiempo en un mismo lugar se siente absorbida por lo que allí sucede, y madre, desde luego, llevaba la cuenta de todo lo que pasaba en su zona de Clapham. Casi cada semana daba o acudía a un par de tés, donde charlaba con media docena de mujeres como la señora Piddock. Estos tés eran como una especie de agencias de detectives extraoficiales que se ocupaban de los asuntos del vecindario, y fue a través de un té como madre se enteró de lo de la familia de May. Luego, una vez por semana, enviaban a la señora Vincent, la viuda de un amigo que había vivido en Clapham, lo que podríamos llamar una recopilación de las noticias. Nora Vincent sólo acudía a Clapham desde su casa,

que se hallaba en Wiltshire, dos o tres veces al año, pero madre nunca fallaba en su envío de la provisión semanal de noticias locales, e imagino que Norma Vincent las leía con tanta avidez como madre las escribía. Nunca entenderé a las mujeres.

Dije hola e intenté escapar, pero no es fácil librarse de la señora Piddock. Preguntó qué nos parecía la obra y luego si había visto a madre últimamente, y sostuvo la conversación con muy poca ayuda por mi parte y ninguna por parte de Sheila, mientras yo esperaba que sonara el timbre como un boxeador, medio atontado, espera el gong. Antes de que se oyera, sin embargo, la señora Piddock sutilmente cambió de tema e inició un ataque frontal. Dijo a Sheila:

—No nos conocemos, ¿verdad, querida? Y, sin embargo, estoy segura de haberla visto antes.

Las mandíbulas del tiburón se abrieron dejando ver una dentadura postiza muy blanca.

—Tal vez, trabajo en la biblioteca de Clapham.

—¡Oh, no soy lectora!

Soltó una gran carcajada y su marido, el pequeño farmacéutico, sonrió con tímida simpatía.

—En la biblioteca no. Usted es una chica del barrio, imagino.

—Vivo en Clapham, si es esto lo que quiere decir.

La señora Piddock la obsequió con una mueca de través, y se estaba preparando para entrar en la suerte de matar cuando sonó el timbre. Rápidamente tomé el brazo de Sheila y me la llevé, mientras decía adiós entre dientes. Cuando estuvimos de nuevo en nuestras butacas, le dije cuánto lo sentía.

—Esta mujer se llama señora Piddock y es una auténtica amenaza, uno de esos seres que no tiene nada mejor que hacer que destrozar la reputación de la gente. No sé por qué mi madre habla siquiera con ella. Tú estuviste magnífica, de veras.

—No tiene importancia. Es solamente una entrometida.

—Debiste pensar que te incomodaba y es culpa mía. Insisto en pedirte excusas.

—No es nada —contestó, pero me pareció que hablaba con bastante frialdad.

Después de esto, toda la velada pareció estropearse. El tercer

acto de la obra fue un fracaso, de modo que yo no hacía más que cambiar de posición en el asiento, hacia el final. Y después, una vez acabada, sencillamente volvimos a Clapham en Metro. No sé exactamente cómo había pensado que acabaría la velada. Realmente, no había pensado en ello, pero no, desde luego, sentados los dos uno al lado del otro en un estrepitoso Metro, mirando fijamente nuestros reflejos delante de nosotros y leyendo los anuncios que había por encima. Cuando había pensado en el final de la velada, me había pintado algo así como metidos en un coche y saliendo de la ciudad hasta uno de esos sitios de carretera que hay en Great West Road, a bailar y tomar algo, para volver a altas horas de la madrugada. Pero yo no tenía coche, y cuando propuse tomar un taxi para volver a Clapham, Sheila dijo que no con mucha firmeza. Sería difícil encontrar un taxi que nos llevara a los barrios periféricos a estas horas de la noche, dijo, y costaría un disparate. Sencillamente, no quería ni pensar en ello. Así que cogimos el metro y caminamos desde Plough hasta la casa en que vivían ella y su padre, en la North Side.

Cuando bajábamos por Long Road la llevé hacia las sombras e intenté, bastante torpemente, besarla. Mis labios sólo tocaron sus mejillas. Volví a intentarlo, pero apartó la cabeza y dijo en voz baja:

—Me gustaría que me llevaras a casa.

Después de eso ya no hablamos hasta llegar a su casa, que estaba enfrente del parque público, un hotelito diminuto entre las villas de ladrillo rojo. Había una luz encendida y dijo que su padre estaría despierto.

—Le prometí que no llegaría tarde. De verdad, no está nada bien.

Me tomó la mano y añadió:

—Gracias por la encantadora velada. Me gustó mucho la obra. Espero que no fuera… no fuera decepcionante para ti.

—Desde luego que no.

Mi voz sonaba estrangulada.

—Creo que en realidad no debí haber venido. Pero quería verla.

Luego desapareció; la puerta de hierro se abrió y cerró, sus pies resonaron por el estrecho camino; la puerta principal se cerró definitivamente. Caminé de regreso cruzando el parque hasta Windover Close, con la mente todavía confusa (no lo puedo decir

claramente), con los pensamientos agitándose en medio de la turbación. Si yo hubiera sido un poco más enérgico, si hubiéramos bebido un poco más durante la cena, si no nos hubiéramos encontrado a la señora Piddock…, y luego me ponía a pensar cómo hubieran podido ir las cosas si ella hubiera devuelto el beso y hubiéramos continuado por el parque. En cierto modo todo eso no se enfocaba, no llegaba a constituirse en una imagen definida en mi mente, no podía dar ningún tipo de forma a mis pensamientos.

Cuando entré, May levantó los ojos de la costura que tenía en la falda.

—Llegas bastante tarde. Son las once y cuarto.

—¿Sí?

Miré el reloj. Como había planeado volver a las dos o a las tres, me pareció más bien pronto.

—Debe de haber tenido un montón de cosas interesantes que decirte para retenerte tanto tiempo.

—¿Quién?

—¡Hombre, John!

La punta de la nariz de May se puso a temblar, señal segura de que estaba molesta.

—El señor Lacey —añadió.

—¡Oh, Lacey!

Antes de salir tenía una historia preparada para contarle, pero ahora, sencillamente, no podía recordarla.

—Espero que no hayas bebido demasiado. Sabes que no puedes hacerlo.

—Desde luego que no. Un poco de vino con la cena, eso es todo.

—¿De qué se trata, pues? Cuéntame solamente por qué quería verte, si eso no es pedir demasiado. Después de todo soy tu mujer.

Tenía que sentarme y contarle algo. Lo sabía. Así que le expliqué con detalle que Lacey había querido hablar conmigo sobre la idea de la reorganización, le había impresionado mucho y quería felicitarme por ello, tomamos unas copas y luego cenamos en su club y hablamos sobre toda suerte de cosas, la inminente jubilación de Gimball (que había sido inminente durante años), la posibilidad de agilizar el Departamento de reclamaciones, utilizando menos personal después de la fusión, etcétera. No había ni una palabra de verdad en todo ello, y creo que hice un buen trabajo de creación.

Cuando acabé, May estaba muy entusiasmada.

—Es maravilloso. No comprendo cómo te lo puedes tomar con tanta calma.

—Aún no ha sucedido nada, son sólo palabras.

—Imagino que significará bastante más dinero.

—Otras doscientas al año, diría yo. Descontando los impuestos.

—¿Sabes qué es lo que me gustaría que tuviéramos cuando hayas logrado este puesto, para qué tendríamos que ahorrar?

—¿Para qué?

—Un coche. Después de todo, como director de un departamento de Palings, tendrás que mantener un cierto rango. Muchos de nuestros amigos tienen coche, y en realidad muchas veces me he avergonzado de que siempre nos lleven ellos.

Ante esas palabras ya no me pude contener y me eché a reír.

—¡Un coche, oh sí, un coche es lo que necesitamos! ¡Si supieras lo mucho que he deseado tener un coche esta noche!

Se me escapaban las lágrimas de los ojos, lágrimas de risa, mientras May me miraba fijamente sin comprender nada.

8

Ya he mencionado que e tío Dan me preguntó si me afiliaba a un club de tenis. Era un local de Clapham llamado Evesdale. El tío Dan pertenecía a él desde hacía varios años, y durante bastante tiempo me había trabajado para que lo fuera también, pero May decía que había demasiada murmuración y celos mezquinos en los clubs de tenis, esto aparte de los gastos. Después de mi velada con Sheila, finalmente decidí que quería afiliarme al Evesdale, y se lo dije a May. Naturalmente le propuse que se afiliara también.

May me escuchaba con una mirada calculadora en el rostro, como cuando imagina el precio de una cosa y descubre que es más caro de lo que sospechaba. Al mismo tiempo había otra cosa en sus modos, una especie de respeto hacia mí, podría decirse, que yo no podía comprender hasta que de pronto me di cuenta de que estaba provocado por mi historia sobre Lacey.

—Tu tío Dan es miembro del Evesdale, ¿no?

Siempre le llamaba tu tío Dan, para dejar claro que ella no tenía vinculación directa con él.

—Esto no es nada en su favor. De todo modos yo diría que es un club de clase buena.

—Esto es muy importante.

Hablé con sarcasmo, pero era despilfarrarlo en May.

—Naturalmente, sobre todo ahora.

—Sólo quería entrar para jugar al tenis

—Sí, pero con quien juegas al tenis es también importante —repuso como si fuera una niña—. ¿Cuántos de los miembros del Evesdale podrías presentar al señor Lacey? Por lo que sé, un gran número de ellos tiene una buena posición social. ¿Cuánto cuesta la inscripción?

—Cuatro guineas cada uno, el verano.

Yo no continué diciendo que lo que May sabía de los miembros del Evesdale era desde luego muy poco; tal vez había conocido a

media docena de ellos y conocía el entorno de media docena más. Cuando intentaba frenar a May en este sentido, sólo conseguía verme envuelto en una larga discusión en la que en cierto modo siempre parecía perder. Del mismo modo sabía que de nada servía decir simplemente que tenía intención de afiliarme al Evesdale, pues me las hubiera tenido que oír todas. Había que discutirlo con May.

Dio un respingo ante la mención del dinero.

—E imagino que necesitarás un traje nuevo, raquetas, pelotas…

Sentí que una cuenta invisible tenía lugar en su mente.

—Creo que merece la pena que te hagas miembro —dijo al fin.

Me quedé sorprendido.

—Pero tú también te harás.

—No.

El cálculo había terminado, había sumado el balance y lo había aprobado.

—No creo que merezca la pena. Yo no juego muy bien, y cuando conozcas gente que merezca la pena cultivar siempre puedes invitarlos a casa. Tú sabes que nunca he sido experta en tenis.

Recordando aquellos días del club de deportes que ahora parecían tan distantes, repliqué:

—Pusiste en escena un buen simulacro, en tiempos.

Ella se rió.

—Eso fue cuando te conocí. Estabas muy verde entonces, pero siempre pensé que eras el tipo que me convenía. Quiero que sepas que estoy orgullosa de ti, John. Siempre pensé que te harías con una buena posición.

Tuve que pensar un momento antes de darme cuenta de que de nuevo se refería a mi imaginaria conversación con el señor Lacey. Con toda sinceridad dije:

—No hay nada de qué estar orgulloso.

—Te gusta jugar al tenis. Muy bien, adelante y juega.

Era como una maestra de escuela concediendo un premio inesperado.

—Pero no te olvides, John, que hay otra cara de) Evesdale. Puedes decir lo que quieras, conocer gente bien es importante.

Así fue cómo me hice miembro del Evesdale y acudí un sábado por la tarde, a finales de mayo, a jugar mi primer partido. Yo había

pertenecido antes a un Club de tenis del barrio y sabía que había una serie de reglas invisibles mucho más importantes que las que estaban colocadas en el tablero de anuncios. Los miembros nuevos pueden jugar con otros también nuevos o bien esperar hasta que se les pregunte si les gustaría jugar una partida. Ellos no deben acercarse a los veteranos del club e invitarles a una ni ofrecerse para una de dobles o dobles mixtos; esto estaba establecido así, y sobre todo no debían realizar un acercamiento directo para una partida hacia un miembro del equipo del club. Si cometían todos o uno de esos errores sociales era muy fácil que pasaran un rato muy desagradable, e incluso si su comportamiento era perfecto probablemente pasarían varias semanas hasta que fueran aceptados plenamente.

Mi camino en el Evesdale fue suavizado por mi tío Dan. Era un club de tenis de clase media, con cuatro pistas de cemento y seis de hierba, y un salón donde se podía tomar una copa y comida ligera. Cuando llegué, el tío Dan me presentó al secretario del club y arregló un doble de hombres en el que él y yo conseguimos ganar a un rubio alto y un moreno bajito. Tío Dan no era muy bueno, pero jugaba de un modo astuto y económico que era muy útil en los partidos de dobles, y yo jugué muy bien teniendo en cuenta el tiempo que llevaba sin practicar. Me di cuenta de que al rubio alto no le gustó demasiado, y cuando el juego acabó, tío Dan me dijo que se llamaba Jackson y que estaba en el equipo.

Tío Dan fue a darse una ducha y yo me quedé sentado en el bar tomando una naranjada fría, cuando oí unas voces detrás de mí que hablaban de conseguir a un cuarto para dobles mixtos. Una voz, que reconocí como la de Jackson, llamaba a alguien que estaba fuera del pabellón del club y le preguntaba si quería jugar. La respuesta fue:

—Lo siento, Jacko, ya estoy comprometido.

Otra voz dijo:

—Es una pena, Bill, me siento en buena forma.

Era una voz que conocía, la voz de Sheila, pero aún no podía creer que fuera así. Me giré lentamente y la vi, de pie junto a la puerta con otra chica. Tenía en la mano una raqueta y sonreía a Jackson.

Lentamente dije:

—Yo no estoy comprometido. Me gustaría jugar una partida…, me gustaría mucho, mucho…; es decir, si no me estoy entrometiendo.

Hubo un silencio mientras todos ellos me miraban, Jackson y Sheila y la otra chica. Me miraban mientras seguían en pie en la puerta del pabellón del club, y me parecía que fueran un grupo hostil congregado contra mí. Luego Sheila sonrió y habló y esa sensación se desvaneció.

—¡Cómo, John, no sabía que eras miembro de aquí! Eres nuevo, ¿no?

Había algo tan cálido y acogedor en su voz que, aunque se parecía mucho al tono que empleaba con la gente que iba a recoger los libros de la biblioteca, me entraron ganas de llorar.

Jackson me había estado mirando con el ceño fruncido. Ahora se frunció todavía más.

—¿Conoces a Wilkins, Sheila?

—Desde luego. Y necesitamos un cuarto, ¿no, Les?

De bastante mala gana Jackson asintió, y salimos al sol. Cuando hicimos girar las raquetas para establecer las parejas, la de Sheila y la mía cayeron de golpe de modo que estuvimos juntos. Todo me parecía como un sueño, como aquel del corredor y el premio que había tenido en la cama, y sabía que iba a jugar bien, mejor que en toda mi vida. Me veía moviendo, saltando y deteniendo pelotas en la red, mientras Sheila me miraba asombrada. Cuando se volvió hacia mí y me dijo con su cálida sonrisa «Espero que estés en forma. Les es muy bueno», le contesté, seguro de mí mismo: «No te preocupes, todo irá bien.»

Recogí las pelotas y anduve hasta la línea para servir.

Y fue bien. Tuve realmente un primer servicio duro cuando se inició, y esta tarde todo siguió así. Lancé mis pelotas hacia las esquinas y allí es donde se iban, paraba la pelota, corría hasta la red, corría hacia atrás para detener las voleas y de nuevo hacia adelante. Sheila era una jugadora muy útil, pero casi no tocó la pelota excepto cuando servía. Yo jugaba por mi cuenta con los otros dos.

No fue hasta que hubimos jugado un par de juegos en el segundo set, después de haber ganado el primero por seis-dos, cuando me di cuenta de que una atmósfera extraña se había

apoderado del juego. Me di cuenta cuando corría y corría para alcanzar una pelota de Jackson y me las arreglé para devolverla con una volea alta, cayéndome al hacerlo. Ante mi sorpresa, él miró la pelota y cuando le pregunté si había hecho algo mal al devolvérsela, dijo simplemente:

—Punto tuyo.

Después de esto sirvió una doble falta para darnos juego.

Sheila me advirtió:

—No te esfuerces tanto.

Me sequé la frente, que estaba completamente sudada.

—¿Qué?

—No te esfuerces tanto. Esto no es la Copa Davis. Y podrías dejarme ver la pelota alguna vez.

Dijo esto de modo encantador, con su sonrisa habitual, pero eso rompió mi sueño. Supe que había hecho lo que no debía hacer; supongo que lo había sabido desde el principio. Intenté bajar el nivel de mi juego, pero eso es algo que nunca he sido capaz de hacer, y simplemente me derrumbé y me alegré cuando, después de haber perdido el segundo juego, no jugamos otro para desempatar. Cuando terminamos, Sheila me dio las gracias muy cariñosamente, pero Jack sólo me saludó con la cabeza. Entonces yo fui a darme una ducha y me reuní con tío Dan en el bar. Le pregunté qué tomaba.

—Tomaré el número de teléfono del Papa —contestó señalando la botella de Vat 69.

—Un día dirás eso a un católico y no le gustará —dijo Jackson, que estaba en pie detrás de él.

—Todos los católicos que he conocido son capaces de entender una broma —replicó tío Dan, inclinando hacia un lado su menuda cabeza—. Pero si alguna vez encuentro a uno que se ofende por lo que he dicho, sin duda alguna me excusaré ante él y le diré que siento muchísimo que sea de mente tan estrecha. Te deseo todo lo mejor, John, chico. Me han dicho que acabas de electrificarlos en el patio.

—Es una auténtica dinamo —comentó Jackson, pero no de modo amistoso.

Le invité a tomar una copa, pero dijo que ahora no bebía. Detrás de él podía ver el perfil de Sheila y también se lo propuse.

—No, gracias —se volvió hacia mí—. No dijiste que estabas casado.

Hubiera debido estar preparado para esto, desde luego, en cuanto la vi en el club, pero no lo estaba. No se me ocurrió nada que decir.

—Pudiste haberlo mencionado. No había ninguna necesidad de inventar una hermana inválida. Pero imagino que necesitaste pensar en algún motivo para llevarte los libros de Moira Mauleverer.

9

No puedo expresar cómo me sentí después de aquella tarde en el club de tenis. No creo que nadie pueda tener idea de ello. Reviví cada momento de la tarde, repasé una y otra vez la humillación y la vergüenza, la loca impaciencia que me hizo excesivamente ansioso de ganar, la mentira innecesaria en la que me había visto atrapado. Intentaba reconstruir esas escenas para que parecieran más aceptables, imaginar qué hubiera podido pasar si yo me hubiera dominado, pero la realidad era demasiado fuerte. En la cama, adentrándome en una angustia interminable, reviví la tarde, y pensé en cómo la cálida sonrisa de bienvenida de Sheila se había convertido rápidamente en una mirada fría y de rechazo que era lo último que recordaba de ella. La manecilla del reloj marcaba las dos, tres, cuatro. A mi lado, May dormía tranquilamente, inmóvil, una estatua en la cama. Entonces dormí tres horas, un sueño invadido por pesadillas de algo que se acercaba a mí, me empujaba, me dejaba ir y yo rodaba por el espacio.

Al día siguiente, en Palings, las cosas no marcharon mejor. Despaché el trabajo mecánicamente, en una especie de ensoñación. Las cartas que dicté eran coherentes, pero parecían generadas por un ser externo cuyos hechos dejaban intacto mi sensible y cálido ser interior. Vi que la señorita Murchison me miraba una o dos veces con bastante curiosidad, pero yo no podía hacer nada al respecto. A las cuatro no pude aguantar más. Me puse el sombrero y el abrigo y le dije que me iba a casa porque no me sentía bien.

En vez de ello vagabundeé por Regent Street y por el Soho, donde me metí en un pequeño club al que me había llevado una vez tío Dan, y tomé varios vasos de whisky. Con el segundo fue como si me hubieran quitado el peso que me oprimía la frente, o como si el ser interior, el que no había sido capaz de entrar en contacto con lo que sucedía fuera de Palings, se hubiera fundido con el exterior. Eso parece un modo ridículo de expresarlo, no lo dudo, pero es como lo

sentí.

Debí quedarme bebiendo más rato de lo que pretendía, porque cuando miré el reloj eran las siete. El tiempo no significaba nada para mí. De pronto me acordé de que era miércoles, el día en que íbamos a ver a mi madre, y que las siete era justamente la hora a la que debíamos llegar. Compré un tubo de tabletas de esas que se supone quitan el olor del aliento y de un salto me metí en un autobús. Llegué a Baynard Road un poco pasadas las siete y media y madre abrió la puerta.

—Lo siento, madre, lo siento mucho, pero tuve que trabajar hasta tarde. Todo relacionado con la reorganización del departamento, y luego el señor Lacey me invitó a tomar una copa con él. En su club. Es un hombre importante en la empresa, ya sabes, no es el tipo de invitación que uno puede rechazar. ¿Ha llegado May?

—¡Oh!

La voz de mi madre era severa. Pensé que si hubiera decidido por adelantado contar esa historia no hubiera necesitado preocuparme por tomar esas pastillas que me habían dejado en la boca un sabor seco y amargo.

—Sí, May está aquí. ¿Quieres subir y lavarte?

—¿Qué dices?

Aquello era algo que mi madre nunca solía decir; generalmente era remilgada respecto a ese tipo de cosas.

—Sube y lávate.

En su voz había un tono de autoridad que yo recordaba de mi infancia. Subí obedientemente las escaleras, abrí el grifo del agua caliente del diminuto cuarto de baño y me enfrenté a mí mismo en el espejo. Allí vi la razón evidente de la severidad de mi madre. En mi mejilla derecha se podían ver claramente, aunque algo desdibujadas, las señales de unos labios. Respecto al momento en que aquellos labios se habían estampado en mi cara, no podía recordar nada.

Aquella velada transcurrió incómoda. Hice un renuncio al jugar a las siete y media. Besé a May salvajemente y contra su voluntad cuando atravesábamos el Common, y cuando llegamos al piso me desplomé en la cama con toda la ropa puesta y me quedé dormido.

10

Extracto de la carta que escribió la señora Wilkins a Nora Vincent, Rose Cottage, Little Pelling, Wiltshire.

> …el costo de la vida sube y sube, y la gente verdaderamente pobre de nuestros días es la que tiene, como yo, unos ingresos fijos. Veo en los periódicos actuales que los ingenieros, ¿o son los ferroviarios?, piden más dinero. No hay duda sobre los que tienen buena posición ahora, sabes, venía en el *Clapham Observer* que Billy Nichols —te acuerdas de él, el hombrecito que tenía la pañería en el Hill y luego creció y compró dos o tres empresas— vive en una de esas casas de Larkspur Road, cuyo alquiler, controlado por el Ayuntamiento, es de veinticinco chelines a la semana y los pagadores de impuestos cubren la diferencia, y Bill Nichols debe ganar cuarenta libras semanales. No sé adónde van a llegar las cosas.
>
> Polly Paget, en el número sesenta, tuvo un niño. Hace siete meses que están casados. A eso le llaman prematuro.
>
> Estoy preocupada por John, se ha estado comportando de un modo *muy extraño*. El pasado miércoles vino a cenar con una mirada rarísima en los ojos y *pintura* de labios en la cara. Le mandé arriba a lavarse y afortunadamente May no se enteró de nada, pero sus modales fueron raros durante toda la velada, como si estuviera en otra parte, no con nosotros. Conozco a John mejor que nadie, es lógico, pues soy su madre, y puedo decirle que algo no funciona. Está maquinando algo, como yo solía decir. ¿Se acuerda de cuando estábamos todos de vacaciones en Teignmouth cuando John tenía once años, y había un hombre llamado Bellerby que solía tomar el pelo a John diciéndole que no sabía nadar y al final, después de *días y días* de tragarse sus

sentimientos, John atacó a Bellerby con una maza de criquet y le rompió la nariz?

Está de un modo parecido, como en los días antes de atacar a Bellerby, quiero decir. Aunque no me anduve con chiquitas respecto a May, que se da importancia y es la hija de Barney Colter; después de todo es su mujer y tiene derecho a una cierta consideración.

La semana pasada vi a la señora Piddock en casa de los Jones y me dijo que había visto a John en el teatro con una chica. La chica *no quiso dar su nombre*, pero admitió que trabajaba en la biblioteca, y, por supuesto, la señora Piddock averiguó en seguida quién era. ¿Se acuerda de Morton, el comerciante de madera que tenía un gran depósito en Grayling Road? Es su hija y por lo que he oído no es mejor de lo que debería…

Extracto de una carta escrita por Sheila Morton a Mary Dansett, Rangeley Road, 17, Manchester.

…Así que la vida en la biblioteca es terriblemente aburrida, pero me gusta en cierto modo. Es bastante divertido realmente escoger libros para solteronas que quieren algo que sea un poco picante, pero perfectamente respetable. Tengo que resistir la tentación de darles *El amante de Lady Chaterley*. Lo resisto siempre, te lo aseguro. Tú me conoces, siempre veo perros cojos por la carretera.

Precisamente esto, el tener pena por los perros cojos, quiero decir, me ha dejado hecha un lío últimamente. Un joven llegó a la biblioteca pidiendo libros de Moira Mauleverer para su hermana inválida. Conoces el estilo: ojos perrunos marrones, cara rosada, muy cachorrillo pero no tan joven como todo eso. Ni por asomo mi tipo, pero me dio pena, no tuve el valor de quitármelo de encima ni siquiera cuando se quedaba por allí esperando para preguntarme cosas cuya respuesta ya sabía. Continué sintiendo pena hasta tal punto que sencillamente tuve que ir al teatro con él; me

lo había pedido con tanta frecuencia diciendo que tenía entradas gratuitas… Luego resultó que esto no era cierto, había estado comprando siempre las entradas. Patético, ¿no? Pero de hecho hace que me dé un ligero escalofrío en la columna vertebral. No sé por qué.

Luego qué dirías que hace, sino aparecer en el Evesdale, meterse con calzador en un partido de dobles, pescar todas mis pelotas y saltar como un loco, como si creyera que estábamos jugando la Copa Davis o algo así. Debiste haberle visto después del partido, con aire derrotado porque yo no había valorado sus esfuerzos. Pude haber empezado de nuevo a sentir pena por él, pero me enteré de que estaba casado y que su hermana inválida era una invención. Así que endurecí mi corazón y le dije un par de palabras cortantes, aunque no sé si seré capaz de mantenerme así. Es verdaderamente un ser muy patético, y tú sabes que soy más blanda que la mantequilla.

Transmite mi cariño a Bill cuando le escribas. A propósito, ese admirador mío, que se llama John Wilkins, conoce a Bill, jugaba en el equipo de criquet de la escuela con él. O al menos eso dice. Es tan mentiroso que no me extrañaría nada que también eso fuera un cuento.

Y ahora tengo que contarte algo de verdad emocionante. Tengo realmente un admirador. No lo conoces, querida, así que no vale la pena que pongas en funcionamiento tu ingenio. ¿En serio? ¿Soy seria yo? Estoy empezando a pensar que sí lo soy. Pero él no me ha dicho nada, y aunque lo hiciera (dijo Sheila, anticipándose como de costumbre), ¿qué es lo que haré con papá? Su corazón no mejora ni mejorará, y yo no podría dejarle, pobrecito, no tiene a nadie más. Es verdaderamente un problema terrible. Pero tal vez —puedo verla ahora mismo diciendo eso, señorita Cat— el problema nunca se planteará…

CONTINUACIÓN DEL RELATO DE JOHN WILKINS

11

Cuando pienso en el pasado que está tan próximo y sin embargo, parece tan distante, es todo como un sueño. Me parece muy difícil distinguir lo que realmente sucedió de lo que yo quería que sucediera, o bien esperaba que pudiera suceder, las semanas antes a que May y yo nos fuéramos a Brighton. Pero se lo contaré lo mejor que pueda y espero que lo que diga sea la verdad. A mí me parece que siempre he querido decir la verdad durante toda mi vida y, sin embargo, con mucha frecuencia la verdad se ha convertido en mentira al tocarla yo. Por algunos días, tras aquella terrible tarde, no volví a Evesdale. May me empujaba sin cesar a que fuera; sencillamente no podía comprender que alguien no se aprovechara al máximo de lo que consideraba una suscripción excesivamente alta, y al final me fastidió tanto que volví a ir. No vi a Sheila y jugué un buen partido de tenis. Poco después tuve que ir a la biblioteca, pero evité a Sheila; de hecho me escondí detrás de una de las librerías cuando la vi venir. Volví de nuevo al club y allí estaba Sheila, pero sólo nos saludamos con la cabeza y no hablamos.

Entonces empecé a preguntarme a mí mismo qué había hecho, después de todo, que estuviera tan mal. Le había dicho una mentirijilla respecto a que tenía una hermana inválida, desde luego. No le había mencionado que estaba casado. Me había puesto en ridículo —no, eso era exagerado—, me había comportado impetuosamente en la pista de tenis. Aceptaba todo eso. Pero lo que de pronto se me hizo obvio —no puedo imaginar por qué no lo

había comprendido antes— era que *todas esas cosas las había hecho por Sheila*. Ella se había dado cuenta ya, sin duda, y las mujeres están siempre dispuestas a entender y perdonar una mentira si se ha dicho por ellas. Sin embargo, no podía negar que había estado fría, casi hostil, después del partido de tenis.

Esto, lo veía ahora —y si no hubiera sido tan estúpido lo habría visto antes—, era por causa de May. Sheila era una chica sencilla, honesta e inocente. Nunca tendría nada que ver con un hombre que estuviera casado. No importaba cuáles pudieran ser los sentimientos de Sheila hacia mí, nunca me los daría a conocer mientras estuviera casado con May. Me di cuenta de que mi matrimonio era el factor más importante de la situación, por esta causa no podía tomar nada de lo que dijera Sheila al pie de la letra. Si yo no hubiera estado casado con May, entonces todo hubiera sido distinto.

Pero yo estaba casado con May. Pensé en mi matrimonio y tuve que admitir, completamente en serio, que no había sido un éxito. No es el tipo de cosas que a un hombre le gusta pensar de su mujer, mucho menos decir, pero me pareció realmente que May no estaba hecha para el matrimonio. Eso era algo que no me había preocupado durante mucho tiempo, pero ahora empecé a sentir deseos muy vehementes y ansiosos de relaciones sexuales del tipo que con May era imposible alcanzar. Inconscientemente puse a Sheila en el lugar de May, y todo era diferente. No podía siquiera imaginar ya nada excitante con May, pero con Sheila llegué a un punto en que nó podía pensar en otra cosa.

Durante todo este tiempo, fíjese, sabía que todo era sólo imaginación. Porque allí estaba May, mi esposa, y era absurdo pensar en otra situación en la que ella no fuera mi mujer. May me había atrapado, había atrapado al hijo de una familia que vivió en Kincaid Square, y no me soltaría. No quiero decir que hubiera realmente nada especial en el modo de vivir de Kincaid Square, pero lo había para May. Nunca se divorciaría de mí, hiciera lo que hiciera, eso lo sabía.

Una mañana, durante el desayuno, dije:

—May, ¿qué piensas del divorcio?

Levantó los ojos de sus cereales y preguntó:

—¿Hay algún caso en el periódico?

—No, leí en algún sitio el otro día, no puedo recordar

exactamente dónde, un hombre que decía que cuando dos personas ya no se quieren deberían poder divorciarse.

Era uno de esos días en que May iba a la papelería y tenía prisa. Se metió en la boca la última cucharada de cereal y frunció el ceño:

—Me suena algo así como una idea comunista.

—No, no lo es en absoluto. La cosa es, ¿no estás de acuerdo en que sería una buena idea? El otro día leí en otro sitio que un hombre y una mujer habían estado esperando tres años a que se les concediera el divorcio, al ser personas sin recursos. Mientras tanto, ambos se habían ido con otro.

—Se me hace tarde —May cerró de golpe su bolso con decisión y añadió—: Y tú también deberías marcharte. No querrás figurar en el libro negro del señor Lacey.

Volví sobre el tema aquella tarde.

—May, ¿te acuerdas de que estábamos hablando sobre el divorcio?

—No, ¿de veras?

—Sí, yo había leído algo sobre facilitar el divorcio, ya sabes, cuando la gente ya no se quiere.

—¡Ah, sí, ya me acuerdo!

May me miraba elevando sus ojos, tan juntos.

—¿Qué estás intentando decirme, John?

—Nada. Eso no quiere decir que esté necesariamente intentando decirte algo.

—Me has sido infiel, ¿es lo que quieres decir?

—Por supuesto que no —repliqué sin ninguna convicción aunque era perfectamente cierto.

—Nada cambiaría.

Me miró y luego echó una ojeada a la pulida habitación, de la que estaba tan orgullosa: las rinconeras en forma de concha y las mesitas gemelas de ocasión, el tresillo y el faralá de papel de delante de la chimenea.

—Te quiero —dijo.

Y yo no pude estar seguro de si se refería a mí o al mobiliario.

—Y yo también. Sólo quería decir…

—Nunca te dejaré.

De nuevo me pareció que no estaba hablando realmente conmigo.

—Pase lo que pase, yo nunca te dejaré —añadió.

De nada servía continuar con la conversación. A partir de aquel momento, sin embargo, me sorprendía a mí mismo reemplazando cada vez más a May por Sheila mentalmente, pensando cómo sería Sheila por las mañanas a la hora de desayunar, de qué hablaríamos Sheila y yo por las tardes, cómo amueblaría Sheila el piso, etc. Cada vez me volví más crítico con May y me fié más y más en las cosas de ella que me irritaban. Estas no son importantes, excepto porque indican lo que yo sentía hacia May, de modo que sólo mencionaré una: su modo de comer una tostada con mermelada. Hay dos modos de comer las tostadas con mermelada. Mi sistema consistía en esparcir la mantequilla sobre la tostada, colocar encima mermelada y comer. Lo que hacía May era poner mantequilla y mermelada en el plato, poner un poco de cada cosa en un trocito de tostada, comer este pedacito y repetir el proceso. Es estúpido molestarse por una cosa tan minúscula, ¿no? Era tonto incluso darse cuenta de ello, pero no podía evitarlo, no pude evitar siquiera mencionarlo.

—May —le dije una mañana—, ¿por qué comes así?

Me miró atónita.

—¿Cómo?

—¿Por qué no te comes la tostada como lo hago yo?

—¿Te la comes de un modo especial? Nunca me había dado cuenta.

Noté que elevaba la voz un poquito, pero mantuve el tono firmemente tranquilo.

—Es sólo un rasgo de afectación, eso es todo. Supongo que has visto a alguien en el cine comiendo así o lo has leído en uno de esos tontos artículos sobre etiqueta que siempre estás estudiando.

—Todavía no sé de qué me hablas.

—Lo sabes perfectamente. Lo hacías para irritarme, y lo has conseguido.

Me sentía un poco avergonzado de mí mismo cuando me fui del piso, y aquella tarde le dije a May que lo sentía. Pero esto no cambió mis sentimientos y tampoco hizo que May cambiara, pues siguió comiendo las tostadas con mermelada del mismo modo.

Por aquel entonces, a finales de mayo, el caso McKenna ocupaba

gran espacio en los periódicos, y me sorprendí interesándome mucho en ello. Recordará que Gregory McKenna era un hombre de Jamaica que asesinó a su mujer, una inglesa, cuando ésta descubrió que él tenía un asunto con una joven de su mismo país. No había duda de la culpabilidad de McKenna, pero había mucha simpatía hacia él. Era un conductor de autobuses al que sus compañeros querían mucho porque era muy alegre y sabía conservar su temple incluso en las circunstancias más penosas.

Su mujer, por otra parte, era una cerda que se gastaba el dinero de la casa bebiendo, y le decía siempre a McKenna que era un sucio negro que debería estar agradecido de que se le permitiera vivir en Inglaterra. Los vecinos la habían oído y dijeron que la paciencia que él tenía con ella era sobrehumana. La muchacha jamaicana trabajaba en un café local y McKenna la conoció allí cuando una noche tuvo que salir a por comida porque su mujer estaba bebiendo. Se gustaron y él la llevó una o dos veces a bailar sin decirle que estaba casado. La señora McKenna lo averiguó, fue a ver a la muchacha de Jamaica, ¡a llamó puta e hizo una escena en el café de modo que la chica perdió su empleo. La muchacha no quiso volver a ver a McKenna. El volvió a su casa y le pidió a su mujer que le devolviera la libertad. Ella soltó una risotada y le preguntó por qué clase de imbécil la tomaba.

—Tú vas a seguir trayendo un montón de dinero y yo voy a seguir gastándomelo —le oyó decir la vecina de al lado—. Y si pillo alguna cosa más §obre ti y esa pequeña puta, iré al lugar donde encuentre su próximo trabajo y le diré unas cuantas cosas como hice antes.

Al llegar a este punto, McKenna golpeó a su mujer varias veces en la cabeza con un rodillo y siguió golpeándola por la cara y el cuerpo después que hubo muerto.

Tenía el caso McKenna muy presente en la mente cuan do una tarde fui al club de ajedrez North Clapham porque mi tío Dan me había invitado. Tío Dan hacía años que era miembro del club y algunas veces jugaba alguna de las partidas más fáciles para el equipo. No es que fuera tan bueno, pero tenía un ojo muy rápido para la variación en los gambitos de apertura y con frecuencia

aturrullaba a sus contrincantes haciendo sus primeros movimientos a gran velocidad, sacudiendo el reloj con mucha ostentación cuando hacía eso. Desconcertado por la velocidad de los movimientos de tío Dan, sus sacudidas de reloj y sus ocasionales resoplidos de bien simulado tedio, el oponente a veces cometía un error elemental sobre el que se abalanzaría sin piedad. En una partida amistosa, jugada sin tener en cuenta el tiempo y contra alguien que le conociera, tío Dan no era tan fantástico, aunque de todos modos había que verlo en los primeros avances.

Aquella noche abrió con una variación del gambito de Allgaier, y yo casi perdí un caballo intentando que mis movimientos fueran tan rápidos como los suyos. Pero como solía sucederle a tío Dan, se colocó en una mala posición en el momento en que falló su ataque por sorpresa. No tenía la paciencia de jugar una partida a largo plazo, y pasada una hora accedía a perder una pieza, aunque tuviera ventaja en los peones.

Durante el juego el caso McKenna me había estado rondando por la cabeza. Ahora, mientras tomábamos café en la mesa —el club se reunía en un pequeño restaurante—, dije:

—Si fueras a matar a alguien, tío Dan, ¿cómo lo harías?

Tío Dan ladeó su pequeña cabeza y contestó con una mirada zorruna:

—¿Y por qué iba a darte el beneficio de mi experiencia?

—No. Sé serio.

—Muy bien. ¿A quién quieres matar?

—Toma el caso de ese hombre, McKenna. Su esposa era alguien que, bueno, podría decirse que merecía morir. Leyendo las declaraciones sobre el tema se puede ver que era una bruja de primera categoría, no hay en ella ni un rasgo que la redima. Si McKenna hubiera podido matarla y salirse con la suya, yo le hubiera dicho «buena suerte», y supongo que tú también. Tal como lo hizo, simplemente golpeándola en la cabeza con el rodillo, no tuvo ninguna posibilidad. Pero suponiendo que tú fueras McKenna, ¿cómo te las hubieras arreglado?

—He sido lo suficientemente listo como para no casarme.

Tío Dan cogió la reina blanca y pasó sus dedos alrededor de la corona.

—Estás cansado de tu vida con May, ¿no?

—Claro que no —repliqué, y sentí cómo se me encendía la cara —. No hay por qué ser personal.

—¿No?

Empujó a la reina blanca y la sacó del tablero.

—Échate un juego de ratón y gato. Toma el gato.

Se juega al ratón y al gato con cuatro peones para los gatos y uno para el ratón. Este intenta romper el cordón del gato. Si lo consigue se queda libre. Si los gatos arrinconan al ratón en una esquina, lo han capturado. El juego tuvo su final habitual.

—Ya lo ves —dijo tío Dan.

—¿Qué?

—El ratón no tiene ni una oportunidad. Lo mismo sucede con el asesinato. La Policía te pesca siempre… si sabe que se trata de un asesinato.

Tío Dan movió hacia mí un dedo largo y sucio.

—Sólo hay un modo seguro: que nadie lo sepa. Toma, por ejemplo, el andén del Metro en la hora punta. La gente en filas de seis de profundidad, de ocho, de diez. Alguien que está en primera línea es empujado delante de un tren. Debe haber sido un súbito ataque de vértigo o un empujón que viene de la parte posterior de la multitud; nadie sospecha asesinato, o si lo sospechan no pueden probarlo. Alguien que tiene miedo a la altura se cae por un acantilado, uno que no sepa nadar ahogándose en la parte honda de la piscina, una anciana con artritis que se ahoga en el baño porque el timbre no funciona, un accidente de yate, una espita de gas defectuosa, etcétera. Nadie puede probar que es un asesinato aunque puedan sospecharlo. ¿Te sirve de algo?

—No mucho, no.

—No pensé que lo hiciera.

Todo en tío Dan era algo tortuoso, desde su cabeza y sonrisa al sesgo, hasta el modo que tenía de sacar un pie hacia un lado.

—Quieres una respuesta directa, haz una pregunta directa.

—Suponiendo que fueras McKenna, ¿qué hubieras hecho?

—Ahogar a esa esposa en la borrachera hasta que hubiera muerto de envenenamiento alcohólico —contestó tío Dan rápidamente.

Luego su cara adoptó una expresión de ternura que yo conocía desde antiguo y que me había parecido siempre particularmente

falsa.

—Tu madre está preocupada por ti, Johnny, muchacho.

Yo bajé los ojos hacia el tablero de ajedrez: cuadrados negros y blancos.

—No tiene motivo.

—Ella parece creer que sí. Alguna vieja bruja entrometida te vio en el teatro con Sheila Morton, ¿no es así? Luego apareciste un día a cenar con su arco de Cupido impreso en la cara…

—No era el suyo.

Tío Dan me miró fijamente.

—Tanto peor. Un auténtico libertino. Ojalá pudiera yo sacar tan buena tajada. El caso es que tu madre está preocupada por ti y por May. No porque quiera a May, eso ya lo sabes. Pero conoces sus sentimientos respecto al matrimonio. Nunca una palabra más alta que otra mientras estuvo casada, fiel hasta la muerte, ya sabes, ese tipo de cosas.

—Todo eso son cuentos —repliqué brutalmente.

Y le conté lo de los paquetes de cartas en la caja de la oficina.

—El viejo diablo astuto —exclamó tío Dan encantado—. Era un tío listo tu padre, y no me equivoco. ¿Nunca le contaste a tu madre nada de eso? Claro que no. ¡Qué mojigato viejo tunante era tu padre cuando te pones a pensarlo! El modo que tenía de mirar por encima del hombro al resto de nosotros, pobres inofensivos pecadores.

Se sonó la nariz ruidosamente con un pañuelo de colores y haciendo un esfuerzo volvió al tema que le ocupaba:

—Tú parece que sigues las huellas de tu padre, Johnny. ¿Qué estás haciendo, rodeándote de un harén?

Me puse a reír, no de alegría.

—Ojalá.

—Llegas con la cara llena de lápiz de labios, ¿de quién era?

—No lo sé.

Me miró fijamente y yo repetí:

—No lo sé. Son esos vacíos mentales. He vuelto a tenerlos. El día que llegué a cenar había estado bebiendo en ese club al que tú me llevaste, ¿cómo se llama?

—«La sombra de los cinco» —sonrió tío Dan con afectación—. Bonito lugar. Generalmente se pueden encontrar allí uno o dos

buenos elementos.

—Una de ellas me debió de besar. No puedo recordarlo, eso es todo.

—¿Has visto a un médico?

Me moví incómodo.

—No… Simplemente no veo que puedan hacer nada por mí.

Con la cabeza ladeada, tío Dan me miró fijamente; luego guardó de nuevo las piezas de ajedrez en su caja.

—Si yo fuera tú iría a hablar con uno de esos hombres sabelotodo, ya sabes, uno de esos expertos. Conocí a un chico el otro día que podría serte útil.

—Oh, sí —repliqué sin interés.

—De hecho le conocí en «La sombra de las cinco». Se ocupa de toda suerte de casos.

Tío Dan me miraba con ojos zorrunos.

—Fíjate, es algo así como un diamante en bruto, la clase de tipo que al pan le llama vino. Pero a ti no te importará eso.

—No quiero ver a nadie.

—Nunca se sabe cuándo un hombre puede ser útil. No es que yo conozca a ese chico desde siempre, pero se puede ver que sabe de qué van esos casos.

Lentamente, tío Dan cerró y volvió a abrir un ojo. Hurgó en sus bolsillos, miró varios pedacitos de papel sucios y continuó:

—Aquí está. Glenister, doctor Bowen Glenister. No te haría daño ir a verle. No es que yo lo garantice, perdona, no pienses eso.

Me pasó el papelito y yo me lo metí en el bolsillo sin mirarlo siquiera.

Nos levantamos para salir.

—Otra cosa —dijo tío Dan como por casualidad—. Yo no pensaría demasiado en esa Sheila Morton si fuera tú. Por lo que he oído, ha sido un poquito ligera en sus tiempos. ¿Te acuerdas de un chaval llamado Bill Matheson, que iba al colegio contigo? Salió con él durante una buena temporada. Luego hubo o dos más, por lo que he oído. Charlie Main, en el club de tenis, y Len Pilkington, que juega al fútbol con el Dulwich Hamlet. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Muy bien.

Me siguió hasta que entramos en la noche.

—Tampoco pensaría excesivamente en el caso McKenna si fuera tú.

—Muy bien —repuse—. Gracias por la partida. Buenas noches.

—Recuerdos a May.

Se puso a caminar rápidamente, alejándose de mí. Era una delgada figura que se inclinaba al viento de la noche.

12

Volví a la biblioteca un par de veces y vi a Sheila, pero no hablé con ella. Luego, un día, estaba en el despacho de recepción cuando yo entregué mis libros. Ella sonrió y dijo:

—Hola.

—Hola.

Podía sentir que el corazón me latía fuertemente.

—Si quieres algo de Maira Mauleverer, hay un par de cosas dentro.

Volvió a sonreír.

—Tu hermana inválida tal vez no las haya leído.

—Siento eso —murmuré—. No sé que me hizo…

Ella se rió. Estaba guapa y parecía enormemente feliz.

—Me molestó, pero ¿sabes que me pasa? Nunca me duran los enfados mucho tiempo. ¿Te indico dónde están los Moira Mauleverer? Están con las recientes devoluciones, no en las estanterías.

—Pareces muy contenta por algo.

¿Fue accidental que mientras estaba en pie a mi lado su pierna se acercara un momento y rozara la mía? Yo me aparté casi al instante, ¿pero había imaginado una débil presión?

Ahora ella se reía enseñando sus blancos dientes.

—Lo estoy efectivamente. Acabamos de decidir nuestras vacaciones de verano, las de mi padre y mías. Temía que no estuviera suficientemente bien como para viajar, pero el doctor dice que puede hacerlo siempre que el hotel tenga ascensor.

—¿Adonde vais?

—Al querido y saludable Brighton de siempre. Estoy ansiosa por ir; acabo de encargar en el Langland una habitación en el primer piso cara al mar para papá. Me emociona enormemente y creo de verdad que él está contento, pobre viejecito. Sólo hay un fallo: vamos a finales de mayo y a principios de junio; no hará mucho

calor. Me gusta tomar el sol, ¿a ti no?

—Sí —dije, aunque no me gustaba.

Veía una imagen en que Sheila y yo estábamos echados juntos en una playa de Brighton. Ella, tumbada boca abajo. Yo me arrodillaba junto a ella con un frasco de aceite, dejaba caer unas gotas en la palma de la mano y empezaba a esparcirlo lentamente por su espalda y sus hombros.

—¿No te sentirás sola?

Ella sonrió:

—Me esperan uno o dos amigos. Te veré en el club uno de estos días. Ahora, adiós.

Me dejó. ¿Me equivoqué al pensar que me había hecho una invitación casi a las claras para ir a Brighton cuando ella estuviera de vacaciones?

13

Tres días después el telefonillo interior de mi despacho sonó. Cuando cogí el auricular una voz dijo:

—Lacey. ¿Me puede dedicar cinco minutos, Wilkins?

—¿Ahora, señor Lacey?

—Sí, por favor.

Algo sonaba terriblemente amenazador en aquel *Sí, por favor*. Me miré en el cristal y me enderecé la corbata; luego sali del despacho y subí los veinte escalones que conducen al piso de arriba. Ese piso yo casi nunca lo visitaba, pues era el reducto de los directores y sus secretarios. Llamé a una puerta donde decía *Sr. J.M.R. Lacey* y la abrí.

La señorita Stubbs, la secretaria de Lacey, estaba sentada ante la mesa de escribir limándose las uñas. Yo, si hubiera estado en la posición del señor Lacey, hubiera tenido una secretaria guapa, pero la señorita Stubbs era una mujer casi informe que llevaba unas pesadas gafas con montura de concha y usaba muy poco maquillaje. Me saludó con la cabeza para indicarme que podía entrar directamente. Abrí otra puerta, una puerta pesada de roble, y avancé por la mullida alfombra. No sé qué esperaba, pero no era nada bueno.

Lacey era un hombre alto y guapo, de cabello gris partido en dos por la mitad. Tenía una voz rica y profunda y a mí siempre me hacía pensar en un actor..

—Wilkins —dijo mirándome sin una sonrisa—, tome asiento.

Me senté en una silla al otro lado de la mesa de despacho. La silla no parecía muy baja, pero de todos modos era bastante más hundida que aquella en la que Lacey estaba sentado. El efecto es que él me miraba desde lo alto por encima de su mesa, o por lo menos así lo hubiera hecho si me hubiera mirado. En realidad estaba leyendo unos papeles, y aunque yo sabía que eso era un viejo truco utilizado por la gente importante en presencia de sus

subordinados, sentí que empezaba a inquietarme.

No creo que me tuviera esperando más de un par de minutos. Luego sí me miró y habló:

—Wilkins, hace algún tiempo preparó usted un proyecto para fusionar el Departamento de Reclamaciones con el de Servicio.

Se me hizo un nudo en la garganta, tosí para deshacerlo y contesté:

—Así es.

—Fue una iniciativa por su parte que yo aprecié mucho. En su proyecto había algunas… ah… algunas ideas interesantes. No todas ellas podían ponerse en práctica, pero eran interesantes, sí, mucho. Pensé que debía hacérselo saber.

—Muchas gracias, señor Lacey.

El rostro de Lacey, bastante parecido al de un halcón visto desde abajo, me observaba.

—No puse en marcha su proyecto porque dio la casualidad de que hacía un tiempo que yo tenía en la cabeza uno parecido en algunos detalles, si bien de mayor alcance. Hace tiempo presenté mi proyecto y me alegra poder decir que la junta lo ha aprobado.

—¿Permite, como el mío, una completa fusión del trabajo de ambos departamentos?

—Ah, sí —admitió Lacey mirando a los papeles con el ceño fruncido—. Hay algunas diferencias, muchas diferencias de detalles. Son los detalles lo que importa en estas cuestiones. He podido dinamizar muchas de sus ideas originales de modo que se lleva a cabo una considerable economía. Los demás miembros de la junta están encantados.

—Me alegra escuchar esto, señor.

—Sí. Ahora, en lo que respecta a su posición, Wilkins. Creo que no me equivoco al pensar que hace ya algún tiempo que es usted el ayudante de Gimball, y conoce usted el trabajo del departamento a fondo, imagino.

—Espero que sí.

—¿Qué tal se lleva con Gimball?

Vacilé un momento. Una sonrisa rozó las comisuras de los labios de Lacey.

—Esta pregunta casi no era correcta. No es un hombre fácil, eso puedo creerlo, aunque nos ha dado años de servicio excelente y leal.

Un gran hombre para la empresa. Sentiremos perderlo.

—¿Perderlo, señor Lacey?

—Gimball se retira en agosto. Yo me propongo recomendar su nombre a la junta para que le suceda. Debo mencionar que el puesto supondrá bastante más trabajo que el de Gimball, ya que asegurará el control de los Departamentos de Servicio y Reclamaciones combinados. Habrá un proporcionado aumento de salario.

Lacey me miraba con benevolencia.

—Creo que no hay duda de que la junta aceptará mi propuesta —añadió.

Silencio. Mi mente era un remolino de pensamientos, confusos y confundentes, un tumulto de pensamientos sobre May, Sheila y mi madre, además de mis ideas sobre la reorganización y el hecho de que hubieran sido utilizadas.

—¿Tiene usted alguna otra cosa que decir, Wilkins? ¿Algo que quiera preguntarme?

Silencio. Me sorprendí tartamudeando ligeramente.

—Es una completa sorpresa para mí, señor Lacey. Muchas gracias.

Lacey levantó la mano y yo vi lo suave y hermosa que era su rosada palma.

—Gracias, no, Wilkins. Usted no tendría el trabajo si no hubiera estado seguro de que era el hombre más adecuado para desempeñarlo. Ese proyecto de reorganización fue una gran ayuda.

Dijo estas palabras con énfasis y me lanzó una mirada que casi era ceñuda. Luego su gesto se suavizó:

—He comunicado a Gimball la noticia y estoy seguro de que le encontrará completamente dispuesto a colaborar en todos los aspectos. Desde ahora hasta el mes de agosto le irá enseñando sus nuevos deberes, aunque supongo que usted los conoce ya de memoria.

Silencio de nuevo. Lacey se levantó.

—No hay dudas. Felicidades, pues, y buena suerte en su nuevo puesto. Aunque estoy completamente seguro de que no la necesita.

Cuando salí, la señorita Stubbs seguía limándose las uñas. Me sonrió cuando pasé junto a ella, una sonrisa que decía que ella lo sabía todo desde un principio.

14

Gimball me miró con un parpadeo helado.

—¿Tuvo una entrevista satisfactoria con el señor Lacey?

—Sí. Fue un gran sobresalto para mí, señor Gimball, saber que usted se retiraba, quiero decir.

—El viejo ya no es lo que era. Y además he dado a la empresa treinta años de servicio, y es suficiente para cualquier hombre. No lamentaré cultivar mi jardín, Wilkins. Me atrevería a decir que usted puede sentir lo mismo cuando lleve unos años sentado en esta silla.

Me di cuenta de que por primera vez me trataba de igual a igual. Ahora decía casi con malicia:

—Estoy seguro de que le irá muy bien, siempre que no vuelva a tener uno de sus vacíos mentales.

Yo murmuré algo.

—No se los he mencionado al señor Lacey. Me pareció que no sería prudente. Sin embargo, sí presenté un memorándum con mi más cálida recomendación. Estoy muy contento de que se vaya a poner en marcha.

—Se lo agradezco mucho, mucho, señor Gimball.

—No hay de qué, hijo mío. Es un deber y un placer también echar una mano a quien se lo merece. Y ahora creo que debemos celebrarlo un poco.

El señor Gimball seleccionó una llave de una cadena de oro que llevaba colgando de la cintura. Anduvo hasta un armario que estaba a un lado de la habitación, lo abrió y sacó una botella de oporto, dos vasitos y un paño. Limpió los vasitos con el paño, escanció vino en ambos y me tendió uno. Este era un ritual del que había oído hablar pero nunca había visto, ya que normalmente se llevaba a cabo sólo en presencia de clientes cuyas quejas se habían transformado en felicitaciones.

Como si hubiera leído mis pensamientos, Gimball observó:

—Un buen oporto añejo, Wilkins, generalmente reservado para los clientes. Y una palabra de advertencia: sirva siempre hasta la marca, nunca más. La botella dura tres veces más. Un pequeño detalle, pero que merece recordarse.

Me fijé en que mi vaso estaba lleno exactamente hasta el punto en que acababan los adornos decorativos.

—Le deseo todo el éxito posible, hijo mío. Y toda la buena suerte que no necesitará.

Bebí.

—El señor Lacey dijo que había preparado un proyecto propio que era muy parecido al mío.

—¿Eso dijo?

Gimball bajó la vista deteniéndola en el vaso.

—A veces es necesario tomarse esas declaraciones con, diría yo, un poco de calma.

—No le entiendo.

Sonrió brevemente con superioridad.

—El señor Lacey, por supuesto, controla en general este departamento. Pero, confidencialmente, no podría tener el conocimiento detallado necesario para el tipo de fusión que usted proponía.

Le dije que lo entendía, pero no estaba del todo seguro de que fuera así.

—Hay que ir con pies de plomo, usted ya sabe.

Y en un tono mucho más ampuloso de lo que parecía necesario continuó:

—A usted le han promocionado gracias a ello y era completamente inesperado. Dejémoslo así.

Yo miré el vaso vacío. Gimball se levantó, volvió a colocar la botella en el armario y lo cerró. La celebración había concluido.

15

Estaba un poco molesto porque May no se mostrara más sorprendida por la noticia. Era lógico que lo estuviera, ya lo sé, porque yo la había preparado para esto con mis cuentos, diciéndole que había visto a Lacey en su club. Además, ella estaba desconcertada por mi ira ante el ardid que, al pensarlo bien, comprendí que se había empleado conmigo.

—No sé de qué te lamentas —dijo aquella noche—. Y no sé por qué esperas que esté sorprendida. Después de todo, sabías que al señor Lacey le había impresionado tu proyecto, te lo había dicho.

—Lo sé, pero…

—No hubiera hablado contigo como lo hizo en su club la otra noche si esto no hubiera estado más o menos decidido. ¿Te dijo lo que supondría en dinero extra?

—No. Dijo mucho más trabajo y un proporcionado aumento de salario. Supongo que deben ser otras doscientas cincuenta libras. Pero la cosa es, ¿no te das cuenta?, que me han tomado el pelo. Para empezar, no creo que Gimball me recomendara. Sólo hace unos días…

Me detuve porque no quería contar a May qué clase de vacío debí tener para olvidar aquellas cartas.

—Sí, ¿qué pasó?

—Me criticó por algo. Siempre me está criticando.

—Pero sí te recomendó. Él lo dijo.

—Yo no lo creo. Eso me lo dijo después. El caso es que Lacey me ha quitado la idea y la ha puesto en marcha como suya propia. Ni siquiera se mencionará mi nombre. Me compran dándome el puesto de Gimball, eso es todo.

May bajó la mirada hacia su larga nariz.

—Tú no sabes si esto es verdad. Es sólo lo que tú crees. El señor Lacey no te dijo que no se mencionaría tu nombre.

—Resulta evidente en cuanto uno empieza a pensar en ello. Al

decir que ha dinamizado mis ideas originales, todo ese tipo de cosas, y que su proyecto se ha puesto en marcha y ha sido aprobado. Y luego, por el modo de hablar de Gimball… no hay duda de ello.

—Aunque sea verdad —dijo May tímidamente—, ¿importa eso? Ya sé que no es justo para ti que pierdas este éxito, pero eso significa que te dan el puesto de Gimball. ¿No es eso lo que importa?

Así era, pero en cierto modo yo no podía admitírselo a May.

—No lo entiendes.

—Tú, desde luego, no pareces muy contento.

La irritación que sentía resultaba violentamente física, como si la hubiera causado un sarpullido que tuviera en el cuerpo.

—Fue idea mía y me la robaron, así que mi nombre no aparecerá —me sorprendí gritando—. ¿Significa eso algo para ti? Tú sólo quieres saber cuánto dinero más ganaré, eso es todo. Dinero, dinero, es en lo único que piensas.

—John.

May cruzó la habitación dándome la espalda.

—Tendremos suficiente para pagar la entrada de un cochecito, así que estaremos al mismo nivel que los Jones. ¿No es maravilloso? —añadió—. Nadie podrá adivinar entonces que yo soy hija de Barney Colter y que me eduqué en el barrio de Battersea.

Yo cogí un caballito de porcelana y lo tiré contra la chimenea. El caballo dio de lado con el adorno de papel, golpeó la chimenea y se hizo pedazos.

May se echó a llorar.

—¿Cómo has podido hacer eso? Lo compré para nuestro último aniversario de bodas.

—Lo siento.

A May le gustaban las figurillas decorativas de porcelana y significaban mucho para ella. Me di cuenta de que me había estado portando mal y de que romper aquel caballito había sido una cosa horrible.

—De verdad, lo siento mucho —insistí.

—No tiene importancia.

Crucé la habitación y pasé el brazo alrededor de sus delgados hombros. Podía sentir sus frágiles huesos debajo de la mano. La

llevé hasta el sofá. Ella se sentó pero mantenía la cara vuelta, mirando hacia otro lado. Seguí diciéndole que lo sentía y dándole palmadas en el hombro. Ella no decía nada.

—Haremos la solicitud para un coche. En cuanto sepa cuánto me aumentarán lo encargaremos. Se puede pagar en dieciocho meses.

—No.

—¿Qué te gustaría? Un pequeño Ford Popular nos iría como anillo al dedo, o uno de esos Morris Minors. Me hace tanta ilusión como a ti, de verdad.

—No es así. Siempre dirías que yo lo quería por causa de mi familia. Tú ya no me quieres, tu quieres divorciarte.

—¿Es eso lo que te pasa?

La empujé contra el sofá y empecé a besarle el cuello. Había algo excitante en el hecho de que estuviera llorando. Ella no solía llorar y sus lágrimas me producían un ardiente sentimiento hacia ella que hacía mucho tiempo no había experimentado. Puse la mano en su rodilla.

—No hagas eso —musitó mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas—. No lo hagas, por favor. Aquí no. Con la luz encendida no.

—Pues vayamos a la cama.

—Vamos.

La llevé medio a rastras por la habitación hacia el dormitorio. Allí, con la luz apagada, copulamos. May no se resistió en absoluto, pero no dejó de sollozar. Cuando después yo pasé los dedos sobre su rostro, estaba húmedo de lágrimas.

—Tú me odias —dijo luego—. Me odias.

Desde entonces me he preguntado si tenía razón. En aquel entonces, sin embargo, no era consciente de otra cosa que de una relajada ternura.

—No seas tonta. ¿Te digo otra cosa? Este año vamos a salir de vacaciones. Con este aumento podemos permitírnoslo. ¿Qué dirías de volver adonde pasamos la luna de miel?

Ella sollozó aún con mayor sonoridad. Sentí que me volvía un poco la irritación.

—¿No te parece que es una buena idea?

—John, de verdad no me odias, ¿no?

Me reí.

—¿No acabo de demostrarte que no?

—No lo sé —exclamó—. ¡Oh, John, fue una luna de miel maravillosa la que tuvimos! Pensé que era extraordinaria. Fue todo lo que siempre había soñado.

Me preguntaba cómo podía la gente ser tan distinta. Para mí, aquella luna de miel había sido precisamente quizá la mayor desilusión de mi vida; para May, una experiencia maravillosa.

—Pues repitámosla.

Los sollozos pararon.

—No creo que lo quieras de verdad. Has estado tan raro últimamente.

—Lo siento. Tenía muchas cosas en la cabeza. Algunas salieron mal, nada de importancia, pero Gimball me tenía a raya.

—Hubieras debido decírmelo.

—Tal vez hubiera debido hacerlo, pero ahora no tiene importancia. ¿No te gustaría volver, no quiero decir al mismo hotel, pero, ya sabes, volver y vivir como otra luna de miel?

—Tan buena como la última… ¡Oh, eso no podría ser!

—Tal vez mejor en algún aspecto.

Coloqué mi mano sobre su muslo desnudo y lo presioné. Ella no se apartó, pero yo sentí el mismo temblor de disgusto que recorría su cuerpo y que yo recordaba de tiempo atrás. Retiré la mano.

—Me gusta mucho Brighton —dijo.

Entonces me di cuenta —esto apenas parecerá posible, pero juro que es cierto—, me di cuenta de que yo estaba sugiriendo que pasáramos las vacaciones en el lugar donde las iba a pasar Sheila. La mención de la palabra *Brighton* me lo hizo evidente. Usted puede decir, naturalmente, que la intención de ir a Brighton había estado en mi mente desde un principio, y yo no puedo decir si eso es verdad o mentira. Lo único que sé es que la mención de la ciudad hizo que algo encajara en mi mente, *Brighton*, pensé; luego, *Sheila*; luego, *las dos primeras semanas de junio*.

—¿En qué estás pensando?

—Brighton está llenísimo de gente en verano.

—¿Quieres decir que deberíamos ir a otra parte?

—«Se está mejor, recuerda, en junio y en septiembre» —cité el anuncio de los ferrocarriles—. ¿Por qué no vamos en junio?

—Pero ya estamos casi en junio.

May odiaba que las cosas se le echaran encima con demasiada precipitación.

—Creo que deberíamos ir en junio. Los meteorólogos dicen que la primera parte del mes será la mejor desde hace diez años.

—Pero ¿qué dirían en la oficina? Acaban de ascenderte y te vas de vacaciones.

—También viene bien. Gimball se va en agosto y yo no podré tomar las vacaciones justamente antes o después de que se vaya. Estoy seguro de que estarán contentos de que las tome lo antes posible. No sé qué tienes que hacer, excepto colocar cuatro cosas en una maleta.

—Es demasiado pronto. Los Edwards se van en agosto a una casa de huéspedes de Devon. Parece que está muy bien. Me pregunto si…

Edwards era propietario de un garaje local y tanto él como su esposa eran muy buenos jugadores de bridge. Recogí la sábana en la parte de arriba y la apreté con fuerza. Esto me ayudó a mantener la voz firme:

—En primer lugar, yo no quiero marcharme con los Edwards. A ti tal vez te guste escucharlos hablar de coches todo el día y jugar al bridge todas las noches, pero a mí no. En segundo lugar, ya te he dicho que posiblemente no me podré marchar en agosto. En tercer lugar, quiero ir a Brighton, y creí que tú también querrías.

—Quiero, ya lo sabes.

—Entonces preguntaré en el despacho, si es posible, mañana. ¿De acuerdo?

Su «sí» nació en un tono tan bajo que apenas pude oírlo.

Aquella noche, mientras May respiraba con calma y regularidad a mi lado, pensé en las vacaciones en Brighton. Me vi a mí mismo jugando al tenis con Sheila, sumergiéndome en el mar con ella y salir corriendo hacia una balsa, metiendo monedas en las máquinas expendedoras del malecón, y por la noche abrazándola estrechamente contra mí en la playa, murmurándole palabras que se perdían en el suave rugir y sorber de las olas. ¿No sabía que todo eso era fantástico, algo que nunca haría realidad? Lo sabía, pero por otra parte no era así. Después de todo, la mayoría de nosotros nos permitimos fantasías en un momento u otro, les llamamos ensoñaciones. Eso no era más que otra ensoñación, aunque a veces

me las arreglaba para hacer que pareciera auténticamente real. Desde luego, a pesar de las preguntas que le había hecho a tío Dan, no tenía intención de hacer daño a nadie.

16

Gimball estuvo muy agradable conmigo, me dejó que tomara las vacaciones las dos primeras semanas de junio, y le pareció que era una buena idea, como yo había pensado que sucedería. Escribí a Brighton y reservé una habitación en el hotel Príncipe Regente, que está justamente entre el embarcadero de Palacio y el del Oeste. No se lo dije a Sheila y de hecho no la vi antes de las vacaciones. Esto puede parecer extraño, puesto que he dicho que me había parecido recibir casi una invitación manifiesta para que fuera a Brighton cuando ella estuviera. Creo que, para aclarar las cosas tanto como pueda, tengo que intentar explicar esto.

Cuando uno se permite una fantasía como la mía, intenta hacer que ésta sea lo más real posible; esto por una parte. Por eso había invitado a Sheila, intenté hacer el amor con ella y jugué al tenis lo mejor que pude. Era todo parte de la tentativa de hacer real mi fantasía. Pero hay una parte de uno que intenta hacer exactamente lo contrario, que titubea ante la idea de poner a prueba la fantasía porque teme que se le diga que todo es una ensoñación y que uno es estúpido. Se quiere convertir en real la fantasía y luego se quiere impedir que ésta se quiebre, y la razón por la que no intenté ver a Sheila y hablarle durante las dos semanas antes de que nos fuéramos era que quería preservar el sueño. Pero, por otra parte, esto era algo que nunca admití plenamente, ni siquiera ante mí mismo. ¿Explica todo esto algo? Si no lo hace es porque yo no puedo realmente explicarme las cosas ni siquiera a mí mismo.

Durante las dos semanas antes de mis vacaciones las cosas no fueron bien en la oficina. Hubo una cosa satisfactoria, y ésta fue la nota sobre mi promoción, que llegó con las iniciales de Lacey. Confirmó que yo iba a tomar posesión del cargo de director del Servicio de Reclamaciones reorganizado y que mi salario, desde el 31 de agosto, aumentaría hasta ochocientas cincuenta libras al año. Esto eran cincuenta más de lo que le había dicho a May y me ayudó

a reconciliarme con el hecho de que Lacey me hubiera quitado la idea, de lo que hoy estoy completamente seguro.

La cosa no satisfactoria era mi relación con Gimball. Se suponía que me iba a enseñar cómo se movían los mecanismos, aunque yo lo sabía perfectametne bien, y él era sencillamente incapaz de hacerlo sin ser tan sarcástico y helado como sólo él sabía. Decía siempre cosas como: «Así es cómo yo solía arreglar la riada de correspondencia, pero me temo que puede parecer anticuado para alguien con las ideas tan modernas como usted.» O bien: «Esto es lo que usted llamará sin duda el sistema de archivos del viejo oscurantista, que usted reorganizará de un modo mucho más complicado y tan maravillosamente eficiente que estará a prueba incluso de cualquier vacío mental sufrido por el director del departamento.»

Cuando dijo esto me llené de ira. Di un golpe con la mano en la mesa del despacho.

—Usted no cree sinceramente que yo sea capaz de llevar a cabo este trabajo.

Gimball me miró parpadeando. Tenía los ojos de un azul muy brillante.

—Debo confesar que estoy algo preocupado por sus, podríamos llamarlo, olvidos.

—Usted dijo que había apoyado mi proyecto con la más cálida de sus recomendaciones. Eso no es cierto, ¿verdad?

Gimball pasó el dedo por el tintero de plata que le habían entregado después de los veinticinco años de servicio.

—Los que hacen preguntas tontas…

Sabía que no tenía objeto seguir, pero no me podía contener:

—A usted no le gusta el nuevo proyecto ni le gusto yo, ésta es la respuesta, ¿no?

—Me gusta la eficiencia. Usted puede sacar sus propias conclusiones.

—¿No cree usted que la fusión de reclamaciones y servicio procurará una mayor eficacia?

Gimball negó con la cabeza.

—Es una de esas ideas que parecen muy bonitas en el papel. En la práctica dudo mucho de que funcione, particularmente con la reducción de personal que el señor Lacey pretende llevar a cabo.

—Es decir que utiliza mi idea sólo para deshacerse de personal. ¿Es esto lo que quiere decir?

Gimball se encogió de hombros.

—Le dije que podía sacar sus propias conclusiones. No me cabe la menor duda de que estoy anticuado.

Yo tuve que ir hasta el final:

—Y usted no tiene muy buena opinión de mí. ¿No cree que soy eficiente?

—No parará hasta que lo sepa, ¿verdad?

Me miró fijamente e inició el ritual de buscar una llave de su cadena de oro. Hoy no se utilizó para abrir el armario del vino, sino un cajón de su despacho. De allí sacó una hoja de papel que me entregó.

Leí:

Informe sobre John Wilkins

> Ha sido usted tan considerado como para pedir mi opinión sobre la capacidad de Wilkins para actuar como director de la propuesta fusión de los Departamentos de Reclamaciones y Servicio. Como usted sabe, hace ya varios años que está en el departamento y ha ascendido hasta la posición de ayudante mío. En el pasado dio pruebas de indudable habilidad administrativa. Ha realizado un buen trabajo y es ambicioso. No creo, sin embargo que pueda honradamente recomendar su promoción a un puesto de responsabilidad. En meses recientes se ha observado en él una falta de estabilidad. El nivel de su trabajo ha disminuido y se ha vuelto descuidado en pequeños detalles. Puede parecer que estos no son vitalmente importantes, pero soy de la opinión de que los que descuidan los detalles pueden descuidar también asuntos más importantes. Como usted sabe, yo tengo poca confianza en la propuesta fusión, pero si se ha llegado a una decisión favorable yo aconsejaría elegir un director de fuera de la empresa.

—Lo escribí a máquina yo mismo —dijo Gimball—. No tiene que preocuparse pensando que lo ha visto alguien más.

Lo leí y releí.

—¿Entregó usted eso al señor Lacey?

—Sí.

Gimball se permitió una breve sonrisa.

—Y me eligió a pesar de ello.

—Precisamente. Puede usted sacar sus propias conclusiones, como le dije antes. Guardo esta hoja de papel sólo por si en el futuro surgen algunas dudas. Uno nunca tiene demasiado cuidado.

De nuevo sacó la llave y guardó el papel.

Aquella tarde pensé en algunas de las frases del informe de Gimball. *No creo que pueda honradamente recomendar… una falta de estabilidad… de su trabajo ha disminuido.* Estas palabras hubieran debido significar que yo no tenía posibilidad de ser elegido. En vez de ello, Lacey había hecho caso omiso de Gimball, había dinamizado el proyecto, conseguido la aceptación de éste, y me estaba comprando. Pensando en lo que Gimball había puesto en el informe, tuve que admitir que el nivel de mi trabajo había disminuido efectivamente. En cierto modo mi habilidad para concentrarme parecía haber desaparecido. Sin embargo, incluso Gimball admitía que tenía *habilidad administrativa*, y, después de todo, mi idea básica había sido aceptada. Me di razones una y otra vez para convencerme.

Eso fue una de las tardes en que May asistía a la Asociación de ciudadanas y amas de casa. Había dejado algo de carne fría, tomates y ensalada para mí, y no había motivo para apresurarme en volver a casa. Salí andando de Palings a las cinco y media aquella hermosa tarde de mayo, y vagabundeé por Oxford Street con aquellas ideas dándome vueltas aún por la cabeza. Me encontré cerca del pequeño club llamado «La sombra de las cinco» y me pareció natural entrar. Sin creérmelo demasiado me dije a mí mismo que tío Dan podía estar allí.

El club eran sólo dos habitaciones en el primer piso y tío Dan no estaba allí. El propietario se llamaba Tony. Era un hombre alto con una sombra azulada en las mejillas que se decía había dado origen al nombre del club. Puede que fuera así, yo no lo sé.

Había cinco personas en el lugar, aparte de Tony, cuando entré.

Un hombre de cuello huesudo estaba sentado en un rincón hablando fervorosamente con una joven que vestía jersey y pantalones, y tres hombres de aspecto próspero, con trajes a rayas, estaban en pie en el bar comentando las carreras de la tarde.

Pregunté a Tony si había visto a tío Dan:

—Dan Hunton, un hombre delgado con cabello gris, que suele llevar la cabeza ladeada.

—¿Uno que habla por los codos y llama al Vat 69 el teléfono del Papa? Hace una semana o dos que no le he visto por aquí.

Me senté con una copa. Tony colocó sus carnosos brazos en el bar y se unió a la conversación de los tres hombres que estaban allí en pie.

Un hombre de gruesa nariz con un traje azul con raya roja y suave sombrero de fieltro se detuvo a sus espaldas y dijo:

—No puedo entender cómo el Folly de Morrie no logró despegarse. Si alguna vez ha habido algo seguro, era esto.

—No lo intentó siquiera.

Era la voz de un hombrecito que tenía en la boca un diminuto puro apagado.

—En una carrera que tuvo lugar hace un par de semanas en Hurst Park, hoy no lo intentó.

—¿Qué quiere decir con que no lo intentó? —dijo indignado el de la nariz gruesa.

—¿No me dijo Mickey Day, que se ocupa de entrenarlo, que apostara a fondo en éste y me sacara algún beneficio? ¿No dijo Jack Unter que no podía perder?

El hombrecito hizo girar rápidamente el puro y replicó:

—Muy bien, pollo, dime, pues, por qué perdió entonces.

—Yo lo puedo decir —intervino el tercer hombre, que llevaba un traje gris con un moderno dibujo en negro y rojo—. Perdió porque otros dos llegaron delante. Acaba de beber y ahoga tus penas. Otra vez lo mismo, por favor, Tony.

Oí el golpe de unos tacones en las escaleras. Entró una mujer en la habitación. Era alta y morena, llevaba una falda roja brillante y tenía un hermoso cabello negro. Ante mi asombro se dirigió directamente a mí, se puso las manos en las caderas y habló:

—Mira quién ha venido.

Miré detrás de mí desconcertado.

—Sí, me refiero a ti, a ti, John Wilkins.

Me levanté.

—¿Nos conocemos? Me temo que no me acuerdo.

—Vamos, no me vengas con esas.

Echó la cabeza para atrás en el estallido de lo que parecía una carcajada auténtica.

—No hace tanto tiempo que me diste plantón.

—No creo…

—¡Oh, vamos! Fue, déjame ver, el miércoles, y tenías grandes planes para la velada, cena y espectáculo y no sé qué más. Y entonces dijiste: «Perdonóme sólo un momento mientras hago una llamada por teléfono. No tardaré ni dos minutos», y éste fue el final de nuestro muchacho vagabundo por aquella noche. ¿No vas a invitar a una copa a una dama? Gintonic, por si también lo has olvidado.

Fui hacia el bar y me hice con un Gintonic. El hombre de la nariz gruesa me miró con abierta hostilidad. Cuando volví a la mesa dije a la mujer:

—Tú sabes mi nombre, pero yo no sé el tuyo. O si lo sé me parece que lo he olvidado.

—Haces una buena representación. Chin-chin —añadió levantando el vaso—. Hazel Denison. Como si no lo supieras.

—La otra vez que estuve aquí, ¿me besaste?

—¿Qué dices?

—No estoy bromeando. He preguntado si…

—Te oí la primera vez. Puedo ser una modelo, pero no veo qué derecho tienes a decir este tipo de cosas.

Me apoyé en la mesa. Vista de cerca, se le veía la piel llena de pequeñas manchas y agujeritos, diminutas imperfecciones que había recubierto con los polvos.

—Lo siento, estoy haciendo muy mal las cosas, pero cuando estuve aquí la última vez debí perder la memoria durante una hora o dos. Honradamente no recuerdo nada excepto que estuve aquí y luego, de repente, me encontré en casa con pintura de labios en la mejilla.

—El tipo de cosa que es difícil de explicar, ¿eh? No te preocupes. Puedo ver que eres un hombre casado; tienes que ir con cuidado. Si lo pones en estos términos es diferente y no podría

negar, Johnny, que estabas un poco ardiente aquella noche.

—¿Ardiente?

—¡Oh, ya sabes! Sentías el fuego de la juventud, podríamos decir. Y parece ser que en el calor del momento algo de mi lápiz de labios pasó a tus mejillas. Desde luego estuviste intentando besarme.

—¿Aquí? —exclamé horrorizado.

—¿Dónde si no? Aunque, como te dije entonces, éste no es ni el lugar ni el momento. ¿Ves cómo me cuelga la lengua?

Mostró un puntito de lengua rosada entre los labios rojos.

—¿Qué? ¡Oh, ya veo! Desde luego.

Me levanté, fui al bar y encargué un whisky y una ginebra. Los tres hombres seguían hablando sobre las carreras. El de la nariz gruesa me lanzó una mirada y dijo a los demás:

—Le dije: tú llévate esos huesos, Randy O'Connel, y piérdelos, están cargados.

El hombrecito dio una vuelta al puro que tenía en la boca.

—Eso fue la causa.

—Puedes apostar tu vida a que lo fue. Menos mal que llevaba los nudillos de latón.

De regreso a la mesa pregunté a Hazel Denison:

—¿Qué son huesos?

—Sietes y onces. Dados. Brindo por ti, esperando que no vuelvas a desaparecer.

—Espero que no.

Estuvimos sentados en la esa hablando y bebiendo, imagino, una media hora. ¿Por qué lo hice? No lo sé. Sabía que estaba gastando un dinero que no podía permitirme, no tenía demasiadas ganas de hablar con aquella mujer, no la encontraba particularmente atractiva. Pero estaba allí y allí me quedé.

—¿Te gusto? —le pregunté.

—¿Tú qué crees?

Me miró con malicia.

—¿Pero te gusto de verdad?

Para expresar lo que sentía moví una mano y uno de los vasos que estaba sobre la mesa se tambaleó y cayo suavemente al suelo,

como a cámara lenta y se rompió.

—Está bien, lo pagaré —exclamé—. Lo que quiero decir es: te gusta estar conmigo o es solamente…, ya sabes, tener a alguien con quien beber.

Su sonrisa parecía atravesarle el rostro.

—Yo también puedo preguntar: ¿te gusto, Johnny?

—¿Tú qué crees? ¿Me gustas? Claro que sí. Me gusta tu cabello.

Me incliné y lo acaricié.

Ella abrió el bolso, se miró rápidamente la cara en un espejito y lo cerró de un golpe.

—Tengo un sitio a la vuelta de la esquina. ¿Qué dirías de ir allí y tomar una taza de café?

Alguien estaba en pie junto a la mesa. Era el hombre de la nariz gruesa, con el sombrero de fieltro aún colocado en la parte posterior de la cabeza.

—¿No se acuerda de mí?

—No.

—Pero yo sí de usted; me acuerdo de cuando era un chiquillo. Un perfecto majadero además, con una gran casa en Kincaid Square.

—Me temo que yo no…

—Debería —repuso meciéndose hacia adelante y hacia atrás levemente sobre sus talones—. ¿Recuerda que tenía un jardín? ¿Recuerda que alguien iba a cuidarlo? Barney Colter, que solía llevar a su hijita con él.

—Dios santo.

Le miré fijamente, viendo poco a poco, a través de la nebulosa de los años y la bebida, la cara del hombre que había cavado y quitado las malas hierbas de nuestro jardín llevando consigo a su hija. Me vino dolorosamente el recuerdo, aunque nunca le había vuelto a ver desde entonces, y la figura que estaba en pie delante de mí, con apariencia próspera, aunque llena de vulgaridad, tenía poco que ver con el zarrapastroso Barney Colter que yo recordaba.

—Barney Colter como siempre. Pensé que era demasiado orgulloso como para hablar a su suegro. Se casó con mi hija, ¿lo sabía? —le dijo a Hazel Denison.

—¿De veras? No actúa como tal. ¿Quieres esa taza de café o vas a seguir hablando de los viejos tiempos con tu suegro?

No había nada que quisiera menos que hablar con Barney Colter.

—Si me excusa —le dije.

—Una taza de café. Es la primera vez que oigo que lo llaman así.

Se le había enrojecido mucho la cara. Me acordé de que era un hombre iracundo.

—No soy lo bastante bueno para usted, ¿eh?

—No es eso.

Recurrió a Hazel Denison:

—Quiere usted creer que hace ya no sé cuántos años que está casado con mi hija y nunca me ha invitado a ir a verles, no soy lo bastante bueno. ¿Cómo llamaría usted a un yerno así?

—No le invitamos porque nunca estábamos del todo seguros de si estaba usted o no en circulación. Creo que acaba usted de salir.

Fue una observación tonta, como me di cuenta al momento de haberla formulado, pero no estaba preparado en absoluto para sus consecuencias. Barney Colter rugió como un toro y se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta. Pensé que tenía allí un cuchillo y corrí hacia adelante intentando inmovilizarle los brazos. Se liberó de un golpe, sacó algo del bolsillo y levantó el brazo derecho. Yo bajé la cabeza, pero no lo bastante de prisa. Su mano con el guante de béisbol descendió y me golpeó en el hombro, tirándome al suelo. Yo me agarré a la pernera de su pantalón de rayas rojas y le hice caer junto a mí. Al derrumbarse, volcó la mesa a la que yo había estado sentado.

Se armó un gran alboroto en la sala. Hazel Denison gritaba. El barman, Tony, chilló algo. Yo me puse en pie tambaleándome y golpeé ciegamente. Di un buen puñetazo en el estómago a Barney Colter y le oí rugir, pero sus amigos se habían metido ya en la pelea. Me dieron patadas, puñetazos, me arrastraron hacia las escaleras de entrada y me tiraron por ellas. Cuando llegué abajo pensé con harta lucidez que era la primera vez que me caía por un tramo de escaleras. Logré incorporarme y ponerme en pie, para ver a un policía que me miraba.

—¿Se ha metido en un pequeño lío? —preguntó.

—Me caí por las escaleras.

Me dolían el hombro y las costillas, pero me parecía que no tenía nada roto.

Era un policía joven y me miraba con una ligera sonrisa.

—¿Seguro que no le empujaron? Creo que subiré y echaré una ojeada.

Entró, tras subir las escaleras con paso medido. Cuando bajó, cinco minutos después, su expresión era un poco ceñuda.

—Dicen que no saben nada de esto. ¿Seguro que no quiere usted decir nada más?

—No. Me caí por las escaleras, eso es todo.

—No lo convierta en una costumbre. Se podría hacer daño.

Me saludó con la cabeza y se fue. Cuando me paré a mirarme en un espejo, vi que tenía algunos rasguños superficiales. Tenía uno o dos en la mejilla y un gran golpe sobre el ojo izquierdo. Llevaba rota la manga de la chaqueta. Expliqué los daños a May diciendo que había intentado tontamente subir a un autobús mientras doblaba una esquina a toda velocidad. Protestó un poco respecto al desgarrón de mi chaqueta, pero pareció aceptar lo que le dije.

17

Me temo que he podido dar la impresión de que estaba contento de mí mismo con todo esto, aunque no era precisamente el tipo al que suelen echar por las escaleras de un club, etcétera. Esto sería hacerse una idea completamente equivocada del estado de mi mente. Algunos ratos yo pensaba en Sheila y en las vacaciones en Brighton, otros me preocupaba por la oficina y el nuevo trabajo, y además había aquella otra parte de mí mismo que estaba siempre pensando sobre el modo en que inventaba y olvidaba cosas. Algunos dirían, supongo, que todos esos pensamientos formaban parte de algo importante, que las fantasías y los olvidos se producían porque no tenía una vida equilibrada o algo así. Y en tal caso, ¿no convierte esto en un absurdo aquello en lo que realmente creo: que un hombre debe ser responsable de todas sus acciones? No lo sé.

Fue en uno de los momentos en que estaba preocupado cuando me encontré en el bolsillo un sucio trocito de papel con el nombre del doctor Bowen Glenister escrito y una dirección en Edgware Road. En el mismo momento busqué su número de teléfono, le llamé y le pedí una cita para verle. Contestó una voz de mujer.

A la hora de comer tomé el autobús hasta Edgware Road, entré en una zarrapastrosa calle y llamé al timbre de una casa igualmente zarrapastrosa. Afuera había una placa de cobre descolorida con el nombre del doctor Glenister. Una mujer con una sucia bata blanca me abrió la puerta y me acompañó a una habitación donde había tres o cuatro sillas apoyadas a la pared y algunas revistas viejas en una mesa situada en el centro. Pasados cinco minutos me llevó por un pasillo cubierto de polvo y con una alfombra raída.

—Siéntese, señor Wilkins —dijo el doctor Glenister—. ¿Quién le envía a mí?

Era un hombre oscuro y muy velludo. Tenía un morado en la barbilla, algunos pelos le salían por los agujeros de la nariz y las orejas y el cabello se le erizaba en lo alto de la cabeza; en los

pómulos tenía retazos de vello negro.

Me senté. La habitación era oscura, opresiva. Al otro lado de la ventana pude ver un patio lleno de basura de todo tipo, latas de gasolina vacías, botellas de diferentes formas y tamaños, una bicicleta rota… En el interior silbaba una estufa de gas, aunque hacía calor. En las estanterías había libros llenos de polvo, y en la repisa de la chimenea, detrás del doctor, cosas raras dentro de botellas. Me costó hablar.

—Mi tío —dije—. Se llama Dan Hunton.

—¿Un pitillo?

Empujó el paquete hacia mí. Vi su muñeca llena de pelo negro y el puño sucio.

—Hunton —repitió—, ¿Un hombre bajito, podría ser, y bizco?

—No, es alto y tiene una buena mata de pelo gris y lleva la cabeza un poco ladeada.

—Recuerdo —dijo de modo poco convincente—. ¿Dónde nos conocimos?

—En un pequeño club del Soho, creo, llamado «La sombra de las cinco».

—El trabajo me lleva por allí a veces.

Sus ojos, pequeños y de movimientos rápidos como los de un animal, me miraron fijamente.

—¿Por qué me quiere ver? ¿Una chica?

—No.

—Me alegro. Nunca me ocupo de eso, aunque podría conocer un nombre.

No me preguntó nada aunque su tono de voz era interrogante.

—No tiene nada que ver con ninguna chica —afirmé, aunque esto no era estrictamente cierto.

Levantó los ojos hacia el techo manchado. Vi la fuerza de los pelos que le salían de la nariz.

Con una voz débil, ahogada, dije:

—Tengo vacíos mentales.

—¿Qué quiere decir?

—Pierdo la memoria, no sé dónde he estado durante algunas horas. Me preguntaba si siguiendo un tratamiento…

Sabía que no quería seguir ningún tipo de tratamiento que viniera de él.

—¿Está seguro de que es por esto por lo que me quiere ver? ¿Casado? No conteste, puedo ver que lo está. ¿Bebe mucho?

—No mucho, pero parece que la bebida me hace más efecto de lo corriente.

—Libera la presión emocional. Hay algo que usted quiere, algo que no ha conseguido. Usted quiere que yo se lo proporcione, ¿no es así?

—No lo sé. Yo pensé…, yo esperaba…

—Sexo, ¿no es cierto? La maldita piedra donde siempre se tropieza. ¿Tiene usted algo que no quiere y desea algo que no puede conseguir? Usted ha venido aquí esperando que yo pueda hacer algo por usted, darle las cosas con las que usted sueña. Es esto, ¿no?, ¿eh?

Se levantó, era un hombre gordo con hombros poderosos, y rodeó la mesa de despacho acercándose a mí. Movía las manos como las patas de un cangrejo, de un lado a otro.

—No, no.

Me levanté y me alejé de él de espaldas.

—Y puedo hacerlo, desgraciado. Le puedo dar lo que quiere, ¿oye? Cuesta dinero, pero ha venido usted a la tienda adecuada. Dolores de cabeza, amnesia, noches de insomnio, todo lo puedo curar. Pero no me cuente toda esa morralla, no intente embaucarme. No la quiero y no me quedaré con ella, ¿entendido?

Todo esto y mucho más dijo Glenister mientras avanzaba hacia mí extendiendo y contrayendo las manos. Yo me di media vuelta, agarré el pomo de la puerta, lo hice girar y eché a correr y correr por el pasillo. Salí a la zarrapastrosa calle y aún seguí hasta alcanzar lo que parecía un lugar seguro en la Edgware Road. Intenté olvidar lo que había visto y oído, pero el vello erizado, los brillantes ojitos, las manos de cangrejo y las cosas terribles que dijo se me quedaron en la mente.

18

May y yo nos fuimos a Brighton un sábado, el día 2 de junio. Ella armó un gran alboroto, como siempre hacía cuando salíamos a alguna parte, respecto a hacer las maletas y prepararse, de modo que cualquiera hubiera creído que nos íbamos por seis meses en vez de por quince días. Sin embargo, por fin llegamos allí y nos instalamos en una cómoda habitación en el Príncipe Regente.

Bajamos a la hora de la comida y después de ésta le pregunté a May si le gustaría bañarse. Hacía un buen día, aunque el aire era un poco cortante, como suele ocurrir a principios de junio.

—¡Oh, no, no podría! ¡Hace demasiado frío!

—No hace frío en realidad. El agua estará agradable.

—De veras no podría, John; no el primer día.

—¿Qué importa eso?

Estábamos apoyados en la barandilla del paseo contemplando a la gente que estaba en la playa.

—No lo sé. Quiero decir que una tiene que acostumbrarse al aire del mar, ¿no?

—No veo por qué.

Ya empezaba a estar molesto. May llevaba un vestido de color salmón que no le sentaba nada bien.

—Ve tú. No te preocupes por mí.

—No es divertido ir solo. ¿Hay algo que quieras hacer?

—No me importa, de veras. ¿Qué quisieras hacer tú?

—Yo preguntaba qué querías hacer tú.

Di una fuerte patada a la barandilla y añadí:

—Seguro que habrá algo.

—Podríamos ir al muelle —dijo May esperanzada—. ¿No te gustaría?

—Te estoy preguntando a ti. Si quieres ir al muelle, vamos.

Empecé a caminar a grandes pasos en dirección al muelle de Palacio.

Casi trotando detrás de mí, May dijo entre sollozos:

—No es necesario que te pongas así sólo porque no quiero meterme en el agua.

No contesté. Me preguntaba si Sheila y su padre habrían bajado ya. Si era así, podía ser que también ellos fueran a dar un paseo por el muelle. Pero su hotel estaba más cerca del muelle del Oeste que del Palacio. Me volví:

—Vayamos al muelle del Oeste.

—Pero ¿por qué?

May me miraba atónita.

—Siempre dijiste que el muelle del Palacio era mejor porque es mayor y hay más diversiones.

—El muelle del Oeste es más elegante.

Sabía que este argumento atraería a May, y, de hecho, no volvió a decir nada. Seguimos hacia el muelle del Oeste, lo recorrimos hasta arriba, nos sentamos al sol a escuchar el concierto durante media hora, descendimos al otro lado del malecón y volvimos a tomar el té en el hotel. No vi a Sheila. Después del té dimos una vueltecita por la ciudad y nos sentamos en el paseo; se trataba realmente de esperar la hora de la cena. A las seis y media volvimos al hotel de nuevo. May dijo que se tenía que arreglar para la cena y yo pensé en dar otro paseo rápido.

Al salir del hotel di media vuelta hacia la derecha y empecé a caminar vivamente. Pasé por delante del Mikado y del Gran Hotel. ¿Adónde iba? Juro que me sorprendí al llegar a Little North Street. El nombre me detuvo y miré hacia el hotel que estaba veinte metros más allá. Leí el nombre *Langland*. Sheila había dicho que su padre estaba en el primer piso, y yo levanté la mirada hacia las ventanas que ofrecían una vista al mar. Doblé la calle, anduve hacia el hotel y empujé las puertas de vaivén. Había una sala de estar a la derecha, pero no había nadie. Me acerqué al mostrador de recepción y miré a hurtadillas el libro de huéspedes, buscando el nombre de Sheila.

Un joven de cabello liso se apresuró a decirme:

—¿Puedo ayudarle en algo?

—Tal vez. ¿Ha llegado ya la señorita Morton?

—Sí, pero no estoy seguro de que esté aquí.

Miró las llaves del tablero.

—Me temo que ha salido. ¿Quiere que le deje alguna nota?

—No, gracias; no tiene importancia.

—¿Le digo que ha estado usted aquí? Es el señor…

—No tiene importancia, muchas gracias.

Tuve que controlar un ligero sentimiento de pánico cuando empezaba a retirarme.

—No es ninguna molestia, señor. ¿Le diré que volverá a venir?

—No se preocupe.

Ahora estaba ya a medio camino de las puertas de vaivén. Al salir me volví y vi su curiosa mirada.

Cuando regresé al Príncipe Regente May y yo nos peleamos porque ella dijo que no podía bajar a cenar con chaqueta de sport. Al final cedí y me puse el traje. May llevaba un vestido de color azul claro muy corto por delante, que en ella parecía algo impúdico, aunque si Sheila lo hubiera llevado yo habría pensado otra cosa. Permanecimos en silencio casi todo el rato mientras comíamos la oscura sopa, el pollo hervido y los melocotones Melba. De vez en cuando May hacía algún comentario sobre las parejas que estaban en las otras mesas o decía que el servicio era lento o que hubiera creído que pondrían algo más que una minúscula pastilla de mantequilla en la mesa para cada uno.

Estuve de acuerdo con todo lo que dijo, aunque no cedí en mi actitud. Fue para mi una sorpresa cuando dijo, mientras tomábamos el café en la sala de estar:

—¿De qué se trata, John, qué te pasa?

—No sé qué quieres decir.

—No sirve de nada salir de vacaciones si vas a estar así. Hubiera sido mejor que nos quedáramos en casa.

May hablaba en voz baja porque tenía horror a las escenas, pero pude darme cuenta de que estaba al borde de las lágrimas.

En mi mente había una imagen vivida de mi visita al hotel Langland. En vez de marcharme, yo me quedaba charlando tranquilamente con el muchacho del cabello lacio y le pedía que dijera a Sheila que un viejo amigo suyo había estado allí. Cuando me volvía para salir, las puertas de vaivén se movían y quien entraba era la misma Sheila, ruborizada y sonriente. El rubor se

encendió más cuando se dirigió a mí. «John», decía, y se acercaba con las manos extendidas…

—Lo siento…

Mi voz parecía muy distante.

—Algo no marcha. Me gustaría que me dijeras qué es.

—Nada en absoluto.

Coloqué la taza de café en el plato y tintineó.

—Estoy un poco cansado, eso es todo. Debe de ser el aire del mar. ¿Qué te parecería ir al cine? Echan una cosa que tú querías ver en el Regent, la de Gregory Peck.

—Sería estupendo.

Fuimos al Regent. Lo único que puedo recordar de la película de Gregory Peck es que transcurría en Burma y había muchos bombardeos aéreos. Estuve todo el rato, con May a mi lado, pensando en Sheila y dejando que mi imaginación volara a partir del momento en que ella se mostraba tan contenta de verme en el hotel, hasta partidos de tenis, natación, largos paseos juntos por el campo…

Como un ratoncillo, la mano de May se deslizó hasta la mía. Yo retiré la mano.

Después regresamos al hotel andando y sin hablar. Al llegar a la puerta dije:

—Tú sigue. Yo voy a dar una vuelta por aquí delante. Me duele la cabeza.

Ella me dejó. Fui caminando hasta Black Rock y luego volví. Los pubs estaban cerrados o hubiera tomado una copa. Me metí en un salón de maquinitas de juego y me gasté doce peniques. Cuando subí a nuestra habitación, May tenía los ojos cerrados, su rostro de larga nariz estaba blanco como el mármol.

19

El domingo se pareció mucho al sábado, con una o dos diferencias. Durante el desayuno observé que May seguía comiéndose la tostada con mermelada del mismo modo. Por la mañana, más tarde, nos bañamos, pero el agua estaba bastante fría y May salió a los cinco minutos. No sabía nadar y no le gustaba bañarse en absoluto. Fuimos hasta el muelle de Palacio en lugar de al del Oeste y jugamos a una serie de maquinitas como el Derby de Kentucky, que nos divirtieron a ambos. Por la tarde caminamos hasta Black Rock, y después nos sentamos en la sala de estar del hotel y miramos la televisión. Me mantuve alejado del hotel Langland.

Yo no quiero ocultar nada ni tampoco disculparme. Yo me estaba portando mal con May, estropeándole sus vacaciones, y lo sabía. Lo único que puedo decir, y parece débil y estúpido, es que me encontraba en las garras de algo más fuerte que yo mismo, que yo hacía cosas que tenía que hacer. Sin embargo, siempre quise ser un buen marido para May, nunca quise herirla.

El lunes por la mañana me levanté con el firme propósito de estar amable con May. Sabía que le gustaba ir de compras conmigo, y por la mañana me arrastré por Brighton con ella mientras se probaba montones de sombreros, y al final se compró uno verde que estaba rebajado quince chelines. Se animó mucho y hasta estuvo de acuerdo en ir a tomar una copa en el Ship. Cuando volvimos al Regent, el encargado nos dijo que un hombre había estado allí y que volvería más tarde.

—¿Qué tipo de hombre era? ¿Qué aspecto tenía?

Incómodamente me acordaba de mi visita al Langland.

—Esta clase de caballero —dijo una voz, y yo me di la vuelta.

—¿Cómo? ¡Tío Dan!

—El tío Dan, efectivamente, que ha venido a ver a los pichoncitos y es acogido, por lo que veo, con el entusiasmo con que

un empleado de banco recibe un billete de cinco libras falso.

Y es cierto que May miraba la chaqueta de sport blanca y negra de tío Dan casi como si oliera mal. Personalmente yo estaba muy contento de verle.

—El tío Dan, sin embargo, es incorregible. Ya que ha venido con ese buen espíritu de camaradería y hospitalidad en el corazón, está decidido a no dejar que se extinga simplemente porque alguien tenga la impresión de que se ha escapado de un agujero. En pocas palabras, salid a comer conmigo.

—Pero comemos aquí —protestó May.

—Así es —dije yo haciéndole coro levemente—. Come tú con nosotros.

—Dios impida que se diga de vuestro viejo tío que es un gorrón. Conozco un lugarcito, justo al doblar la esquina, donde dan la comida más exótica de Brighton. Sugiero que nos dirijamos hacia ahí rápidamente, deteniéndonos en el camino a tomar algo que resucitaría a un cadáver.

Y anticipándose a la protesta que se esbozaba en los labios de May, añadió:

—Me refiero, por supuesto, al jerez, que es el único aperitivo que existe para una dama. Da la casualidad que conozco un barecito donde…

Yo me reía. Me encantaba tío Dan cuando estaba de aquel humor.

—Vamos, May.

Y May fue, pero yo vi que no de buena gana. Sentada, fue sorbiendo su jerez, casi en silencio, mientras tío Dan se pegaba dos o tres lingotazos con el número de teléfono del Papa. Luego resultó que comimos en un restaurante chino, y ella apenas probó nada, excepto arroz. Yo tampoco me sentía muy bien atracándome de toda aquella comida después del whisky, pero tío Dan era una diversión por sí mismo. Sabía un poco de chino que utilizaba con los camareros, y picaba aquí y allá con los palillos mientras nosotros utilizábamos tenedor y cuchara.

—¿Queréis unos lichis —dijo tío Dan, cuando hubo acabado con el último rollo de primavera y el pollo con piña—, algunos *cumcuats* y *chowchow*? ¿Un poco de jengibre? Es muy bueno para la digestión, rompe cualquier acumulación de gases. Es una pena que los

políticos no lo utilicen. ¿No? Un poco de té fragante, pues, para que se lleve todos nuestros problemas.

—Yo no quiero nada, gracias —aseguró May—. Tengo mucho dolor de cabeza. Iré al hotel y me echaré.

Esto desalentó incluso a tío Dan, que dijo con calma:

—Entonces pediré la cuenta.

May se levantó con la mano en la frente, una mártir del jerez y la comida china.

—Por favor, no os mováis. Sé perfectamente bien cómo volver.

Discutimos un poco acerca de esto y al final se decidió que yo acompañaría a May al hotel y luego regresaría para tomar una taza de té con tío Dan.

Casi en silencio caminamos hasta el Príncipe Regente. Justo antes de llegar, comenté:

—Desde luego, tú te has cargado esta comida. Te has propuesto ser lo más desagradable que puedes. Cualquiera diría que tío Dan ha cometido un crimen invitándonos a comer.

—Le odio.

Entramos al vestíbulo del hotel. Ella repitió en voz baja:

—Le odio. ¿Por qué tiene que venir y estropear nuestras vacaciones?

—Apenas hay ya nada que estropear en estas vacaciones.

—¿Y de quién es la culpa? —preguntó aún en voz baja—. Pero no me encuentro lo suficientemente bien como para discutir. Tengo que acostarme. Vuelve y habla con él.

—Si puedo hacer algo…

—Nadie puede hacer nada. Quiero decir, simplemente tengo que subir y echarme.

Se dio la vuelta y anduvo hacia las escaleras.

Había una copa de coñac esperándome cuando volví al restaurante. Tío Dan estaba sentado con otra copita en las manos, las piernas estiradas hacia adelante y una sonrisa zorruna en la cara. Su torrente de palabras parecía haberse agotado y permanecimos en silencio sorbiendo nuestro coñac.

—Buena materia prima —dijo—. No hay muchos restaurantes chinos donde se pueda ir. Es muy raro.

—Oh, sí, es bueno.

Sacó del bolsillo una caja de diabólicos puritos.

—Prueba uno, son algo especial. ¿No? Yo sí, pues.

Encendió el canuto.

—Terrible mujer, May —añadió—. No me sorprende que quieras matarla.

—No seas absurdo.

—Lo sé, lo sé, el caso McKenna y todo eso. Pero no lo niegues, es de ti mismo de quien estás hablando, y no me extraña.

—Espera, hay algo que tengo que aclarar contigo.

Fui a tomar otro sorbo de coñac, pero me encontré con que la copa estaba vacía y, a pesar de la protesta de tío Dan, pedí otro.

—Ese hombre que me recomendaste, el doctor Glenister.

—¿Glenister?

Tío Dan ladeó la cabeza y me miró con ojos de zorro.

—¿Te mencioné su nombre?

—Desde luego que lo hiciste. Déjame que te diga que el lugar adecuado para este individuo es un antro de criminales.

—Oh, vamos, no es tan malo. De hecho no le conozco muy bien. Lo he visto un par de veces en «La sombra de las cinco», eso es todo. Lo siento si no te sirvió de nada.

—De nada.

Me recorrió un escalofrío que fui incapaz de controlar.

—Vi a Barney Colter en ese club tuyo. Me armó una bronca. Me tiraron por las escaleras. Seguramente oirás hablar de eso la próxima vez que vayas, así que es mejor que te enteres ahora.

Tío Dan tenía su larga nariz pegada a la copa de coñac. La levantó, me miró, volvió a pegarla, alzó la copa y la vació de un trago.

—Aguas turbias —dijo oscuramente—. Hace un par de años que no veo a Barney Colter. ¿Por qué os peleasteis?

Le conté lo que había sucedido. Parecía absurdo mientras yo lo contaba.

—Te daré un buen consejo, Johnny, muchacho.

Tío Dan se miraba fijamente los calcetines azul oscuro con dibujos rojos.

—Corta eso —añadió—. Esos pequeños clubs y esas chicas con los labios pintados y demás. Perdona que te llevara a «La sombra de

las cinco». No te va ese tipo de vida. Quédate en casa, pórtate bien.

—No es esto lo que me dijiste la última vez. Y sólo hace unos minutos dijiste que May era una mujer terrible.

—Lo es, chico. Sin embargo, pienso que tienes que aguantarla. Eres de los tipos respetables y eso es todo lo que se puede hacer. Pero mejor que hablemos de eso ante un fiel vaso de cerveza. Veo que quieren deshacerse de nosotros.

Pagó la cuenta, excepto los coñacs, y salimos al sol de junio. Miré a tío Dan y de pronto sentí que me repelía, su mirada zorruna, su estrecha cabeza gris, sus zapatos puntiagudos.

—¿No te importa si no tomamos la cerveza precisamente ahora? —dije—. Estoy muy lleno.

—Desde luego que no. ¿Te sientes bien? Hagámonos con un par de hamacas.

—Quiero meditar ciertas cosas —repuse vagamente—. Iré a dar un paseo solo, durante una hora o menos. Nos encontraremos luego.

Esto desconcertó enormemente a tío Dan, y no estaba enojado ahora.

—Tienes razón, chico. Yo bajaré a la playa, cogeré una hamaca, me pondré un periódico sobre la cara y echaré una siesta. No te he molestado, espero.

—No, fue una estupenda comida. Es sólo que quiero estar solo. Encontrémonos, por ejemplo, a las seis en… ¿dónde te parece?

—The Lord Providence en West Street, es un pub muy agradable. No sé, sin embargo, qué opinará May del sitio.

—Te veré allí de todos modos. ¿A qué hora te vas?

—Me sirve el último tren. Y si por casualidad me encuentro a una bonita chavala… bien, Dan es tu tío.

Me hizo un extraordinario guiño, levantó la mano y bajó los escalones que llevaban a la playa.

20

Ahora que estaba solo me sentí extraordinariamente alegre, casi irresponsable. Sabía, sin lugar a dudas, qué pretendía hacer. Caminé a lo largo del paseo, doblé por Little North Street, empujé las puertas de vaivén del Langland y entré. No había nadie en el vestíbulo. Toqué al timbre y el muchacho del cabello liso que había visto antes, apareció.

Descaradamente dije:

—¿La señorita Morton?

—Sí, señor. Sin duda le está esperando. Habitación 23, en el primer piso.

Incliné la cabeza y subí las escaleras, sintiendo en los talones como si fuera primavera. Oí un murmullo de voces en la habitación 23. ¿Una fiesta quizá? Di unos ligeros golpes en la puerta y la abrí.

En la habitación había cuatro personas, pero de la primera cosa que me di cuenta fue del viejo que estaba en la cama. Yacía incorporado apoyado en unos almohadones. Era un hombre de rostro gris con rayitas rojas y de respiración dificultosa. La chaqueta de pijama amarilla que tenía sobre los hombros hacía resaltar particularmente el gris de su cara. ¿Me había equivocado de habitación? Entonces miré a las demás personas y vi a Sheila, pero una Sheila tan pálida, tan avejentada, tan preocupada, que de momento no la reconocí. Vi también a un hombre mayor, serio, elegante, con barba de chivo y maletín negro, y un joven de rostro familiar, rubio y grueso, con el cabello cortado como un soldado. Me costó un instante o dos darme cuenta de que el hombre mayor debía de ser un médico y el joven era un viejo conocido, el primo de Sheila, Bill Matheson.

Digo *un instante o dos*, y aunque el tiempo que transcurrió antes de que Sheila hablara sólo se podía medir en segundos, la escena quedó grabada en mi mente; Sheila, mirándome fijamente, ojerosa y con los ojos muy abiertos, Bill Matheson con sus cejas espesas

fruncidas como si yo significara un problema, el viejo apático, el doctor gravemente inquisitivo.

Entonces Sheila habló. Su voz no era amistosa:

—John Wilkins. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿No es ese…? —empezó el doctor.

La respuesta fue tajante, aunque oscura:

—Desde luego que no.

Bill Matheson se adelantó sonriendo, con las cejas relajadas, la mano extendida para estrechar la mía firmemente.

—Si es Johnny Wilkins. Te acuerdas de mí, ¿no? Me alegro de volver a verte.

Excusándome expliqué:

—Me dijeron en el vestíbulo que subiera directamente.

—Te tomaron por otro —afirmó Sheila—. Mi padre está enfermo, como tú mismo puedes ver. El doctor Burrows dice que se le debe evitar cualquier emoción.

El doctor inclinó la cabeza y habló con precisión, su voz sonaba bastante aguda:

—Así es, cierto. Habría que evitarle las emociones en cuanto sea posible.

—Lo siento.

Me di la vuelta para marcharme, pero entonces el hombre que estaba en la cama murmuró lamentándose:

—¿Wilkins, alguien dijo Wilkins? ¿Es ese el hijo de Geoffrey Wilkins?

—Mi padre fue Geoffrey Wilkins.

—¡Qué interesante! ¿Quiere acercarse a la cama? Sheila, ¿dónde están mis gafas?

—Pero, padre…

—Vamos, vamos, no me emocionará hablar con este joven cinco minutos, ¿verdad, doctor Burrows?

El doctor meneó la cabeza con poca confianza.

—Me habéis arrastrado a este lugar atroz, un viaje que no hay duda ha sido la causa del estado en que se encuentra ahora mi corazón. Es muy duro que un viejo no pueda decir algunas palabras a alguien en lo que pueden ser las últimas horas de su vida. ¿Dónde están mis gafas?

—Aquí.

Sheila se las dio, se sentó en una silla y empezó a llorar silenciosamente. Yo me acerqué a la cama.

—Siéntese.

Su voz tenía una especie de quejumbrosa impaciencia.

—Así que usted es el joven John, que era la niña de los ojos de su padre —continuó—. No le he visto a usted desde que tenía, déjeme ver, cinco años. Éramos grandes amigos su padre y yo.

Me senté en una silla al lado de la cama, sintiéndome incómodo, porque sabía que, detrás de mí, Sheila lloraba. Recordé entonces que algunas veces había oído mencionar a Morton a mi padre cuando yo era pequeño. Morton, el comerciante de madera. Luego su nombre había desaparecido de las conversaciones, y cuando yo contaba siete años había dejado de oírlo por completo.

—Grandes amigos.

Un poco de saliva apareció por las comisuras de sus labios, y se la secó.

—Quiero mis dientes, ¿dónde están mis dientes? —preguntó.

Sheila sacó los dientes de una taza y se los dio. El viejo se los colocó, empujando con el pulgar hasta que se oyó un click.

—Así está mejor.

Por supuesto, su voz se oía más clara y su rostro aparecía sostenido por los dientes, como si se hubiera añadido un soporte a un edificio dudoso.

—Te recuerdo bien, pequeño Jim.

—John.

—Tu padre era un obstinado. Terco, casi podría decirse loco. Un hombre inteligente, te lo aseguro, pero el peor enemigo de sí mismo. No podía reconocer una oportunidad cuando la veía. ¿Conoces el estanque?

—¿El estanque?

Me parecía que la mente del anciano estaba delirando.

—El gran estanque del Common, con una isla en medio.

El doctor Burrows emitió una tos de desaprobación.

—Creo que no puedo hacer nada más de utilidad por el momento. Volveré mañana por la mañana.

La atención del enfermo se alejó de mí inmediatamente.

—¿Voy a morir, doctor? —gimoteó.

El doctor se rió nerviosamente.

—Todos vamos a morir, señor Morton, cada uno en su momento, ja, ja. Pero cuídese, haga lo que le diga esta joven, como mucho hable diez minutos más, no intente salir de la cama o cualquier otra tontería, evite la emoción, recuerde, no hay que forzar el reloj. Ahora una palabra con usted, querida jovencita.

Sheila y Bill Matheson le siguieron fuera de la estancia. El anciano se movió inquieto.

—Los cojines no están bien puestos.

Le cambié de posición y al hacerlo toqué con los dedos sus hombros, finos como cuchillos.

—Creen que me estoy muriendo, ese doctor piensa que me muero, y Sheila también. Si no, ¿por qué está el joven Bill aquí? Ha venido a presentar sus últimos respetos a su viejo tío. No tengo a nadie más. Pero aún no me he muerto.

—Es verdad —dije por decir algo.

Sus ojos húmedos me miraron con duda.

—Es usted el joven Wilkins, ¿no le ha mencionado Sheila?

—Tal vez. No lo sé.

—Se ha portado muy bien con su padre, ha sido una buena chica. Yo no he sido más que un problema para ella los últimos cinco años. La dejaré bien, se lo aseguro.

Sus ojos húmedos me miraron fijamente un momento.

—No como su padre —añadió.

Me sorprendí.

—¿Qué quiere decir?

Respiró con un breve silbido.

—El estanque del Common. Recuerdo una noche que estuvimos andando por allí juntos. Su padre le llevaba a usted, compañerito, saltaba por allí y echaba piedras al agua. Yo no tenía un duro, quería que su padre se metiera en mi negocio, pusiera algo de dinero, compartiera los beneficios. Se llevaría una buena tajada. El no quiso.

—Se equivocó —dije por decir algo.

Por qué no había querido mi padre, no lo sabía. Probablemente por pereza innata, porque en aquel tiempo no podía tener problemas monetarios.

—No reconocía una oportunidad cuando la veía. Acabó sin nada, a pesar de la gran casa de Kincaid Square. Y yo… yo tengo una

buena posición. Ya se lo he dicho.

El soplido de su garganta aumentó. Extendió una mano temblorosa:

—Las pastillas están en ese frasco. Deme dos.

Había unas diminutas pastillas rosadas. Le di dos y se las tomó con un sorbo de agua. Fui hacia la puerta, Sheila, Bill y otro hombre estaban hablando en el pasillo. Llamé a Sheila.

Entró corriendo y se dirigió junto al lecho.

—Papá, ¿estás bien?

El le gruñó ligeramente y le sonrió con lo que a mí me hizo la impresión de una debilidad falsa.

—Le di dos de esas pastillas.

—Le ha hecho usted hablar demasiado —dijo enojada.

Luego habló con él con calma:

—Papá, el doctor Burrows dice que necesitas un reposo absoluto. Va a enviar una enfermera para esta noche, pero, por supuesto, yo también estaré aquí y ella me llamará si quiere algo.

El volvió a gruñir.

—No soy más que un estorbo. Mejor estaría muerto.

Estaba enfermo, desde luego, pero a mí me pareció que no tanto como pretendía.

—No tienes que decir eso —exclamó ella apasionadamente—. Y no tienes que hablar más. Di adiós a John.

—Adiós, señor Morton.

Tomé su mano, delgada, seca e inerte. El murmuró algo ininteligible.

Sheila cruzó la habitación conmigo.

—No debí haber dicho eso de que le hiciste hablar, no fue culpa tuya. ¿Cómo fue que apareciste por aquí?

—Estoy pasando unos días en Brighton y recordé que estabas aquí.

Pareció aceptar eso sin más. Llegamos a la puerta y yo la abrí. Fuera estaba Bill Matheson hablando con el otro joven en el que ya me había fijado.

—Ya se conocen —dijo Sheila—. John Wilkins, Leslie Jackson. Pero supongo que no sabes que Leslie y yo nos comprometimos la semana pasada.

El hombre con el que Bill Matheson hablaba era el rubio alto

que había conocido en el tenis, el hombre que había jugado en el partido de dobles. Y Sheila estaba comprometida con él. No podía creerlo, simplemente no lo aceptaba, aunque ahora me había fijado en el destello de los diamantes del anular de su mano izquierda. Miré fijamente a uno y otro esperando que me dijeran a qué clase de juego estaban jugando.

El silencio debió resultar embarazoso. Sheila lo rompió:

—Este fue el motivo por el que te hicieron subir directamente, ves. Esperaban a Leslie. Ha venido de Londres.

—Ya veo. Les felicito a los dos.

Sentía la lengua densa en la boca.

Jackson ignoró mi felicitación y se dirigió a Sheila:

—¿Está peor tu padre?

—No lo creo, sólo es que ha estado hablando demasiado. De todos modos, está muy enfermo.

—¿Es del corazón? —pregunté.

—Sí, tuvo un ataque el sábado por la noche, y entonces casi se murió. El doctor Burrows dice que si tiene otro…

No acabó la frase.

—Adiós, John —concluyó.

Tomé su mano y no la solté. Eso debió de parecer raro. Bill Matheson dijo:

—Vayamos a tomar una copa, Johnny. ¿Y tú, qué, Sheila? Tienes que estar agotada.

Ella retiró su mano de la mía y negó con la cabeza.

—Yo no puedo moverme hasta que venga esa enfermera. Entonces daré un paseo. Quiero escapar de todo y de todo el mundo.

En su voz había por primera vez un tono de agotamiento. Jackson colocó su gran mano en el brazo blanco de ella. Sheila se enjugó los ojos con un pañuelo.

—Ahora tengo que hacer compañía a mi padre.

Entró en la habitación y Jackson con ella. Cerraron la puerta. Ni siquiera se volvió para mirarme.

21

—Dios, como odio las habitaciones de enfermos —Matheson se estremeció un poco—. Tomemos una jarra para quitarnos el mal gusto.

Nos alejamos del hotel y nos metimos en un pequeño pub llamado Llave y Cerradura, donde pidió cerveza para él y whisky para mí. Recordé que siempre había sido un gran bebedor de cerveza.

—Es duro para Sheila, pobrecita. El viejo está acabado, sabes, por eso estoy aquí.

—¿Qué quieres decir?

Simplemente, yo no parecía entender nada.

—No durará más de dos días, según el doctor. Así que Sheila se puso en contacto conmigo, que estaba en Brum. Trabajo allí para Welding and Laycock, ingenieros constructores, has oído hablar de ellos. Me dijo que aquí se necesitaba mi presencia enseguida.

—¿*Tu* presencia?

—Claro, el viejo no tiene más parientes que a Sheila y a mí. Soy el más próximo. No le hemos dicho por qué estoy aquí, le dijimos que he bajado al sur por un trabajo, pero apuesto a que ha adivinado la verdad. Sabe que se va, hace años que tiene mal el corazón. Es duro para Sheila, lo ha traído aquí, debe sentirse culpable por eso.

—Sí.

—¿Hace tiempo que la conoces? Solía ir a ver los partidos de criquet de la escuela.

—Me lo dijo, pero no me acuerdo de ella.

Pedí otro whisky y me pasé la mano por la frente.

—Tú también pareces un poco desanimado. ¿Estás aquí de vacaciones?

Su cara cuadrada, pálida y con pecas en la nariz, expresaba amistoso interés.

—Sí.

—¿Con tu mujer? Estás casado, ¿no?

—Sí. Mi mujer está conmigo.

—A mí aún no me han amarrado.

Se rió como si hubiera hecho una broma, y tal vez era así.

—¿Cómo fue que pasaste a ver a Sheila? ¿Te gusta?

—Yo…

Tenía un nudo en la garganta. Tomé un sorbo de whisky y me sentí mejor.

—No tienes que decírmelo. Sólo tu expresión cuando ella dijo que estaba comprometida con Jackson fue suficiente. Como si te hubieran dado un golpe en la cabeza, y no suavemente.

Su risa era animada, plena.

—No te gusta el tipo, ¿eh?

Tragué un poco de whisky.

—No es lo bastante bueno para ella.

Bill Matheson bebió un buen trago de cerveza de su vaso, pensativo. Cayeron algunas gotas encima de la mesa donde estábamos sentados, formando un charquito.

—Sheila es una chica encantadora, encantadora como hay pocas. Créeme. La conozco desde que era una niña. El problema es que no sabe decir no. No me entiendas mal, no quiero decir que haya estado con muchos hombres o algo así, no es de ese tipo. Sólo quiero decir que odia decir no. Le dices «vamos al río, Sheila», no le gustará decir que no si lo puede evitar. Dirá que este fin de semana no puede, porque tiene que cuidar a su padre. «Muy bien», dirás tú, «¿y el fin de semana próximo?» «Tampoco puedo. Tengo una cita para jugar al tenis.» «¿Entonces el siguiente?» Y ella sonríe y dice que estará encantada. Tú te piensas que realmente quiere ir al río, te equivocas. Sencillamente odia decir no, decepcionar a la gente. La conozco, lo he sufrido.

—Yo también.

Me acordé del teatro y de después, el roce de mis labios sobre su mejilla y su voz baja pidiéndome que la llevara a casa. Me puse a reír.

—Tú te portaste bien con Sheila, puedo darme cuenta. Yo también. No me importa decirte que la cosa iba tan bien que era como si estuviéramos comprometidos, en un momento dado. Por lo

menos, eso era lo que yo creía.

Se frotó la nariz y sonrió.

—Ahora pienso que era sólo que ella no podía decir que no. De todos modos, no soy de los que se casan. Pero tú estás casado. ¿Lo sabía Sheila, entonces?

—Sí, lo sabía.

De nuevo me sorprendí diciendo cosas que no eran ciertas, pero que ni siquiera ahora puedo considerar seriamente como mentiras, porque, después de todo, uno miente con un objetivo, y no había objetivo en las mentiras que yo decía.

—O más bien lo averiguó después de haber salido juntos algunas veces. Si no hubiera sido por eso…

Encontré un vaso lleno de dorado whisky delante de mí y bebí un trago.

—¿Sí?

—Fue un gran golpe para Sheila cuando descubrió que estaba casado. Antes de eso ella… no me importa decir que estaba muy interesada en mí. No la podía apartar de mí en realidad, siempre me perseguía para que saliera con ella. No debí haber hecho esto, lo sé, pero mi mujer es una bruja.

—No tan alto.

—¿Qué dices?

Miré fijamente a Bill Matheson y me di cuenta que tenía la frente y la pecosa nariz llena de gotas de sudor. Había sólo una media docena de personas en el bar, pero una o dos de ellas nos estaban mirando.

—Creo que tengo que volver al hotel.

—Un trago para el camino.

—Creo que no.

—Sí.

Saqué dinero del bolsillo y lo puse sobre la barra. Brillaba.

El camarero cogió dos monedas.

—Una bruja. No sirve, ya sabes qué quiero decir. Sin embargo, Sheila era diferente.

—¡Calla!

La cara de Bill Matheson estaba roja de ira.

—Cuando averiguó que estaba casado se desmoronó, pero antes no había quien la parara.

—Digo que te calles. Yo me voy. ¿Vienes?

¿Por qué tenía que hablar yo con Bill Matheson, me preguntaba a mí mismo, cuando en la escuela nunca nos habíamos gustado el uno al otro? ¿Qué quería decir con aquello de que me callara?

—Me quedo a acabar la copa.

—Te veré luego.

Levantó la mano, empujó la puerta y se fue.

Miré al reloj y vi que eran las siete menos veinte. Con una vaga conciencia de que la gente de aquel pub mostraban cierta hostilidad hacia mí, y dándome cuenta de pronto de que debía de haber estado allí alguna vez, bebí de un trago lo que me quedaba de whisky y me marché.

22

Esto es lo último que puedo recordar de aquel lunes por la tarde. A las siete menos veinte dejé La Llave y la Cerradura. No recuerdo más, nada hasta que me desperté en mi habitación del hotel a la mañana siguiente.

SEGUNDA PARTE

DESPUÉS

1

La noche del lunes fue suave, sin luna. A las doce y cuarto, un joven mecánico de Croydon llamado Sydney Pethers, caminaba por el paseo con su novia Thelma Wayne. Habían tenido el día libre y fueron a Brighton con la moto de Syd. Tomaron pescado, fueron luego a un espectáculo sobre hielo y después a bailar. Ahora Syd intentaba convencer a Thelma para bajar a la playa a tomar un poco el aire.

—Conozco tu modo de tomar el aire —dijo ella—. Tengo bastante aire aquí, gracias. Además, tenemos que volver a casa.

—Vamos, Thel, qué prisa tenemos, no tardaremos más de una hora en volver a estas horas de la noche. No tienes miedo a la oscuridad, ¿verdad?

—Claro que no.

—Vamos, pues —le musitó, y ella se rió brevemente.

—Sólo cinco minutos, Syd. Tenemos que volver pronto, de verdad, debemos hacerlo. No sé qué dirá mi mamá.

Bajaron las escaleras.. Allí permanecieron, en completa oscuridad, tal vez cinco minutos, abrazados, mientras Thelma se reía y Syd le musitaba cosas impaciente.

—Pero es muy incómodo aquí —se evadía ella.

—Toma mi chaqueta.

—Sólo un minuto, Syd.

Avanzaron trabajosamente por la arena acercándose a la orilla,

el brazo de él rodeándola.

—Aquí estará bien.

—Un poco más allá, Syd, tengo una extraña sensación. Como si alguien nos estuviera mirando.

—Tú y tus sensaciones. Vamos, pues.

Anduvieron otra docena de pasos y ella tropezó.

—¡Eh! ¿Qué pasa, Thel?

—Syd —dijo con voz aguda—. Hay alguien aquí. Me he caído encima de alguien.

—No te apures. Alguien dormido, probablemente. Sacaré el encendedor.

La ruedecita se movió y destelló una luz. A Syd Pethers se le cortó el aliento, la luz se apagó.

—¡Dios!

—¿Qué es, Syd, qué es?

—Levántate y ven conmigo, Thel, como una buena chica. Ha habido un accidente.

—¿Qué quieres decir con un accidente?

Se movió para levantarse y su mano se deslizó sobre algo húmedo, algo pegajoso. Thelma Wayne empezó a gritar.

2

Algunas semanas después del terrible descubrimiento llevado a cabo por Syd Pethers y Thelma Wayne en la playa de Brighton, la señora Wilkins y tío Dan se entrevistaban con el señor Likeness, de Likeness, Bale y Moody, abogados. El señor Likeness era un hombre con la cara como un globo amarillo medio deshinchado y con algunas hebras de cabello pegadas encima de un cráneo brillante.

El señor Likeness se levantó cuando sus clientes entraron y les ofreció sillas. Una muchacha entró tazas de té. Mientras bebían y sostenían una conversación educada, el abogado observaba a sus visitantes para averiguar si había alguna posibilidad de que le hicieran una escena sentimental. Al señor Likeness le disgustaban mucho las escenas sentimentales. La señora Wilkins estaba sentada sólidamente en la silla, tenía la cara como tallada en madera y la mano que sostenía la taza era firme. Su compañero estaba inquieto —tenía un tic nervioso en un ojo—, pero no era probable, pensó el señor Likeness, que ocasionara ningún problema. El señor Likeness revolvió los papeles que tenía en su mesa de despacho, sacó un papel que no tenía ninguna importancia respecto al caso de que trataba, fingió estudiarlo detenidamente y empezó.

—Déjeme que les describa la situación. Quería que supieran ustedes que las cosas marchan lo mejor posible. Ahora hemos pasado ya el juzgado comarcal, lo que es una mera formalidad, como les dije, y se ha decidido que el caso proseguirá en Lewes dentro de un mes. Ahora hemos de decidir el asunto del abogado. ¿Tienen alguna idea o preferencia al respecto?

La señora Wilkins y tío Dan se miraron entre sí.

—Hemos hablado de eso —dijo tío Dan con una voz que a los que le conocían hubiera parecido considerablemente baja y vacilante—. Queremos a sir John Banbury.

—Banbury.

El señor Likeness tomó nota y añadió:

—¿Alguna otra idea?

—O Miles, H. F. Miles, que consiguió la absolución en ese caso de Wolverhampton recientemente. Pero preferimos a Banbury.

La señora Wilkins habló:

—No soy una mujer rica, pero estoy dispuesta a gastarme hasta el último penique que tengo para ayudar a John. El dinero no es importante, señor Likeness.

—Dígame, ¿ha hablado con su hijo sobre esto?

—No. ¿Le ha hablado él de ello?

La señora Wilkins pareció sorprendida y casi ofendida de que su hijo discutiera su propia defensa con alguien más aparte de ella.

—Sí. Está ansioso de que nos pongamos en contacto con Magnus Newton.

—Nunca he oído hablar de él.

Estas palabras parecieron decisivas.

—No es tan conocido como Banbury, tal vez, pero en ciertos aspectos puede ser una buena cosa. Parece que a su hijo le impresionó particularmente su actuación en el caso relacionado con un hombre llamado McKenna.

—Golpeó a su mujer con un rodillo —dijo tío Dan con una carcajada nerviosa.

—Así es. Me gustaría, por lo menos, entrar en contacto con Newton, a la vez que con los otros dos. Estoy seguro de que podrían confiar plenamente en él.

—Muy bien —asintió la señora Wilkins pareciendo hacer una gran concesión—. Y ahora, ¿qué hay de ese hombre que va a ver a John todos los días?

—¿Quiere decir el doctor Andreadis, el siquiatra?

—Supongo que sí. John dijo que había estado hablando mucho con él. ¿Con qué finalidad?

—El doctor Andreadis es un eminente miembro de su profesión —contestó el señor Likeness con una sonrisa amable y solícita—. Su hijo habla con él sin dificultad. Con frecuencia es muy útil para nosotros tener una referencia del estado mental de nuestros clientes.

—Piensa usted que es culpable y quiere que este doctor diga que está loco, ¿no es eso?

—Mi querida señora Wilkins…

—Si es eso lo que piensa, dígalo. Mi hermano, aquí presente,

recomendó su nombre, pero no me cabe la menor duda de que cualquier otro abogado estaría dispuesto a hacerse cargo del caso.

Tío Dan hizo débiles gestos de reproche. El señor Likeness no perdió su sonrisa, pero las palabras que salieron de su amarillo y fofo rostro fueron cortantes.

—Es prerrogativa suya entrar en contacto con otro bufete de abogados para que se ponga a su servicio. Si usted quiere que se juzgue culpable a su hijo no puedo pensar en nada mejor que cambiar de abogados en este momento.

—Melie, Melie —dijo tío Dan.

El rostro de la señora Wilkins no dejó asomar ninguna emoción, pero su pecho se movió arriba y abajo.

—¿Qué más está haciendo usted? —preguntó.

El señor Likeness supo que había ganado. Miró a uno y a otro y se preguntó cuánto podía decirles.

—A través del doctor Andreadis hemos obtenido una visión interior del funcionamiento de la mente de su hijo, y un relato de las actividades de un período anterior al asesinato. No puedo anticipar qué uso hará de ellos el abogado, pero es una información muy útil. Luego queda la cuestión de sus movimientos la noche del lunes, que no puede recordar. Si pudiéramos establecer todos sus movimientos entre el instante en que dejó a Matheson y aquel en que volvió al hotel, esto nos ayudaría mucho.

—Tenía que encontrarse conmigo a las seis y media en el pub —dijo tío Dan—. No apareció. Fui a unos cuantos pubs de Brighton aquella noche, antes de tomar el tren de las once. Ni rastro de Johnny. ¿Han tenido ustedes más suerte?

—Se están realizando investigaciones —contestó el señor Likeness evasivo.

—Lo que yo quiero saber es esto: ¿qué progresos han hecho ustedes respecto a descubrir al verdadero asesino? —preguntó la señora Wilkins—. Evidentemente, la Policía no intentará descubrirlo.

El señor Likeness se detuvo a pensar un momento antes de responder. Los parientes que insisten en la inocencia del acusado, sea hijo, padre, hermano, madre, hija o hermana, son los clientes más problemáticos que pueda tener un abogado. Al mismo tiempo es poco prudente insinuar siquiera la posibilidad de que sean

culpables. El señor Likeness contemporizó.

—Tenemos gente de primera clase en Brighton. Su labor es hallar testimonios que prueben que su hijo es inocente. Puede usted confiar en que no se les escapará nada que pueda ayudarle.

—Esto está muy bien…

El señor Likeness interumpió a la señora Wilkins levantando una mano amarilla y arrugada.

—Si usted quiere llevar a cabo investigaciones privadas nada puede detenerla.

—¿Intentará usted conseguir a sir John Banbury?

—Me pondré inmediatamente en contacto con él. Con todo no ponga demasiadas esperanzas en él. Newton es un hombre muy bueno.

Cuando se hubieron marchado el señor Likeness se rascó la nariz pensativo mientras mi raba los viejos grabados de caza que había en la pared. Luego fue a ver a su compañero, el alto, delgado y dispéptico Moody.

—Está bien —anunció Likeness—. Estoy seguro de que conseguiremos a Newton. El hará el trabajo.

—¿Tuviste algún problema?

—Ellos querían a Banbury o a Miles.

El señor Moody elevó las comisuras de los labios.

—Banbury. No tocaría un caso de sexo como ése ni con una pértiga.

—No. Además, Wilkins quiere a Newton, ¿y por qué no iba a tener a quien él quiere, pobre diablo?

—Supongo que no hay dudas de que él lo hizo.

—Yo no diría eso.

El señor Likeness miraba los tanteos de criquet en las noticias de última hora del periódico de su compañero.

—Pero uno nunca sabe. Me voy a ir a Lords por un par de horas. Parece que va a haber allí una final interesante.

3

Un día o dos después, el señor Likeness sostuvo una conversación con Magnus Newton, abogado, que se había mostrado dispuesto a ocuparse del caso. Newton era un próspero abogado que recibía con los brazos abiertos un caso siempre que, fuera cual fuera el resultado, le otorgara mucha publicidad. Era bajo, pomposo y orgulloso, y en el interrogatorio de los testigos a veces daba la impresión de que era un poco lento en cazar los puntos obvios. Sin embargo, los testigos que intentaban aprovecharse de esta aparente cortedad, casi invariablemente se encontraban frenados por una pregunta desconcertantemente aguda y desagradable.

Su defecto principal como interrogador era que ocasionalmente ignoraba una línea de interrogación obvia mientras perseguía una caprichosa idea propia. Newton era, de hecho, un hombre que cambiaba retazos de gran brillo con momentos aburridos, ¿o eran sus infrecuentes errores el resultado de una mente excesivamente sutil? El señor Likeness, que le había observado varias veces, nunca había podido verlo claro del todo.

Ahora Magnus Newton estiraba las piernas y escuchaba al abogado que hablaba sobre el largo informe que habían recibido del doctor Max Andreadis.

—Envié a verle a Andreadis como medida rutinaria. Pero Wilkins se lo tomó muy en serio inmediatamente, parecía querer hablar, y pronto se le ocurrió a Andreadis que alguien anotara todo aquello. Este es el resultado de una docena o más de largas sesiones.

Newton afirmó con la cabeza, su labio superior sobresalía.

—Eso quiere decir que tendremos que mantenerlo apartado del estrado. Si sube y dice el tipo de cosas que le ha contado a Andreadis, cualquier jurado lo hallaría culpable en diez minutos.

—¿Cree usted eso?

Hundido en la silla, con la barbilla rozándole el pecho, Newton hizo la pregunta con aspecto del más serio interés.

El señor Likeness, que habitualmente controlaba sus gestos dramáticos, desplegó las manos.

—Pero si no le hace usted subir al estrado…

Dejó la frase inacabada.

—¡Ajá! —exclamó Magnus Newton.

Se le cayó algo de ceniza sobre el chaleco, pero no hizo ni un gesto para sacudirla.

—Usted no querrá ver a Wilkins, imagino —dijo el señor Likeness vacilando.

—No.

El señor Likeness ahogó un suspiro. Nunca sucede que los abogados quieran ver a sus clientes en casos parecidos, incluso cuando podría pensarse que fuera útil hacerlo.

—¿Cómo es él? —preguntó Newton.

—Hay un test de inteligencia en alguna parte.

—No, me refiero a ese tipo, André… ¿cómo se llama?… Andreadis.

—Andreadis.

La sonrisa del señor Likeness, que no había sido muy evidente durante dicha conversación, apareció ahora.

—En realidad le pedí que viniera hoy aquí, pensé que tal vez quisiera usted hablar con él. Puede que ya haya llegado.

Newton gruñó y cogió el teléfono.

—Cuando un tal doctor Andreadis llegue… Oh, está aquí. Dígale que pase —dijo. Y luego, dirigiéndose a Likeness:

—Es una pena que no se llame Andrews, convencería más a un jurado, si hubiera que convocarle.

—En este caso puede que no tenga importancia.

Newton comprendió qué significaba esta frase cuando vio al doctor Max Andreadis: un hombre de unos cuarenta años excepcionalmente guapo, vestido con un impecable y discreto traje inglés, y sólo con un leve rastro de acento extranjero.

—Doctor Andreadis —dijo Newton—, ante todo quiero felicitarle por haber conseguido esa extraordinaria declaración de Wilkins. Sin duda ha establecido usted una extraordinaria corriente de simpatía imaginativa con él. No creo recordar haber visto nunca

una declaración de este tipo, tan completa e informativa. Es casi una historia de su vida.

—Muchas gracias —contestó Andreadis brindándole una espléndida sonrisa—. Wilkins cooperó plenamente. Fue para él un desahogo hablar.

—Al mismo tiempo esta declaración tan completa nos plantea, a los que hemos de defenderle, un problema, para cuya resolución debemos recurrir a su guía como experto.

Ciertamente sabía cómo darle énfasis, pensó el señor Likeness,

—¿Qué clase de testimonio, cree usted, que podría dar ese joven? —prosiguió Newton.

—Es difícil de decir. Tiene una inteligencia media según su coeficiente de inteligencia. Es un poco lento, y, sin embargo, produce una impresión de honestidad. O por lo menos de tener un gran empeño en ser honesto. Dice con toda franqueza: no puedo creer que haya cometido este crimen, siento una gran repulsión por él, pero tuve un vacío mental y no lo sé.

—¿Cómo cree usted que soportaría un interrogatorio?

—No creo que mi opinión pueda ser útil. Puedo decir sólo que a veces se desconcierta y se azora con facilidad.

—Nuestro problema es que si lo ponemos a declarar y cuenta algunas de las cosas que le dijo a usted, perjudicaría su propio caso. Y, por otra parte, si no le llamamos, eso también le perjudicaría de otro modo.

Andreadis inclinó la cabeza cortésmente como expresando que el problema era de ellos y no suyo.

—¿Qué me dice de la perturbación? mental? —exclamó Newton, de pronto.

—¿Perturbación?

—Usted ha hablado con él muchos días, hombre. ¿Está perturbado o no?

—No es una pregunta fácil —Andreadis hablaba con precaución —. Wilkins tiene una personalidad inadaptada. Profundamente inadaptada. Sufre de complejo de inferioridad, el sentimiento de que no es capaz de realizar su trabajo de modo plenamente satisfactorio, de satisfacer sexualmente a su mujer, de vivir una vida completa e integrada. Compensa su inadaptación creando fantasías. Pero sabe que las fantasías no son realidad; se refugia,

inconscientemente, desde luego, en sus accesos de amnesia. Hay algunos síntomas psicológicos, pero no es fácil decir…

—Doctor —intervino Magnus Newton suavemente. Se había levantado y estaba de pie, con su rostro rojo e hinchado inclinado hacia adelante en la actitud que le gustaba adoptar durante los interrogatorios. ¿Cuántas veces ha sido usted testigo en un caso de delito criminal? —le preguntó.

—¿Cuántas?

Andreadis lanzó una mirada de alarma al señor Likeness, pero el abogado estaba mirando fijamente al suelo.

—¿Por qué? Nunca, se da el caso. Pero…

—Y usted es extranjero. No pretendo ofenderle, simplemente quiero señalar que no está usted familiarizado con la ley inglesa, o con los jurados y jueces ingleses. A los jueces y jurados no les gusta este tipo de análisis psicológico, doctor Andreadis. En realidad lo odian. Lo rechazan. No lo quieren. ¿Me hago entender?

—Perfectamente.

Las hermosas mejillas del doctor Andreadis se sonrojaron levemente.

—Cuando pregunto si Wilkins está perturbado o no, estoy preguntando si está perturbado según las reglas del método M'Naghten. Usted las conoce.

—Sí. Están muy anticuadas.

—Puede que estén anticuadas, pero forman parte de las leyes de este país.

Newton hablaba lentamente, articulando cada sílaba.

—El método M'Naghten dice que se puede considerar perturbado a un hombre si, en el momento en que cometió un delito criminal, no sabía que el acto era malo. Para estar perturbado, un hombre debe ser completamente incapaz de diferenciar el bien del mal. ¿Se podría decir eso de John Wilkins?

El doctor Andreadis se encogió de hombros.

—Esta distinción no es válida psicológicamente. Es ridículo.

—Es la ley. Si se puede demostrar que Wilkins cometió el asesinato y luego intentó escapar de las consecuencias de su acto, la acusación dirá que esto pone en evidencia que él sabía que el acto en sí era malo. El juez instruirá al jurado de acuerdo con eso. Ahora bien, dígame una cosa, doctor Andreadis, ¿hay alguna posibilidad

de que podamos argüir que Wilkins fue culpable pero perturbado *según las reglas del método M’Naghten*?

En la habitación se produjo un silencio que duró más de un minuto. El señor Likeness observaba dos moscas que se arrastraban por el cristal de la ventana e hizo una apuesta mental consigo mismo respecto a que la más pequeña llegaría al borde primero. Hizo un chasquido de fastidio con la boca cuando la mosca mayor se echó a volar antes de que se dilucidara su apuesta. Magnus Newton, con el rostro más rojo que la papada de un pavo, miraba sus brillantes zapatos negros.

—No —dijo el doctor Andreadis—. Creo que no hay ninguna posibilidad de que se pudiera aducir perturbación según las reglas del método M’Naghten.

—Ajá. Le estoy muy reconocido.

Newton se puso en pie con la cabeza hundida en el pecho por un momento.

—Será mejor que vaya a ver a ese individuo otra vez, Likeness —añadió—. Aquí está lo que quiero saber…

4

Para los que están fuera de la profesión de las leyes, el problema de la actitud del abogado respecto a la culpabilidad o inocencia de su cliente resulta fascinante. Suponiendo que el abogado defensor en un juicio por asesinato, esté convencido de que su cliente es culpable, ¿tendría que abandonar el alegato? El caso es, sin embargo, que cosas así no son temas de preocupación ni siquiera para aquellos letrados que más se enorgullecen de sus susceptibilidades morales. Muy pronto, a comienzos de la carrera, el aspirante a abogado aprende que la culpabilidad de su cliente es un asunto que hay que dejar en manos del juez y del jurado; comprende lo deseable que es, y por supuesto no sólo eso, si no absolutamente esencial, que sobre esta cuestión él no tenga opinión alguna. Así que, aunque Magnus Newton hubiera aceptado en seguida que había una fuerte hipótesis contra John Wilkins, nunca se planteó el asunto en términos de la posible culpabilidad del joven. Magnus era consciente de sí mismo como actor con un papel en la obra —o, digámoslo de un modo menos caprichoso, como hombre con un trabajo que llevar a cabo— y valoraba a las diversas personas involucradas simplemente en relación con su propia posición.

El señor Likeness, como hemos visto, no tenía semejante inhibición y se sintió gratamente sorprendido durante su entrevista con John Wilkins. Había visto al joven una sola vez, en un momento en que Wilkins parecía solamente un personaje aturdido, mezquino, el tipo de persona que no sólo se aturrullaría al ser sometido a un interrogatorio, sino que produciría una impresión de insinceridad en una conversación ordinaria. Ahora había recobrado el ánimo ligeramente y el señor Likeness, cuando volvió a enjuiciarlo, lo vio como a un joven bien dotado, con una sonrisa tímida, conversación ágil y modales amistosos. ¿Sería su conversación un poco demasiado ágil, de modo que quizá produjera

la impresión de un exceso de vehemencia? ¿Eran sus modales tan amistosos que estaban al borde de la fatua lisonja? Tal vez… pero John Wilkins era el tipo de joven del que cualquier mujer del jurado podría pensar fácilmente, y sin disgusto, como en su hijo.

—Me alegro de poder decirle que el señor Newton aceptó ocuparse de su caso —dijo el abogado—. No podría usted estar en mejores manos. Pero si él va a ayudarle, usted también tendrá que ayudarle, ¿entiende? Tiene usted que intentar recordar qué sucedió el lunes por la noche después de que usted hubo dejado a ese Madison.

—Matheson, Bill Matheson.

—Matheson. Tiene usted que intentar recordar.

—Lo he intentado. ¿No cree usted que lo he intentado?

El labio inferior del joven empezó a temblar. Parecía un poco repulsivo y ligeramente patético.

—Nunca puedo recordar después de estos vacíos mentales.

—Ha sido usted muy franco cuando ha hablado con el doctor Andreadis. Parte de lo que usted dijo le beneficia en relación a este juicio, hablo con toda franqueza ahora, y parte no. Pero lo más importante es recordar qué estuvo haciendo usted entre las seis y media y el momento en que regresó al hotel aquel lunes por la noche.

—Señor Likeness —le respondió el joven y con la mano ligeramente húmeda tocaba la suya mientras sus ojos oscuros y perrunos le miraban suplicantes—. Le dije al doctor Andreadis, y es verdad, que no quiero eludir responsabilidades si lo hice. Es algo que nunca hubiera podido hacer si hubiera sido yo mismo, y si soy culpable, bien, sólo puede ser que algo se apoderara de mí, hay que acabar con ello de una patada. Si lo hice tengo que ser castigado.

El abogado retiró la mano del tacto ajeno.

—¿A qué momento se remontan esos vacíos mentales?

Wilkins se había dado cuenta del gesto de su mano y pareció encogerse en su propio interior.

—Tres o cuatro años.

—¿Han sido cada vez más frecuentes?

—Supongo que sí —contestó con poco interés.

—Y fue ésa la razón de que visitara al doctor Glenister. Usted sabe que le convocaremos como testigo de la defensa.

Wilkins se estremeció.

—Es un hombre horrible.

—Pero su testimonio puede ser útil. Ahora quiero hablar de su matrimonio. Este es un tema delicado, pero ha sido usted tan sincero con el doctor Andreadis que sé que no le importará ser franco conmigo. No era un matrimonio feliz.

Wilkins parecía infantilmente reacio.

—No lo sé. Creé un buen hogar para May, del tipo que ella quería, y acababa de conseguir este ascenso…

—Sí. Pero no estamos hablando de este aspecto. Ambos eran… no estaban hechos para las necesidades emocionales el uno del otro.

Aún reacio, Wilkins dijo:

—No sé que May tuviera ninguna necesidad emocional.

Si por lo menos, pensaba el señor Likeness, pudiera uno tratar con gente sensata y razonable. Pero el problema es que la gente a la que se juzga por crímenes violentos nunca son sensatos ni razonables.

—Probablemente llamaremos a su esposa como testigo. Su declaración acerca del momento en que usted regresó al hotel puede ser de una extraordinaria importancia.

—Muy bien.

Wilkins parecía haber perdido interés.

—Pero cuando se siente en el estrado quedará expuesta a un interrogatorio. Ella ha hecho una declaración a la Policía, y, aunque ellos no pueden llamarla como testigo, en el interrogatorio se pueden descubrir y sonsacar ciertos hechos…

—Yo odio a May —Wilkins hablaba ahora con vivacidad, incluso con pasión—. Le dije al doctor Andreadis que la odio. El modo que tiene de comer las tostadas con mermelada, el modo en que estaba tan orgullosa de la casa y una docena más de cosas.

El señor Likeness suspiró y siguió intentándolo. No pudo sacar nada más del joven.

5

—¿A dónde vas? —preguntó tío Dan cuando la señora Wilkins bajó con su mejor abrigo negro y con un sombrero también negro ajustado y firmemente asentado en su lugar con un alfiler.

—Salgo.

—Eso ya lo puedo ver, cariñito. Pero ¿hacia qué lugares te diriges vestida con tales galas?

—Voy a ver a May —contestó la señora Wilkins, y le dejó con la boca abierta porque desde que John y May se habían casado nunca les había hecho una visita en su piso.

—Le escribí que iba a verla —añadió.

En Windover Close, May abrió la puerta y la acompañó hasta la sala de estar. Mirando alrededor, la señora Wilkins tuvo que admitir que la habitación estaba muy bien cuidada, no había ni una mota de polvo por ningún lado y las mesas estaban muy bien barnizadas. En la bandeja había dos tazas dispuestas y una bandeja con cuatro bizcochos, y la tetera eléctrica estaba hirviendo. La señora Wilkins sorbió el té, que era un líquido color paja, no el oscuro caldo que le gustaba.

—Espero que no te haya estropeado algún compromiso —dijo con solemnidad.

—Es mi noche en la Asociación de ciudadanos, pero no hubiera podido ir.

—¿Por qué no?

—No quieren a la mujer de un asesino en sus reuniones.

Mientras decía esto, su pálida boca adelgazaba considerablemente, su larga nariz parecía aún más larga y sus ojos tan juntos muy pequeños.

Su suegra dejó la taza en su sitio con un chasquido.

—¿Cómo puedes decir una cosa así?

Tú no eres esposa para él.

—¿No lo cree? Déjeme que le diga algo. Hubiera podido ser

mucho mejor esposa para él si no hubiera sido por usted.

Y con un gimoteo sarcástico añadió:

—«Toma un poco más de pastel de carne y riñones, en casa no te lo dan. Acerca la silla, es un auténtico fuego de carbón, cariño. Sé que May sólo utiliza la electricidad.» Siempre ha intentado usted combatirme, desde el día en que nos casamos, tal vez ahora esté satisfecha.

Inexpugnable en su virtud la señora Wilkins, dijo:

—Nunca he interferido.

May se levantó, tomó un cigarrillo de una caja con la mano ligeramente temblorosa y habló:

—¿De qué sirve? No tenía intención de pelearme. ¿Qué ha venido a decirme usted?

—No has ido a ver a John a la cárcel. ¿Vas a declarar en su favor, May?

La señora Wilkins hizo esta pregunta sin que cambiara su rostro granítico, pero algo en su tono de voz ponía de manifiesto que le había costado un esfuerzo.

—Supongo que sí. Si me lo piden. Diré la verdad.

—Tienes que hacer lo que puedas para ayudarlo, May, es tu marido.

—No por mucho tiempo.

La señora Wilkins se sobresaltó y lo dejó ver:

—¿Qué has dicho?

—No por mucho tiempo, he dicho. Está usted muy preocupada por su precioso hijo, sólo piensa en él. ¿Cómo cree usted que me siento?

—Yo pensaría que cualquier esposa querría permanecer al lado del hombre con el que se ha casado.

—¿Eso haría? Cuando él ha estado cortejando a otra mujer, una criatura que estaba comprometida con otro hombre, pero también quería tenerle a él. ¿Cree usted que no sé lo que dicen de mí, todas esas bromas repugnantes y esas mentiras, que soy una mujer que no puede retener a su hombre?

Su voz era tan insistente como una sierra.

—Le diré qué es lo que voy a hacer en cuanto este caso se haya terminado. Voy a conseguir el divorcio. Voy a cambiar de nombre. Voy a marcharme de Londres y encontrar un trabajo en una ciudad

donde nadie me conozca ni me señale con el dedo diciendo: «Esa es May Wilkins, sabe, aquella cuyo marido asesinó a una chica en la playa de Brighton.» Y si no me cree, ya lo verá. ¿Sabe usted lo que me ha hecho su hijo, su hijo al que le gusta tanto el pastel de carne y riñones que hace su mamá? Me ha destrozado la vida.

Se detuvo, respirando aguadamente como si hubiera estado corriendo. La señora Wilkins sacó un pañuelo de su gran bolso de cocodrilo, se sonó la nariz, se levantó, abrió la puerta y dejó la casa sin decir otra palabra. Fue andando a su casa por el parque y mientras caminaba iba moviendo los labios.

Tío Dan la recibió en la puerta.

—Preparé una taza de té —dijo.

—Ella me dio una.

La señora Wilkins entró en la sala de estar y se quitó el impresionante sombrero y el abrigo negro.

—Creo que tenemos que hacer lo que dijiste hace uno o dos días. Tenemos que ver a un detective privado.

6

Tío Dan había visto el nombre en un ascensor y había tomado nota de los detalles: «George H. Spaulding Agencia de detectives. Investigaciones realizadas con máxima discreción. Divorcio y otros trabajos. Precios razonables. Dirigirse a Rodd Street, 22, W.C.2.»

Rodd Street era una pequeña callejuela que partía del Strand, y la agencia ocupaba dos habitaciones en el segundo piso. En la primera había una chica sentada escribiendo a máquina. Tío Dan dio su nombre y le hicieron pasar a la segunda habitación, donde un individuo de aspecto militar estaba fumando una pipa sentado a una mesa de despacho, llena de una variedad de objetos ligeramente empolvados, entre los cuales figuraba un termómetro incrustado en un colmillo de elefante, un paquete de pastillas de menta y un paquete de galletas de queso, una caja de puros vacía, tres o cuatro volúmenes grandes de aspecto jurídico, una armónica y un trozo de tubería de plomo.

—¿Señor Spaulding?

—Capitán Spaulding, señor, a su servicio.

El detective estrechó con fuerza la mano de tío Dan. Llevaba una chaqueta de tweed levemente desgastada por los puños, unos pantalones grises bien planchados y una corbata de la Guardia Real. Por encima de la pipa se veía un bigote recortado, y sobre éste un par de profundos ojos azules y cabellos finos bien cepillados. En conjunto el aspecto era tanto deportivo como militar, desfigurado sólo por una mirada bastante bizca.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó el capitán Spaulding.

Tío Dan se movió incómodo en la silla, cruzó una pierna sobre la otra, echó la cabeza hacia un lado y dijo:

—Es un asunto delicado.

—¿Puedo ayudarle a romper el hielo? ¿Divorcio?

El capitán Spaulding golpeó fuertemente su pipa, un, dos, tres.

—¿Eh? No, no estoy casado.

—¿Rotura de compromiso, un caso de chantaje? ¿Lío con una señorita? Nos sucede a todos.

—Nada parecido. Es un caso de asesinato.

—Asesinato —los ojos del capitán Spaulding bizquearon terriblemente—. Ha hecho mal en venir aquí para un caso como éste. Si está usted mezclado en un crimen es mejor que vaya a la Policía.

—No estoy mezclado en un crimen —dijo tío Dan exasperado—. Es en relación con John Wilkins, que tiene que ser juzgado por asesinato en Lewes la semana que viene. Soy su tío, y quiero saber si usted puede ocuparse de unas averiguaciones.

—Oh, vamos, prosiga.

El capitán Spaulding volvió a coger su pipa y la rellenó.

—Estamos seguros, su madre y yo, de que John no lo hizo. Sufrió un vacío mental la noche en que tuvo lugar el crimen, y no recuerda qué hizo entre las seis y media de la tarde y el momento en que regresó al hotel. La acusación ha conseguido un testigo que dice que le vio en el paseo a las doce menos veinte, y el portero del hotel dice que él llegó a menos diez. También, en algún momento de la noche se cortó el dedo gordo y se manchó de sangre la ropa. Dicen que la sangre era de la chica asesinada. Creemos que sería útil si pudiéramos averiguar dónde y cuándo se cortó el pulgar.

—Supongo que sí. ¿Alguna idea de dónde pudo hallarse?

—Yo intentaría los pubs. Los abogados han enviado ya a un chico y ha descubierto que John estaba a las nueve en una taberna llamada Toll Gate, pero esto no tiene mucha importancia. No han sacado en claro nada más.

—¿Tiene una fotografía?

Tío Dan sacó una.

—Chico bien formado. Casado, ¿no?

—Sí.

El capitán Spaulding colocó la fotografía en un sobre.

—¿Alguna cosa más?

—Sólo eso —dijo tío Dan vacilando—. Si por casualidad usted se encuentra con algo que le dé una idea de quién lo hizo…

—Lo tendré presente. Probablemente fue un maniaco sexual, aunque ni siquiera conociera a la chica. Cuatro libras al día y unas tres de gastos, ¿de acuerdo?

—Esto supone siete libras al día.

Tío Dan estaba asustado.

—Le daré una relación de los gastos, podría ser un poco menos. No mucho, sin embargo. Hay que pagar unas cuantas rondas en este tipo de trabajo.

—¿Lo hará usted mismo?

—Querido muchacho —contestó el capitán atusándose el militar bigote—. ¿Quién cree usted que va a dirigir la oficina y ocuparse de los demás asuntos? Se lo encargaré a mi mejor hombre, listo como un hurón, informe diario. El tiempo es un poco justo, los rastros bastante fríos, pero si alguien puede hacerlo, ése es Lambie. Ahora quiero otra información. Pongámonos a ello.

Y eso hicieron.

7

Los histrionismos legales están pasados de moda actualmente. El fiscal frío y despiadado, el iracundo abogado defensor que amedranta a los testigos hasta sacarles la verdad, todo eso pertenece al pasado. Se puede confiar en que el abogado defensor hará pasar un rato desagradable al falso testigo, pero se tomará el trabajo de evitar cualquier apariencia de intimidación. Generalmente se está de acuerdo en que en estos tiempos de igualdad, el espectáculo de un testigo sometido violentamente con métodos de fuerte coacción probablemente provocaría las simpatías del jurado hacia dicho testigo. En cuanto al frío y despiadado fiscal… bueno, nadie podría mirar a James Hayle, que llevaba la fiscalía, sin darse cuenta de que era el tipo de personaje cálido, simpático (para el gusto de algunos casi empalagoso) que ha alcanzado, en los últimos años, un éxito tan extraordinario en los programas de radio y televisión.

Hayley, de rostro rojo, fuerte y jovial, hablando con un acento voluntariamente rústico que enmascaraba lo que hubiera podido ser un tono quizá demasiado culto. Podía hacer que un rapto sonara como una salida nocturna de compañeros, un robo con violencia como una travesura infantil que había salido mal. Todos somos verdaderamente humanos, parecía decir, todos podemos comprender las tentaciones a las que un joven está expuesto en compañía de una mujer hermosa, pero al mismo tiempo necesitamos leyes, en verdad no se puede permitir que la gente vaya por ahí haciendo este tipo de cosas… esa elocuencia anodina era muy efectiva con los jurados.

Ahora, Hayley estaba de pie abriendo, con su habitual buen humor matutino, el caso contra John Wilkins, dando las consabidas advertencias sobre lo que deberían y no deberían considerar, y dispuesto a trazar el perfil, alegremente y con simplicidad, de los hechos del fatídico lunes cuatro de junio, en cuanto concernían a

Sheila Morton.

—Antes de que lleguemos al lunes, sin embargo, tracemos todo el curso de esas desgraciadas vacaciones de verano que la señorita Morton había planeado con el único deseo de proporcionar un cambio a su padre inválido. La señorita Morton había dispuesto que serían unas vacaciones tranquilas para poder prestar toda su atención a su padre. Llegaron el viernes y se lanzaron a lo que podríamos llamar una ronda de diversión, si bien no muy febril. El viernes por la noche fueron a ver un espectáculo musical, el sábado por la mañana estuvieron en el embarcadero y por la tarde dieron un paseo en charabán. Nada excesivo, supongo que estarán de acuerdo… el tipo de cosas que ustedes y yo haríamos sin salimos de nuestra vida corriente… pero fue demasiado para el señor Morton. El sábado por la tarde sufrió un grave ataque al corazón. El doctor Burrows de Brighton que le atendió, le dijo a la hija que se encontraba en un estado muy difícil y las condiciones del señor Morton siguieron siendo graves unos cuantos días. Ahora, me alegra poder decirles que se ha restablecido recuperando su salud anterior.

Hayley lanzó una deslumbrante sonrisa, feliz al iluminar el torvo proceso con el singular rayo de sol de dicha noticia.

—En esas desdichadas circunstancias, Sheila Morton actuó con lo que se puede comprender eran su habitual prontitud y eficiencia. El domingo envió un telegrama a su primo el señor Matheson, que trabaja de ingeniero en Birmingham, y le pidió que se trasladara allí si le era posible. También telefoneó al señor Leslie Jackson, con el que recientemente se había comprometido. Su padre estaba muy enfermo y no se esperaba que sobreviviera. El señor Matheson llegó a Brighton el lunes por la mañana y el señor Jackson por la tarde. Se había contratado una enfermera para que la señorita Morton pudiera reposar algo durante la noche.

La atención del acusado se alejó del relato de su visita al Langland Hotel que hacía Hayley, para fijarse en el tribunal donde se decidía el futuro de su vida. Por encima de la cabeza enrojecida del juez Morland, en desacuerdo con todo aquel artesonado de caoba y pintura marrón, había una lámpara eléctrica con una gran pantalla de seda rosa. ¿Por qué rosa —se preguntaba John—, por qué no una pantalla que haga juego con esta austera sala de tribunal? Sus ojos se cerraron de fatiga, pero él volvió sobrecogido a

la realidad y escuchó lo que Hayley decía.

—Exactamente después de las diez, cuando la enfermera de noche estaba perfectamente instalada, la señorita Morton salió a pasear sola. Como consecuencia de lo que dijo al señor Jackson antes de salir, éste se sorprendió cuando a las once menos cuarto ella no había regresado, y salió a buscarla. Anduvo hasta el muelle Oeste y más allá, y regresó a las once quince sin haberla visto. El señor Matheson se había ido al cine y no se hospedaba en el hotel, así que el señor Jackson no tuvo ayuda alguna en su búsqueda.

Hizo una pausa y continuó:

—¿Qué le sucedió a Sheila Morton durante su paseo? No podemos encontrar a nadie que la viera después de dejar el hotel. Sabemos solamente que a las doce y cuarto un joven llamado Sydney Pethers y su novia Thelma Wayne encontraron su cuerpo en la playa cerca del Muelle de Palacio. La habían golpeado violentamente en la cabeza y el rostro con un instrumento romo. Tenía la ropa desgarrada y rasguños en el interior de sus piernas, lo que indicaba la tentativa de un asalto sexual, aunque no había sido violada. Tengo que decir que no hemos encontrado el instrumento con el que se llevó a cabo el crimen. Por lo menos es posible que se tratara de una gran piedra de las muchas que hay en la playa de Brighton. Tengo también que decirles, debido a las peculiares condiciones que rodean el crimen, que los médicos expertos no pueden situar el momento de la muerte con mayor precisión que decir que sucedió entre las diez y media y las doce de la noche.

Se detuvo un momento.

—La tarde de aquel martes, el detective inspector Kenning se entrevistó con Wilkins en su hotel y él les dirá que parecía muy trastornado, e incluso algo ausente. Había estado en el hotel Langland aquella mañana, de modo que ya sabía que la señorita Morton había muerto. Parecía preocupado, declara el inspector Kenning, de que su esposa no supiera nada de la relación entre él y la señorita Morton. Somos hombres y mujeres lo suficiente de mundo como para comprender que este deseo es algo completamente natural, pero él estaba inquieto por algo más. La segunda causa de su ansiedad apareció cuando el inspector

preguntó a Wilkins si podía ayudarle. «¿Cómo puede ayudarme?», contestó Wilkins, «No sé dónde estuve la noche pasada.» Había una chaqueta de sport en el respaldo de una silla en la habitación donde estaban hablando y el inspector se fijó en unas manchas oscuras que había en la manga. Se lo señaló a Wilkins, que dijo: «Me corté el pulgar ayer por la noche. Debió de caer un poco de sangre en la chaqueta», y le enseñó al inspector un breve corte en el pulgar derecho. Cuando más tarde le arrestaron aquel mismo día, Wilkins hizo otra observación que puede parecer muy significativa. Dijo: «Yo amaba a Sheila, nunca le hubiera hecho daño si hubiera estado en mis cabales.»

Y en este punto, Hayley se detuvo y contempló al jurado con una mirada donde el aire diligente había sido reemplazado por un momento por una interrogativa ceja levantada en un gesto mundano. Diez minutos después llegaba al final de un discurso de apertura donde había reunido todos los hilos del caso con bien disimulada habilidad.

—Permítanme recapitular las circunstancias en que se basa el caso Crown, que, en nuestra opinión, justifica que les pidamos que presenten un veredicto según el cual John Wilkins, en un rapto de pasión, mató a Sheila Morton de esa brutal manera. En primer lugar está la prueba basada en su acoso a Sheila Morton, el rechazo de ella, pues fue un rechazo decidido el que tuvo lugar en el club de tenis, como oirán. Pero incluso después de este rechazo, él no abandonó la esperanza, y cuando se enteró de que Sheila y su padre iban a Brighton convenció a su esposa para que ellos fueran también allí a pasar unas vacaciones decididas en el último minuto. El lunes por la tarde llegó el golpe de gracia cuando se enteró de que la muchacha por la que sentía una pasión tan desesperada, estaba comprometida para casarse con otro hombre. Los testigos les contarán lo evidente de su conmoción cuando se enteró de la noticia del compromiso. Oirán ustedes la conversación que sostuvo más tarde con el señor Matheson, cuando él hizo observaciones y sugerencias que daban a entender que había tenido relaciones íntimas con Sheila Morton, cosa totalmente falsa.

»En segundo lugar no hay duda de que John Wilkins tuvo la oportunidad. No hemos rastreado todos sus movimientos desde las seis y media hasta que regresó al hotel, pero sabemos que a las

nueve estaba en un pub llamado Toll Gate. Sabemos también que un testigo lo vio en el paseo a las doce menos veinte y le impresionó su aspecto lúgubre. A las doce menos diez el conserje del hotel le vio entrar y también le impresionó su apariencia y modos extraños.

»En tercer lugar, tenemos una prueba positiva. Era de esperar que el asesino tuviera manchas de sangre en sus manos y su persona. Había sangre en la chaqueta y los pantalones de Wilkins. Esta sangre es del mismo grupo que la de Sheila Morton; es decir, del grupo 0. Como ése es también el grupo sanguíneo de Wilkins no se puede deducir nada por medio de ello. Wilkins dice que las manchas proceden de su propio pulgar, aunque no puede decir dónde ni cuándo se lo cortó. Oirán ustedes el testimonio de los expertos respecto a que el pulgar no pudo sangrar tanto como para ocasionar todas esas manchas de la chaqueta y pantalones. Oirán también el testimonio de los expertos relatar las pruebas de bencidina llevadas a cabo en su chaqueta, pantalones y zapatos, que revelan la presencia de sangre en pequeñas cantidades en todas estas prendas. Y ustedes recordarán las palabras que pronunció cuando le arrestaron: «Yo amaba a Sheila, nunca le hubiera hecho daño si hubiera estado en mis cabales.» Yo creo que cuando ustedes hayan escuchado a todos los testigos estarán de acuerdo en que John Wilkins mató a Sheila Morton, la mató en un rapto de pasión violenta cuando ella se resistió a su asalto sexual. Todo hombre, dice el poeta, mata lo que ama. Esto es lo que llamaríamos una licencia poética, pero en este caso es la sencilla verdad. Intentaremos demostrar que John Wilkins amó a Sheila Morton y, en un arrebato de pasión frustrada, la mató.

8

Los testimonios médicos y de la Policía, completamente metódicos, ocuparon el resto de la mañana. Cuando a la una en punto, el juez Morland indicó que se hacía una pausa, el señor Likeness se llevó a su amigo Robin Pinkey a un pub llamado *Los dos cerveceros*. Pinkey se estaba ocupando de un caso de fraude que se celebraba en el tribunal de enfrente.

—¿Cómo va? —preguntó.

—Demasiado pronto para decirlo —contestó el señor Likeness mascando un pedazo de pan—. No es realmente un caso muy duro, ya sabes. Depende mucho de lo que haga Newton con los expertos médicos. Ese chico, Richtie, ya sabes, el del nuevo laboratorio que han instalado en Madistone, es un hueso duro de roer. Me lo encontré antes. Todo es muy circunstancial, sin embargo.

—Con todo, un jurado puede sentenciar basándose en testimonios circunstanciales.

—Claro que puede.

El señor Likeness se metió un pedazo de pastel de carne en la boca.

—No te vi en el club el fin de semana pasado —dijo.

Pertenecían al mismo club de golf.

—Tuve demasiado trabajo. Algunos tenemos que ganarnos la vida.

—Di la vuelta con ochenta y siete. Me pasó una cosa curiosa en el hoyo doce. Ya sabes que tiene una curva…

El señor Likeness se puso a colocar la cuchara, el tenedor y el salero para hacerle una demostración.

Magnus Newton comió con su socio más joven, Charles Hudnutt, que era un tipo de tosca belleza, antiguo remero del equipo de Oxford.

—¿Crees que al jurado le gusta verdaderamente este tono meloso que utiliza Hayley? —preguntó Hudnutt—. «Vosotros sabéis que todos somos como niños y hubiéramos podido ser vosotros o yo, pero nosotros amamos a nuestra mujercita, y todos sabemos que lo pasó mal con su mujer, y a pesar de todo tenéis que declararlo culpable»… —acabó casi sin aliento.

—Yo diría que nunca se sabe lo que les gustaría. A Morland no le gustó mucho. Morland es muy recto, se puede confiar en él.

—Supongo que es porque sé que Hayley es realmente una vieja mula —dijo Hudnutt—. En tiempos conocí muy bien a un primo suyo, Jerry Pottingley. Se espachurró en su deportivo hace un par de años. Jerry me dijo…

Bajó la voz.

—No me digas —exclamó Magnus Newton.

Hudnutt siguió hablando y Newton, con los ojos ligeramente protuberantes y el rostro enrojecido, puntuaba su discurso con «No me digas… No me digas…»

La comida del juez Morland consistía en dos galletas de Ryvita sin mantequilla, una ensalada de lechuga sin aliñar y una manzana. Mientras comía leía la *Ética* de Aristóteles. Sin su toga tenía el aspecto de un hombrecito bastante tímido parecido a una comadreja.

A John Wilkins le resultaba casi imposible comer y muy difícil pensar. Sentía una especie de nerviosismo enfermizo. Se levantó y empezó a caminar por la pequeña celda blanqueada. En la puerta había mensajes escritos por ocupantes anteriores: *Juro ante Dios que soy inocente y que será una cruel injusticia si me declaran culpable.* Debajo otra mano había garrapateado: *Mentiroso bastardo.* John Wilkins suspiró.

Resultaba notable cómo la saludo del señor Morton había mejorado desde la muerte de Sheila, pensó Bill Matheson. Había acudido a Lewes para el juicio, había seguido las sesiones de la

mañana con avidez y ahora su cuchillo se sumergía vigorosamente en el pollo asado. Bill Matheson comía con mucho menos entusiasmo.

—Son fascinantes estos detalles del procedimiento del tribunal —dijo Morton—. No hay duda, en los tribunales ingleses se crea un drama que no se ve en ninguna parte del mundo. Es todo el ceremonial, creo.

—Sí.

Bill Matheson apartó su plato.

—Fíjate en este joven, el hijo de Geoffrey Wilkins, no parece un asesino. ¿Y te fijaste en cómo le miraba fijamente el jurado? Les gustaba, ¿y por qué no?

El señor Morton empezó su pastel de manzana y continuó:

—Si uno se lo encontrara en la calle no le importaría dejar que su hija saliera con él, ¿verdad?

—Pareces muy seguro de que es culpable.

—Estoy seguro.

Los dientes postizos del señor Morton chasquearon cuando se quitó un poco de pasta que le molestaba.

—Esto no quiere decir que le declaren culpable —prosiguió—. Perdona. Hay más de un asesino que anda por ahí impune. No hay nada tan emocionante como un juicio por asesinato.

Bill Matheson dejó en su sitio el tenedor y la cuchara.

—¿No sientes nada por Sheila?

El anciano le miró sorprendido:

—¿No te he dicho que quiero ver a su asesino castigado?

Matheson se levantó.

—Si me permites, tengo algo que hacer en mi habitación.

Tío Dan y la señora Wilkins casi fueron los únicos entre la gente a la que atañía el juicio que lo estuvieron comentando durante toda la comida. La señora Wilkins expresó su disgusto por la negligente y lánguida actitud del señor Likeness y el desinteresado interrogatorio de Magnus Newton.

—Y este hombre tuyo no ha hecho nada, nada de nada. En qué ocupa su tiempo, esto es lo que me gustaría saber.

La alargada cabeza de tío Dan estaba ladeada, tenía una

expresión melancólica.

—Has visto los informes.

—Los informes. No dicen nada.

—Lambie es su mejor hombre.

—El mejor hombre —resopló ella con un ruido extrañamente masculino—. Parece que se pasa la mayor parte del tiempo en las tabernas. Una excusa para ir de juerga, si quieres que te diga la verdad.

El rostro de tío Dan había adquirido nuevas arrugas durante las últimas semanas; su voz estaba fatigada:

—¿Quieres que cancele el trato?

—No. No lo hagas —respondió ella y posó los ojos en el plato.

9

John Wilkins no era un hombre especialmente imaginativo, pero el efecto que le produjo ver a una serie de gente que conocía yendo a declarar al estrado, levantando la mano y jurando decir la verdad sobre él y luego diciendo… ¿cómo lo llamaría? No exactamente mentiras, pero de todos modos no era la verdad: incidentes sin importancia aparecían extraordinariamente magnificados, y aquellos que hubieran podido aportar la clave de la situación parecían ignorarse. Mientras estaba en el banquillo apretando de vez en cuando las pequeñas y puntiagudas prominencias de latón que lo rodeaban, observando a Hay ley forzando a los testigos a contar sus engañosas historias, al pequeño juez que tomaba de vez en cuando una nota, tenía ganas de gritar: «Detengan todo este estúpido juego de preguntas y respuestas, escúchenme solamente a *mí* unos minutos, yo puedo decirles lo que realmente sucedió». En otros momentos levantaba mentalmente las manos en un gesto de desesperación, sintiéndose como un hombre que estuviera en un tren expreso que fuera por el camino equivocado y que cualquier protesta que formulara fuera débil y sin esperanza.

Se sentía así mientras canturreaba por lo bajo durante la declaración de Gimball. Helado y brillante, con la perla del alfiler de su corbata destellando visiblemente, Gimball habló de su general capacidad de olvido e ineficacia, y el fracaso concreto en cuanto a observar las cuestiones de detalle.

Se sentía así particularmente cuando la acusación trazó minuciosamente sus movimientos de aquel lunes por la tarde, mientras cada testigo añadía un perfil, una pincelada, unas gotas de color al cuadro que se estaba construyendo: el retrato de John Wilkins como hombre inducido a una acción violenta y atroz por causa de su frustrada pasión por Sheila Morton. Allí estaba aquel joven de cabello liso, recepcionista del hotel, contándoles sus dos visitas a Langland, su embarazo en la primera ocasión y su

confianza en sí mismo en la segunda. Y allí estaba el rubio Leslie Jackson narrando primero su comportamiento en el club de tenis, el modo en que había perseguido a Sheila y la había molestado. Sin duda eso no era la verdad, no podía serlo.

—¿Cuál fue su actitud respecto al acoso por parte del acusado de la señorita Morton? —preguntó el socio de Hayley, el delicado y elegante Maurice Mallin-Fry.

—No pensé mucho en eso —dijo Jackson—. Sheila y yo aún no estábamos comprometidos formalmente entonces, de modo que no tenía mucho derecho a decir nada.

—¿No consideraba usted a Wilkins como a un rival serio?

La boca de Jackson se dobló en una desabrida carcajada.

—No. Era demasiado tonto para eso. Era lo mismo que tener un perro rondando a tu alrededor todo el rato. Sheila también pensaba eso. Dijo…

Charlie Hudnutt estaba de pie, pero el juez había intervenido ya:

—No tiene usted que decirnos lo que la señorita Morton pensaba o le dijo a usted. Limítese a sus propias observaciones.

—Sí, conteste las preguntas, nada más —dijo alegremente Maurice Mallin-Fry y siguió preguntando a Jackson sobre la visita al hotel. ¿Era verdad que John Wilkins había sido como un perro molesto?

El escuchaba con la misma sensación de irrealidad las cosas que Jackson decía sobre su comportamiento en el hotel.

—¿Le llamó a usted particularmente la atención algo en él?

—Sí, evidentemente había bebido bastante.

—¿Diría usted que estaba borracho?

—Oh, no, pero su modo de comportarse era mucho más libre y ligero que lo normal y su voz más fuerte. Generalmente era bastante moderado, podríamos decir.

—¿Y cuál fue su reacción cuando la señorita Morton le contó lo de su compromiso?

—Parecía una oveja que llevaran al matadero —dijo Jackson despectivamente.

Malin-Fray frunció ligeramente el ceño.

—¿Le sorprendió la noticia?

—Ciertamente. Le dejó como atontado, fue como si no la pudiera admitir.

—Y entonces se fue a tomar una copa con el señor Matheson. Antes de eso, ¿se dijo algo en presencia del acusado?

—Sí. Invitaron a Sheila Morton a tomar una copa y ella dijo que no podía ir hasta que llegara la enfermera. Luego quiso salir a dar una vuelta ella sola porque quería apartarse de todo el mundo y de todo.

—¿Estaba allí el acusado cuando se dijo eso?

—Sí.

—¿Pasó algo especial cuando se despidieron?

—Sí. Wilkins retuvo la mano de ella en la suya y no la soltaba. Ella casi tuvo que dar un tirón para liberarse.

Charlie Hudnutt interrogó con su aire duro y alegre. Fue un poco cáustico respecto a la exacta duración del tiempo que John Wilkins reretuvo la mano de Sheila Morton, sugirió que una oveja en el matadero habitualmente no comete un asesinato, y estableció que a pesar de su condición de atontamiento el acusado había felicitado a la feliz pareja.

Siguió el señor Morton, llevaba una corbata de punto y tenía un aspecto vivo y garboso, pero en realidad tenía muy poco que decir excepto confirmar lo extraño de los modales del prisionero en aquella visita al hotel. Le siguió Bill Matheson, con el cabello al cepillo que se enderezaba como agujas, mirando a todas partes, al juez, al abogado que le interrogaba, a la pantalla de seda rosa, a cualquier lugar excepto al personaje que estaba en el banquillo. Y lo que tenía que decir Bill Matheson, John Wilkins se dio cuenta vagamente, era algo que le perjudicaba. En aquel pub él había comentado cosas que no hubiera debido decir y no lo hubiera hecho a no ser por la confusión que le produjo la noticia del compromiso de Sheila.

Cuando fueron a tomar una copa ¿parecía Wilkins trastornado?, preguntaba Mallin-Fray. Sí, lo parecía. En el pub había bebido whisky. ¿Estaba borracho? No, completamente coherente, pero nervioso. ¿Había dicho algo concreto sobre Sheila Morton? La lengua de Bill Matheson apareció y rozó los labios.

—Pues sí. Dijo que Jackson no era lo suficientemente bueno para ella. Dijo…, dijo que fue un golpe para Sheila cuando averiguó

que estaba casado. Dijo que ella estaba muy interesada en él y que para él era todo un trabajo mantenerla apartada.

—¿Puede usted recordar las palabras exactas, señor Matheson?

En la frente de Bill Matheson apareció el sudor.

—Algo así. Dijo: «No debí haber hecho eso», supongo…

—Es decir, ¿no debió haber salido con la señorita Morton sin decirle que estaba casado?

—Sí. «No debí haber hecho eso, pero mi mujer es una bruja. Cuando Sheila averiguó que estaba casado se derrumbó, pero antes no había manera de pararla.» —vaciló un momento—. Daba por sentado que Sheila había sido su amante. Le dije que se callara.

Había pocas posibilidades en el contrainterrogatorio, pero Charlie Hudnutt lo hizo lo mejor que pudo.

—¿Estuvo usted comprometido en tiempos con la señorita Morton, señor Matheson?

Bill Matheson pareció sorprendido.

—En cierto modo. Éramos los dos muy jóvenes y no fue un compromiso formal.

—¿Rompió usted ese compromiso o fue ella?

—Los dos de común acuerdo, diría yo. No era nada serio.

—Cuando el acusado empezó a hablar de ella, ¿Estaba usted enfadado debido a su sentimiento por la señorita Morton?

—Supongo que sí. Sabía que no era verdad. Sheila no era este tipo de chica.

Charlie Hudnutt cambió de dirección abruptamente. Preguntó si Wilkins había dado prueba de su intención de cometer algún acto de violencia, si era violento en su juventud, o si parecía enojado con Sheila. A todas estas preguntas, Bill Matheson contestó con respuestas negativas.

10

—Una jarra de cerveza, por favor —dijo el bajito señor Lambie.

Cuando la bebida llegó la miró tristemente, la sorbió y luego empezó la tarea de preguntar a otro cliente si había visto a John Wilkins la noche del lunes, el día cuatro de junio.

Edward Lambie no tenía demasiado el aspecto de hurón con el que le había descrito el capitán Spaulding. Parecía más bien un empleado de una compañía de seguros, uno de esos que no han alcanzado la promoción y sabe que la vida no les deparará otra cosa que un seguro descenso a la tumba. Tenía el cabello fino y los rasgos insignificantes, si bien algo melancólicos. Llevaba ropa respetable, un sombrero hongo, un impermeable beige, un traje de espiga que, sin estar gastado, daba impresión de pobreza. El señor Lambie nunca había tenido demasiada suerte en la vida, ni buena ni mala. Cuando dejó el colegio, donde se le conocía por Baa Lamb (Baa Cordero), entró a trabajar como oficinista en una empresa de ingenieros.

Cuando murieron sus padres abandonó el trabajo y empleó los pocos cientos de libras que le habían dejado en montar una tienda de deportes. La tienda estaba en las últimas cuando llegó la guerra y salvó al señor Lambie de la necesidad de preocuparse respecto a qué iba a hacer luego. Inmediatamente se alistó como voluntario y sirvió durante siete años sin ninguna distinción especial. Cuando acabó la contienda, el señor Lambie, que durante el período de la tienda de deportes se había hecho con una mujer y un hijo, se sumergió en una serie de diversos trabajos, la mayoría de los cuales conservaba sólo algunas semanas. Ahora hacía dos años que el capitán Spaulding lo había empleado, una duración en el oficio que podía atribuirse tanto al hecho de que estaba preparado para trabajar con un salario bajo como a una espantosa tenacidad suya que a veces producía resultados sorprendentemente buenos. No es que, en general, los resultados pudieran ser buenos o malos, ya que

habitualmente se trataba sólo de conseguir testimonios para el divorcio, testimonios que, a veces, hacían que el señor Lambie se preguntara a dónde llegaría el mundo.

El señor Lambie tuvo un par de días infructuosos durante los cuales bebió mucha cerveza, lo que, a su modo discreto, le gustaba bastante, e hizo innumerables preguntas. Ahora había regresado al Toll Gate, su punto de partida.

—Está usted absolutamente seguro, ¿verdad, señor Holloway?, de que el señor Wilkins no dijo nada sobre dónde pensaba ir.

—Mire usted, yo quiero ayudar. No soy un hombre de los que dicen «lárguese, ya se lo he dicho a la Policía». No, no lo soy, me gusta ayudar a todo el mundo. Pero ya se lo he contado todo antes. Se lo repetiré por última vez, ¿me entiende? Llegó aquí a eso de las nueve menos cuarto, tal vez más. Ya venía bien colorado, pero no demasiado, o si era más no se le notaba. Tomó dos whiskies, habló un poco conmigo y con otras dos personas que estaban en la barra, y a eso de las nueve y cuarto se marchó.

—¿No recuerda usted nada de la conversación?

—Le he dicho que ya se ha terminado. El gordo se fue al otro lado de la barra. El señor Lambie contemplaba su cerveza. Una mano le tocó en el hombro.

Se volvió y se encontró frente a un viejo de mezquino aspecto, ojos astutos, cabello gris teñido de un color castaño irregular y bigote moreno manchado de amarillo por la nicotina en el centro.

—Perdone que me entrometa, señor. No he podido evitar oírle. Está usted haciendo investigaciones sobre ese tipo que están juzgando ahora en Lewes.

—Así es.

Había algo oscuramente militar en la apariencia del viejo, algo que al señor Lambie le hacía pensar en un anciano e inmensamente decadente capitán Spaulding.

—Tal vez podría ayudarle. Por casualidad estaba aquí cuando ese chaval se tomaba una copa.

El viejo sonrió dejando ver una boca llena de dientes cariados y emitiendo hacia Lambie un aliento impregnado de whisky y tabaco.

—Soy el comandante Mortimer, R.A.S.C., retirado —se presentó.

—Mi nombre es Lambie. ¿Qué bebe usted? —dijo, dándose cuenta de pronto de que el vaso de su compañero estaba vacío y él

estaba repiqueteando con sus dedos sobre la barra.

—Un whisky grande con agua.

El comandante se bebió la mitad de su vaso de un trago y se secó después el bigote.

—Sí, tuve el privilegio de hablar con nuestro mutuo amigo, le llamaremos así, y darle un pequeño consejo.

—¿No ha hablado usted con la Policía?

—No, señor. ¿Por qué iba a hacerlo? Esto no es una casa de caridad. Con frecuencia presto servicios, y ellos no me han buscado. Pero usted, bueno, usted quiere saber adónde fue ese tipo cuando se marchó de aquí. Yo tal vez podría decírselo.

—¿Sí?

Al señor Lambie le costó no apartarse del aliento a dientes cariados y whisky.

—La nada no tiene sabor. ¿Cuánto vale para usted? ¿Vale un billete de diez?

—No, por Dios.

El señor Lambie estaba escandalizado.

—Yo había pensado…

—¿Sí?

—Había pensado en invitarle a otra copa.

El comandante Mortimer se rió sinceramente.

—Es usted un buen chico. Y ahora veamos, ¿cuánto vale? ¿No puede valer menos de cinco, sin duda?

—Si usted me quiere decir lo que sabe, yo le diré lo que vale.

—¡Oh, no, no! No cazará usted a un pájaro viejo con esa trampa.

El señor Lambie miraba fascinado cómo se movía la nuez reseca del comandante Mortimer indicando su consumición de más whisky. Estaba en una posición difícil. Por una parte, el capitán Spaulding gruñía si se gastaba dinero en una cosa de ese tipo, por otra parte le molestaba dejar escapar la primera posible clave de los movimientos de Wilkins. Algo le impulsó a seguir negociando. Un billete de una libra cambió de manos y el comandante Mortimer contó su historia.

—Estaba aquí, ese tipo, un poco hundido, podría decirse. Hablaba de su mujer, de que no se portaba bien con él, ese tipo de cosas. Algo dijo también de la otra cría, Sheila, parece que le había destrozado en cierto sentido. Entre las dos, el pobre chaval, estaba

que no daba pie con bola. Sólo hay un remedio para ese tipo de cosas. Me acuerdo de cuando estábamos en Poona en el veintisiete, había mucha inquietud entre los hombres, por diversos motivos. Sólo hay un remedio. Excursiones organizadas al distrito de las lucecitas rojas, tampoco nada voluntario, una expedición organizada, ¿comprende? Ordenes del alto mando. Bajaban allí a paso de marcha, entraban por números, después no ocasionaron ningún problema.

—No veo muy bien qué tiene eso que ver con Wilkins.

—Es el mismo problema, viejo. Necesitaba una mujer para que le tranquilizara. Se lo dije y le dije también dónde tenía que ir.

—Quiere decir…

—Hablo de una pequeña taberna en Kemp Town, un lugar llamado Diving Bell, las consigue de todo tipo allí. Se lo digo yo, viejo, y sé de qué estoy hablando.

Había algo terrible en la mirada maliciosa que el comandante Mortimer lanzó al señor Lambie.

Eran las diez menos cinco cuando el señor Lambie salió de la Toll Gate. Se preguntaba si había desperdiciado una libra. En todo caso era ya demasiado tarde, se dijo a sí mismo aliviado, para seguir la pista en Kemp Town aquella noche en lo que probablemente sería una búsqueda infructuosa. Anduvo hasta la casa donde se hospedaba, besó la fotografía de su mujer como hacía todas las noches y se metió en la cama.

11

El testigo más importante para la acusación, le dijo Magnus Newton a Charlie Hudnutt al comentar el caso, fue el científico Ritchie. Pero antes del importante señor Ritchie hubo otro testigo que carecía completamente de importancia. Su nombre era Fanum, se trataba de un hombre delgado y nervioso de unos sesenta años con unos quevedos asentados de forma inestable en su nariz. Había ido a visitar a un amigo en Hove, le dijo a Hayley, y había vuelto andando por el paseo. A las doce menos veinte había oído, procedente de la playa, una risa terrible. ¿A qué se parecía? No se parecía a nada que hubiera oído jamás, era como un aullido salvaje, como el de un lobo o el de un perro, que de un modo extraño sonaba también como una risa.

Parecía dispuesto a ampliar el tema, pero Hayley se las arregló para impedírselo. El señor Fanum había visto luego a un hombre subir por los escalones de piedra desde la playa. Tenía el rostro de una palidez espectral, y se tambaleaba como si estuviera enfermo o borracho. El hombre se había alejado en dirección al hotel de John Wilkins.

—¿Vio usted a ese hombre bajo el farol de la calle? —preguntó Hayley.

—Así es, señor.

—¿La luz era lo suficientemente clara?

—Completamente clara. El alumbrado allí es muy bueno.

—¿Posteriormente identificó usted al acusado como ese hombre que vio?

—Así es.

—¿Y no tiene usted dudas sobre la identificación?

El señor Fanum contestó con mucha firmeza:

—Ninguna, señor.

Resoplando un poquito, Magnus Newton se levantó para interrogar.

—Es usted un… ejem… arquitecto retirado, señor Fanum. Usted visitó a su amigo el señor… ejem… Royston, creo que dijo. Y explicó que dejó la casa del señor Royston a las once y media. ¿Cómo puede usted estar tan seguro de la hora?

El señor Fanum pareció ofendido.

—Miré el reloj. Mi reloj nunca marcha mal.

—¿*Nunca*, señor Fanum? ¿Nunca se ha adelantado o atrasado cinco minutos?

—No, en veinticinco años —replicó Fanum triunfante.

—Así que está usted completamente seguro de que eran las doce menos veinte exactamente cuando vio a ese hombre.

El señor Fanum movió ligeramente un dedo.

—No exactamente, señor. Debería dejar un margen, déjeme ver, de dos minutos arriba o abajo.

—Pero la hora en que usted le vio no pudo ser de ningún modo las once y media.

—No, desde luego que no.

Ante esta sugerencia el señor Fanum pareció escandalizado.

—Entonces oyó usted ese notable ruido. ¿Podría decir de nuevo cómo era?

El señor Fanum se apoyó impaciente en el borde del estrado.

—Era como la risa de una hiena cuando tiene la presa a su merced.

Hubo un débil murmullo en el tribunal, que pudo haber sido de risa.

—Se lo agradezco mucho —dijo Newton—. ¿Cuándo estuvo usted en África por última vez?

—En África —el señor Fanum soltó una breve risa que cortó tajante—. Nunca he salido de Inglaterra en toda mi vida.

—¿De veras?

Newton se balanceaba hacia delante y hacia atrás meditándolo.

—Entonces, ¿cómo sabe qué sonido emite una hiena cuando se abate sobre su presa?

—Yo…, bueno…

El señor Fanum se quitó sus quevedos y los frotó, sintiéndose perdido. Hayley se levantó para salvarle.

—Señoría, no veo la importancia de ese tipo de interrogatorio. El señor Fanum oyó un sonido que le llamó la atención procedente

de la playa. Sin duda, su naturaleza exacta carece de importancia… Estamos dispuestos a aceptar que no se puede establecer.

—No quiero parecer obstinado, señoría, pero creo que es importante —insistió Newton—. El señor Fanum oyó este ruido extraordinario y luego, un minuto o dos después, vio a un hombre al que ha identificado como el acusado, llegar de la playa. La conexión entre ambas cosas es, evidentemente, de interés.

El juez tosió.

—Sí, creo que sí. Continúe su interrogatorio.

—Bien, señor Fanum, tal vez podamos conseguir una idea más exacta de ese sonido. ¿Está usted seguro de que era una risa?

—Sí, eso creo —contestó el señor Fanum algo inseguro.

—No pudo ser de ningún modo, por ejemplo, una muchacha que pedía socorro?

—No, desde luego que no; nada de eso.

—Muy agradecido. ¿Fue una risa como ésta?

Newton emitió un jo-jo-jo de falsa fruición.

—¡Oh, no, nada parecido! Eso no me hubiera asustado.

—La risa le asustó, ¿verdad, señor Fanum?

—Me estremeció la sangre —dijo el señor Fanum con aire de triunfante originalidad, y se rió de nuevo.

Le está dando la vuelta como a un calcetín, pensó el señor Likeness, y lo hace muy bien, de modo que el viejo tonto se cree que lo borda y el jurado se da cuenta de que es sólo un viejo tonto.

—Suponiendo que no hubiera usted oído ese extraño ruido, ¿está usted completamente seguro de que se hubiera fijado en el personaje que venía de la playa?

—Oh, sí. Sin duda alguna.

—¿Por qué? —el señor Fanum le miró con los ojos muy abiertos —. ¿Por qué se hubiera fijado usted en él? ¿Qué era tan llamativo en su aspecto?

—Se tambaleaba un poco. Tenía la cara muy pálida. Murmuraba para sí mismo…

—Usted no mencionó esto antes —dijo Newton cortante.

—Yo… esto, no. Me acabo de acordar.

—¿Quiere usted decir que murmuraba palabras que usted pudo oír? ¿O vio solamente que sus labios se movían?

—No oí ninguna palabra.

El señor Fanum se ajustó los quevedos en la nariz, desafiante.

—Así que dice usted que tenía la cara pálida. ¿Sabe usted que la luz bajo la cual le vio era fluorescente y que bajo semejante luz todo el mundo, usted, yo y todos los que están en esta sala del tribunal, adquiriríamos la más desagradable palidez?

—Yo… bueno, no me fijé.

—De modo que esta persona, bajo dicha lámpara, no pudo parecer más pálida que usted mismo.

Newton se balanceaba de nuevo sobre sus talones.

—¿Qué traje llevaba? —añadió.

—Llevaba una chaqueta de sport y pantalones.

—¿De qué color?

El señor Fanum extendió las manos nervioso.

—No podría decirlo exactamente.

—¡Ah! ¿Estaban manchados de sangre?

—No podría decirlo. La luz no era lo bastante buena…

—La luz no era lo bastante buena. Pero sí lo era como para que usted reconociera al acusado, un hombre al que no había visto nunca antes. ¿A qué distancia estaba usted de él?

—A unos dos o tres metros.

—¿Y durante cuánto rato vio usted su cara? ¿Diría usted, ya que es tan exacto en materia de tiempo, señor Fanum, diría usted cinco segundos?

—Bueno, no lo sé.

—En todo caso, no fue más del tiempo que le llevó pasar por su lado. En ese tiempo usted lo identificó.

Newton inclinó la cabeza hacia delante.

—¿Vio usted, señor Fanum, fotografías del acusado en los periódicos antes de hacer su identificación?

—Puede ser, no lo sé seguro.

El señor Fanum parecía a punto de llorar.

—Señor Fanum, yo sugiero que usted estaba paseando y oyó esa risa tan amedrentadora y luego vio usted a alguien que llegaba de la playa. Si no hubiera usted oído esa risa, no se hubiera fijado en él. ¿No es así?

El interrogado le miró con atónita incomprensión.

—Era la risa de un asesino. La risa tenía .

—La risa tenía —Newton repitió la frase saboreando su falta de

significado, asegurándose de que el jurado se daba cuenta de ello—. Así que naturalmente la siguiente persona que usted vio tenía que ser un asesino. Y John Wilkins, que por azar llevaba una chaqueta de sport y pantalones como otros miles de personas en Brighton…, ¿no está usted de acuerdo ahora en que no puede jurar que era él?

—Yo sigo creyendo que le vi.

El señor Fanum empujó sus desequilibrados quevedos en la nariz y miró al acusado.

—Y yo le digo esto: aquella risa tenía .

¿Por qué?, se preguntaba Hayley mientras se levantaba para interrogar al testigo, con poca esperanza de poder anular la inefable impresión de estupidez producida por el señor .Fanum, ¿por qué los testigos que tienen una historia perfectamente clara que contar son tan imbéciles?

12

—Su joven lo hizo muy bien esta tarde —dijo Robin Pinkney.

—Espero que sí.

El señor Likeness, con aquella breve sonrisa perpetua en su cara amarilla y arrugada, observó cuidadosamente su taco de billar sobre la única bala roja que quedaba en la mesa y le dio un golpe cortante que la condujo al agujero superior.

—Desde luego hizo que Fanum pareciera un perfecto imbécil. ¿No estuvo bien hecho? Creo que sí.

Pinkney le miró con curiosidad:

—No es muy propio de usted tener dudas.

La amarilla era una bola fácil. El señor Likeness la hizo girar maravillosamente para conseguir una posición perfecta sobre el fieltro verde.

—Tiene usted razón, Rob. Todo va muy bien y Newton es muy bueno. Sin embargo,, tengo una sensación…

—¿Qué clase de sensación?

—No lo sé.

Jugó con un golpe delicado que colocó la bola guía exactamente detrás de la rosa, una jugada difícil.

—El hecho es que es un joven incómodo, ese Wilkins, para tenerlo cerca de uno.

Magnus Newton también se sentía levemente incómodo e intentaba explicarle algo de lo que sentía a Charlie Hudnutt. Ese joven vivo y cínico, sin embargo, insistía en considerar la expresión de duda de su jefe como falsa modestia tras su éxito de la tarde. Después de la cena, Newton le dejó y llamó a su esposa a su casa, que estaba en Hampton Court. Se enteró de que su única hija, Viola, de diez años, que tenía unas paperas muy fuertes, no estaba mejor. Newton adoraba a la niña y se preguntó si la preocupación por su

estado era la causa de su propia inquietud.

Con harta sorpresa para sí mismo, se encontró, a su regreso al salón del hotel, buscando la compañía del doctor Andreadis. Habían dicho al doctor que, a menos que se produjera un movimiento imprevisto por parte de la acusación, no le llamarían como testigo. A pesar de ello él había aparecido aquella tarde. Era un personaje guapo y de buen aspecto, pensó Newton, que era aficionado tanto al teatro como al cine, bastante menos parecido a un doctor que a Antón Walbrook representando el papel de doctor en alguna película de Hollywood. Ahora, Andreadis le saludaba con una sonrisa grave pero brillante. Newton se dejó caer en una butaca a su lado.

—Hizo muy bien en venir, doctor. ¿Se quedará durante todo el juicio?

—Creo que sí. El caso me interesa. Ese joven… Hay algo interesante en su personalidad.

El doctor movió una mano con elegancia.

—No sé exactamente cómo expresarlo. Es casi como una especie de víctima predestinada. Quiero decir que, matara o no a la chica, él es el tipo de hombre que se convierte en víctima propiciatoria de un asesinato semejante.

En general Newton hubiera rechazado semejante charla como una tontería; sin embargo, aquella determinada noche, algo le hizo sensible a ella, porque se limitó a asentir con la cabeza pensativo.

—Fíjese en la declaración que me hizo a mí. Es un intento de decir la verdad, de eso estoy convencido. Y, sin embargo, si usted le hace subir al estrado…

—Si es que le hacemos subir…

—Entonces ya está decidido. Cuando le hagan subir al estrado, dirá de nuevo la verdad, según sus luces. Y usted dice que eso será fatal para él.

Newton empezó a pasearse de un lado a otro como si estuviera en su habitación, y se dio cuenta de que la gente le estaba mirando.

—Maldita sea —exclamó—, no podemos hablar aquí. Suba, por favor, a mi habitación si tiene cinco minutos.

En la impersonal habitación del hotel, Newton se sirvió un whisky y Andreadis un vaso de agua tónica.

—Le debo una excusa. La última vez que nos vimos estuve muy

tajante sobre las reglas del método M'Naghten y demás. Lo siento.

—No importa.

—No sé por qué me siento así en este caso. Todo fue bien hoy, ¿no opina usted igual?

—Admiré su pericia.

—Y con todo, tengo una sensación… no sé.

Newton se movía como embistiendo por la habitación, como un buey de rostro enrojecido.

—Mi hija está enferma de paperas —explicó—, con la cara hinchada como un globo; es muy doloroso. ¿Cree que es eso lo que me preocupa?

—Es posible —Andreadis se apoyó en el asiento y se relajó—. No, no creo que sea eso lo que le preocupa.

—Yo tampoco. Mire, doctor, ese hombre ha hablado con usted como no hablará conmigo. ¿Qué opina usted de él?

—Ya le he dicho que padece un sentimiento de inferioridad. Esto es el fundamento de sus acciones.

—Sí, sí. Pero hay algo que no es coherente, doctor. ¿Entiende lo que quiero decir?

Meciendo ligeramente una pierna por encima de la otra, Andreadis contestó:

—Tal vez. Pero no quiero adivinarlo. Tiene que decírmelo usted mismo.

—Wilkins se equivocó de mujer, mató a la que no era. ¿Me comprende? Si iba a matar a alguien, no creo que fuera a Sheila Morton. La quería. Pero esa bruja de mujer que tenía, bueno, no puede haber ninguna duda de que él la odiaba y ella a él. ¿Sabe usted por qué quiso Wilkins que le defendiera? Porque defendí a ese negro McKenna que mató a su mujer. Sí, ese es mi problema o uno de mis problemas. Fanum dice que vio a Wilkins a las doce menos veinte. El consejero del hotel le vio regresar a las doce menos diez. Pero May Wilkins dice que estaba de regreso en el dormitorio del hotel a las doce menos veinticinco. Si el jurado acepta eso, la declaración de Fanum queda del todo anulada.

—Entonces no veo el problema.

—Yo realmente no quiero llamarla a declarar. Por ello hice todo lo que pude para desacreditar a Fanum hoy, hacer que pareciera tan tonto como fuera posible. ¿Lo conseguí? No lo sé.

—¿Por qué no quiere que declare?

—No sé qué podría decir cuando Hayley la haga subir al estrado. Se lo dije, creo que se odian mutuamente. ¿Cree usted realmente que no se acuerda de lo que hizo aquella noche?

—Oh, sí. Es un creador de fantasías ese joven. No es capaz de un engaño consciente.

—Tiene que recordar. Ese asunto de la amnesia no sirve ante un jurado. Está usted de acuerdo con lo que digo, ¿verdad. Mató a la mujer que no era.

Andreadis miró a Newton por un momento como si fuera a decir algo; luego, comedidamente, replicó:

—Es una teoría interesante, pero psicológicamente no hay seguridad en esas cuestiones.

—La psicología no sirve para nada en lo que respecta a los juicios por asesinato. Mire, ¿querría usted ir a verle de nuevo y hacerle hablar? Me sentiría mucho mejor si lo hiciera.

Andreadis asintió.

—Pero de todos modos no parece que esté usted muy contento.

—No. Maldita sea —masculló Newton irritado—. Quisiera que mi hija mejorara.

13

Era la hora de comer del día siguiente cuando el señor Lambie entró en el Diving Bell. El interior de la taberna estaba iluminado, pero muy destartalado. Los rojos taburetes de la barra estaban gastados y en las mesitas había manchas de cerveza.

Había esperado poder tomar allí una comida caliente, pero se avino a tomar pastel de cerdo, una descolorida ensalada y un vaso grande de cerveza amarga.

Se instaló con dificultad en uno de los taburetes y dijo a la rubicunda camarera:

—No tiene mucho trabajo hoy.

—Es demasiado pronto.

Ella limpiaba un vaso y le miraba pensativa. Tímidamente él la invitó a una copa, y casi antes de que las palabras le salieran de la boca, ella se había servido ya ginebra, añadido agua y tomado un sorbo.

—Gracias. Buena suerte. Un penique un nueve.

El señor Lambie, vacilando, empujó sobre el mostrador una brillante moneda de dos chelines y medio.

—Me preguntaba si…

—Mi día libre es el miércoles, pero casi todas las tardes tengo un rato libre.

Era un día caluroso pero él temblaba ligeramente.

—En realidad quisiera saber si un amigo mío ha estado aquí hace poco.

Sacó una fotografía de John Wilkins y ella la miró con el ceño fruncido, concentrada.

—No puedo decir que lo recuerde, pero me parece algo familiar. Preguntaré al señor Harrison, es el encargado. Está arriba.

—No lo haga —dijo precipitadamente el señor Lambie.

La experiencia le había enseñado que es mucho más fácil conseguir información de los subordinados.

—La verdad es que mi amigo conoció a una chica aquí hace unas semanas y se dejó cierto artículo, por accidente podríamos decir. ¿Está claro?

—Como el agua turbia —dijo ella alegremente.

Sirvió cerveza a dos clientes y volvió a su lado.

El propósito del señor Lambie no era dejarlo del todo claro.

—Este artículo tenía un… podría decirse, valor sentimental. Era una pitillera que le había regalado su empresa y tiene muchos deseos de recuperarla.

Se metió un trozo de pastel en la boca.

—Ahora bien, el hecho es que echó una cana al aire aquella noche y, honradamente, no recuerda gran cosa de la dama en cuestión.

—Hombres —dijo la camarera—. ¿Por qué no viene él mismo? No puede enfrentarse a ello, imagino.

—Está en el norte en este momento. Pero el caso es que su esposa ha estado preguntando por la pitillera.

El señor Lambie se rió entre dientes, sacó la cartera y de ella un billete de diez chelines que sostuvo entre el índice y el pulgar.

—Me pregunto si podría decirme usted el nombre de la dama.

—Pudo haber sido una entre media docena. ¿No le dijo nada de ella, alta o baja, morena o rubia? No sabe usted mucho, ¿verdad? Sin duda no sirve usted para gran cosa.

El señor Lambie se acabó la cerveza simulando confusión.

—Ustedes, los tranquilos, son siempre los peores. Esto va estrictamente contra las normas, sabe usted, este tipo de cosas. Si el administrador me atrapara no sé qué diría.

Se inclinó hacia adelante y cogió el billete con los dedos.

—¿Tiene éste un hermano? Conseguirá lo que vino a buscar, no se preocupe. ¿Tiene un pedazo de papel?

Lambie arrancó un trozo de papel de su cuaderno de investigaciones y ella se puso a escribir.

—Aquí tiene tres amigas mías, dos rubias y una morena. Cuidado, se trata de auténticas señoras.

—¿Y vienen aquí por la noche? —preguntó él con un poco de impaciencia en su voz.

—La mayoría de las noches, sí. ¿Qué es lo que busca? Me gustaría saberlo. Aunque imagino que no debo meter las narices

donde no me llaman. ¿Tiene un hermano o no?

Vacilante, y con el sentimiento de que debía haber medios más baratos y mejores de conseguir su objetivo, el señor Lambie le tendió otro billete de diez chelines.

Pasó una tarde espantosa visitando a la señorita Millie Tyre, la señorita Olivia Lawrence y señorita Betty Prenton. La señorita Tyre se llamaba a sí misma masajista y contaba los cuarenta. La fotografía no le dijo nada, pero se ofreció a dar al señor Lambie un masaje por todo el cuerpo, estimulante y vigorizante, por dos guineas. La señorita Olivia Lawrence se dio a sí misma el título de modelo y le recibió en una habitación que tenía una máquina fotográfica y un telón. Reconoció la fotografía inmediatamente como de John Wilkins, juzgado por asesinato, y le preguntó si era un poli.

—Soy un investigador privado —dijo orgullosamente el señor Lambie—. Hay motivos para creer que este joven estuvo en el Diving Bell la noche en que se cometió el crimen.

—Usted es un poli. Lárguese.

—No le va a perjudicar decir si le vio. No pido nada más que eso.

—Todo lo relacionado con polis me perjudica. Los odio.

Se metió dos dedos en la boca y silbó. Un hombre casi tan insignificante como el señor Lambie apareció en el pasillo. Había una diferencia entre ellos: ese hombre llevaba un cuchillo.

—Poli —dijo la señorita Lawrence—. Dice que es privado. Quiere saber algo sobre la chica asesinada en la playa de Brighton.

El hombre sacudió el pulgar:

—Largo.

Dice algo de la .tenacidad, que era la única, pero considerable virtud del señor Lambie como investigador, el hecho de que cuando hubo tomado otra taza de té y comido otro bollo telefoneó a la señorita Betty Prenton.

La señorita Prenton vivía en el segundo piso de un pequeño bloque de viviendas y aparentemente no se calificaba a sí misma de modelo ni de masajista. Le recibió en bata y fumando un cigarrillo con una larga boquilla. En la habitación donde le hizo entrar había

una cama, una estufa de gas encendida a tope, lo que calentaba excesivamente la habitación, y una serie de fotografías. Las cortinas estaban echadas.

Sus gestos eran vivos, de mujer de negocios, y en cierto modo ascéticos.

—Mi tarifa son tres libras. Póngalas en la repisa de la chimenea, por favor, y quítese la ropa.

—No, no.

El señor Lambie agarró su chaqueta como si le aportara cierta protección.

—No estoy aquí por… por eso. Sólo quiero un poco de información.

—No sea tímido. Ponga el dinero en la repisa y venga.

La señorita Prenton empezó a quitarse la bata, dejando ver que no llevaba nada debajo.

—Por favor —dijo el señor Lambie.

Cerró los ojos y los abrió de nuevo ante la inesperada y sonora carcajada.

—Si pudiera verse la cara. No se preocupe, hombrecito, sólo dése la vuelta. Me vestiré.

Cuando se volvió de nuevo vio que se había puesto una blusa, una chaqueta gris y una falda. Ella le miraba con ojos de compasión y ligeramente divertida.

—Desde luego, una los conoce de todas clases. ¿Qué quiere usted?

El señor Lambie sólo tenía un modo de abordar el tema. Sacó la fotografía del bolsillo. Cuando la vio, ella lanzó una aguda exclamación.

—¿Conoce a ese hombre? —preguntó él.

—Conozco esta foto. Es el tipo que están juzgando ahora en Lewes por cargarse a una chica. ¿Por qué me la enseña?

—Estoy intentando averiguar sus movimientos durante la noche del crimen. Creo que estuvo en el Diving Bell.

—Lo cree usted, ¿verdad?

Sacó el pitillo de la boquilla, se levantó y le miró. Era una mujer fuerte, con el cabello color platino y una cara dura e inteligente.

—¿Y a mí qué me importa?

—Si lo conoció allí —dijo el señor Lambie balbuceando—, si

sabe algo de él…, si estuvo en su casa…, puede que haya una recompensa para usted.

—¿Qué tipo de recompensa? ¿Uno de cinco?

Con el corazón encogido —¿qué diría el capitán Spaulding de eso?— contestó:

—Puede que llegue a eso.

—¿Y a mí de qué me sirve?

Se puso a caminar por la habitación. Retiró las cortinas.

—Aquí gano treinta libras a la semana, la mayoría de las semanas. Y me gusta lo que hago, ¿me entiende? Saco treinta a la semana por hacer lo que me gusta, lo que podría hacer gratis en cualquier caso. ¿Y usted me ofrece uno de cinco?

—Pero no puede gustarle —el señor Lambie estaba escandalizado—. Quiero decir en un aspecto, bueno, usted está marginada de la sociedad, no le puede gustar esto.

—…sociedad —dijo ella, e hizo chasquear los dedos—. ¿Cree usted que yo quiero hablar con las brujas imbéciles que no tienen otra idea en la cabeza más que el matrimonio, los niños y el cuidado de la casa? ¿No fue Bernard Shaw quien dijo que el matrimonio era prostitución permitida y sin pago?

El señor Lambie movió la cabeza débilmente para indicar que no lo sabía.

—Para mí el sexo es una carrera como cualquier otra, y si una puede mantenerse alejada de pandillas y chulos es buena. Ahora tengo treinta y tres años. Cuando tenga cuarenta me retiraré. Habré hecho mi fortuna. ¿Y cuántas mujeres, e incluso hombres, pueden decir lo mismo a la edad de cuarenta? Tomemos una taza de café, ¿quiere?

El señor Lambie miraba sus anchas espaldas.

—¿Y cuando se retire no le costará… asentarse?

—Es una cuestión interesante. Ahora son años buenos. Después de los cuarenta tendré que encontrar algo en qué ocupar el tiempo. Aprender a bordar, comprar un pequeño negocio, algo así. Una cosa no haré, sin embargo: casarme. Si me pregunta por qué, casarse va contra la naturaleza. Estar con el mismo hombre toda la vida es, simplemente, falta de sentido común. ¿Quiere azúcar?

—Dos terrones, por favor. Y sobre John Wilkins —dijo el señor Lambie mientras sorbía el café como todo un caballero.

—Al diablo John Wilkins. ¿Por qué se interesa por él?

Estaba sentada con sus bien formadas piernas sobresaliendo delante de ella, contemplándolas fijamente mientras él le contaba el porqué.

—La vida está muy mal organizada. ¿Por qué tendría que preocuparme yo del señor Wilkins?

—¿Le vio usted aquella noche? ¿Estuvo allí?

No pudo evitar que cierta impaciencia se colara en su voz.

—Sí. Me lo llevé del Diving Bell. Me dio pena. Es un error sentir pena por la gente. ¿A dónde le conduce a uno?

—¿Y se quedó aquí… cuánto tiempo?

—Se fue inmediatamente después de las once. Tenía que venir un cliente. Quería un hombro donde apoyarse, eso era todo, y yo le di el mío. No pasó nada más, nada más de lo que sucedió con usted, hombrecito. Nunca más, sin embargo, nunca más.

—¿Se cortó aquí el pulgar?

Ella estalló en una carcajada.

—Le di judías guisadas y una tostada. Como un caballero abrió la lata y al hacerlo se cortó el dedo.

—¿Se manchó de sangre la chaqueta?

—Oh, rayos, no puedo recordarlo —dijo fatigada—. Creo que sí, pero, simplemente, no lo puedo recordar.

—Es importante.

—No tiene que decírmelo. Leí los reportajes de los periódicos. Simplemente, no lo puedo recordar, eso es todo.

El señor Lambie sintió que se apoderaba de él lentamente la indignación; era una indignación oscuramente conectada con las extrañas cosas que la mujer había estado diciendo.

—Es su deber ir a declarar.

Ella no dijo nada.

—¿Quiere usted ver a un hombre inocente metido en la cárcel para el resto de su vida?

La mujer se volvió hacia él con vehemencia:

—¿Cómo sabe usted que es inocente? Tuvo tiempo de cargársela después de dejarme. ¿Y yo qué? Ha sido lo suficientemente tonto como para casarse con una mujer que odia y después para ir suspirando tras una pequeña loca imbécil que era solamente una… en el fondo.

Utilizó una frase que hizo tambalearse al señor Lambie.

—Oh, me lo contó todo sobre ellas mientras lloraba echado en la cama. ¿Pero qué me pasará a mí si voy a declarar? Primero, nadie me creerá. Segundo, la Policía me adorará, ¿verdad?, por intentar meter baza en el caso. Les encanta un tipo de cosa así partiendo de alguien como yo. Tercero, sería el fin de mi negocio. ¿Cree que la gente respetable viene a ver a alguien que se ha visto mezclada en un caso de asesinato?

El señor Lambie se levantó y la miró de cara. No titubeaba, aunque se sentía trepidar como si estuviera en una jaula con una leona.

—Es su deber.

Ella miró el reloj de pulsera.

—Tiene usted que marcharse. Va a venir un cliente. Y si es de algún interés para usted, por una vez no estoy de humor para ello.

—Lo siento. Vendrá usted conmigo mañana por la mañana.

—¿Qué haré qué?

Era como si la leona hubiera puesto una garra entre los barrotes de la jaula.

—A ver al abogado defensor.

—Quiere decir que usted espera que yo…

Las garras casi le tocaban. El señor Lambie no vaciló.

—Sí. Es su deber.

—¡Maldita sea! Tiene usted valor. Casi le admiro. Ahora, largo.

—¿Vendrá usted conmigo mañana?

—¿Cómo diablos lo voy a saber? —le gritó ella de repente—. Le dije que va a venir alguien. ¿Quiere que esté hecha un trapo de modo que no sepa lo que me hago? Llámeme.

—La llamaré esta noche más tarde.

—Esta noche no, mañana por la mañana. Usted quiere arruinarme, puede dejarme la noche para pensarlo. Mañana por la mañana.

—A las diez.

—Tenga corazón. Recuerde que algunas de nosotras trabajamos por la noche. A las once.

El recogió su sombrero e impermeable y ya estaba junto a la puerta cuando ella le preguntó:

—Oiga, ¿cómo se llama?

El se lo dijo. Ella extendió una mano y le tocó la cara. El sintió que las zarpas estaban a punto de arañarle la mejilla, pero la mujer le dio sólo un golpecito y se dio la vuelta.

—Lambie, es un bonito nombre. Me gusta usted, pequeño Lambie.

¿A qué conducía todo aquello?, se preguntaba luego el señor Lambie cuando escribía el informe en su habitación de la casa de huéspedes. Nb podía estar seguro. Aquella noche miró la fotografía de su mujer unos segundos antes de besarla. También dijo una oración antes de meterse en la cama.

14

—Si también puedo cargarme al conserje, —dijo Magnus Newton a Charlie Hudnutt—, tal vez no necesitemos llamar a declarar a la esposa. Pero Charlie Hudnutt no estuvo de acuerdo con él; pensó que sus temores respecto a May Wilkins eran exagerados. Después de todo, dijo bastante razonablemente, si hubiera querido hundir a su esposo en el barro nunca hubiera dicho nada sobre la hora en que regresó. Newton puede decir lo que quiera respecto a desacreditar a Fanum, pero uno nunca puede estar seguro de cuánta gente del jurado acepta y rechaza el interrogatorio de un testigo. Si llamaran a May eso supondría por lo menos la puntilla para Fanum. Por supuesto, eso no quería decir que Wilkins se viera librado o algo parecido, ¿pero no era estúpido ignorar un testigo que podría por lo menos establecer la duda en tornó a la declaración de Fanum y del conserje? Pero, por supuesto, añadió Charlie Hudnutt precipitadamente, sintiendo que su propia exuberancia le había llevado un poco lejos, por supuesto eso dependía de Newton. Magnus Newton gruñó y dijo que era consciente de eso.

El conserje era un hombre cuadrado, sólido, de unos sesenta años, llamado Shaddock, y su historia era muy sencilla. Había estado de servicio en el vestíbulo cuando Wilkins entró, tambaleándose y evidentemente borracho. A Shaddock le preocupó si Wilkins daría en el botón adecuado del ascensor automático y le preguntó si quería que le acompañara. Wilkins dijo que se las podía arreglar solo. Shaddock había mirado entonces el reloj y comprobó que eran las doce menos diez.

Parecía haber muy pocas posibilidades de provocar la duda sobre lo que él contó o lograr resquebrajarlo, pero Newton poseía un arma, una información útil proporcionada por el señor Likeness, que había llegado al extremo de ir al hotel Prince Regent en persona. El interrogatorio empezó tranquilamente.

—Estaba usted de servicio aquel lunes y se encontraba

sentado… veamos, ¿exactamente dónde estaba sentado en el vestíbulo?

—En mi cubículo, señor. Está a mano izquierda según se entra.

El pesado rostro de Shaddock, animado por un bigote, sin duda había sido diseñado para ocultar cualquier emoción.

—Girando hacia la izquierda, sí. Entonces Wilkins entró y usted pensó que estaba borracho. ¿Por qué?

—Se bamboleaba, señor, y tenía los ojos como de cristal.

—Pero llegó a su habitación sin más problema.

—Así es, señor. Por supuesto, sólo tenía que darle al botón adecuado.

—Exactamente. Veamos, ¿se movió usted de la garita durante este tiempo?

—No, señor, no me moví.

—Usted vio el reloj y se fijó en la hora.

—Así es, señor.

—Pero el reloj está entrando a la derecha. No se puede ver desde las puertas del vestíbulo. ¿Cómo pudo usted verlo?

Shaddock meditó mordisqueándose el bigote.

—Tengo un espejo delante. El reloj se refleja en él.

—Así que lo que usted vio era simplemente el reflejo del reloj, con las manecillas en lugar opuesto.

—Así es, señor.

—¿Y qué hora indicaban?

Shaddock volvió a meditar y luego contestó imperturbable:

—¿Por qué, señor? Se podría decir que indicaba las doce y diez; esto es lo que le parecería a cualquiera que no sepa esto. Pero yo sabía que eran menos diez, ¿comprende?

—Señor Shaddock —dijo Newton con suavidad—. ¿No piensa usted que esto es una forma muy dudosa de ver la hora? Mirar un reloj que indica lo opuesto… ¿cree usted que es realmente satisfactorio?

Shaddock consideró el hecho.

—Sí, señor —dijo al fin—, teniendo en cuenta que llevo haciéndolo tanto tiempo.

—Suponiendo que otro testigo dijera que Wilkins había llegado al hotel a las doce menos veinticinco, ¿qué diría usted entonces…, recordando que no vio usted el reloj, sino simplemente su imagen

en el espejo?

Este fue el período de reflexión más largo de Shaddock. Al final afirmó:

—Diría que estaba equivocado.

Por mucho que lo intentara, y le cercó e hizo tres o cuatro tentativas diferentes, Newton no pudo ir más allá. Shaddock insistió en que el reloj iba a la hora exacta, lo que cada día se comprobaba con la radio, y que había mirado la imagen del espejo con tanta frecuencia que no había posibilidad de que se equivocase. Al final del interrogatorio Newton había decidido (o casi decidido) que tenía que llamar a May Wilkins como testigo.

15

La declaración de Ritchie, es decir, de Kenneth George Norman Ritchie, jefe del Laboratorio de Ciencia Forense del Sudeste, en Maidstone, fue considerada, tanto por la acusación como por la defensa, como el hecho concreto más importante del caso. Si el jurado tomaba el testimonio de Ritchie al pie de la letra era casi seguro que la sentencia sería de culpabilidad. Si Newton lograba provocar la duda al respecto, supondría un gran golpe en favor del acusado. Uno de los problemas con los que se enfrentaba la acusación era, como siempre acontece cuando se involucra el testimonio de un experto científico, hacer que las declaraciones de Ritchie sobre la sangre que había en la ropa de John Wilkins fueran inteligibles para el jurado.

Encontraron dos manchas oscuras en la manga izquierda de la chaqueta de Wilkins y otras dos en la pernera izquierda de los pantalones. Estas eran visibles y se había comprobado que eran de sangre con los tests habituales. Pero en los laboratorios, Ritchie había realizado otra prueba, conocida con el nombre de test de la bencidina, en la ropa de Wilkins, y ésta había revelado la presencia de minúsculos restos de sangre en otros lugares de la chaqueta, ambas perneras de los pantalones y en los zapatos. Con naturalidad, Hayley fue guiando a Ritchie a lo largo de su declaración preliminar. Por supuesto, no es que ese astuto muchacho necesitara que le guiaran. Ritchie era un chico alto con cabello rubio bastante largo que a veces le caía por la frente, una nariz agresiva y unos gestos de gran confianza en sí mismo. Sí, convino, había dos manchas oscuras en la chaqueta y dos en los pantalones que respondieron a las pruebas habituales.

—Usted puede afirmar con toda seguridad que son manchas de sangre.

—Con toda seguridad, desde luego.

—¿Y que son recientes?

—Se habían hecho hacía poco cuando las examinaron.

—Se ha sugerido que las manchas procedían del pulgar del propio acusado; se lo había cortado. ¿Cree usted que eso es posible?

—Desde luego eran de su grupo sanguíneo. De todos modos, después de mirar el corte, tan pequeño en proporción, y conocer la naturaleza y posición de las manchas, diría que es muy poco probable.

Sacaron de sendos paquetes envueltos en papel marrón, donde se guardan tradicionalmente las pruebas importantes, la chaqueta y los pantalones y se los mostraron al jurado para que vieran por sí mismos las manchas que podían ayudar a retener a un hombre en la cárcel durante años.

—Luego usted hizo que se examinaran las ropas para ver si había otras manchas de sangre por medio del test de la bencidina. ¿Quiere usted explicar en qué consiste dicha prueba?

Ritchie echó hacia atrás su mechón de cabello y miró primero al juez, un enanito de escarlata; luego al jurado, que estoicamente esperaba recibir luz para su oscuridad, y finalmente al paisano Hayley, que esperaba ansioso su representación. Este era el momento Ritchie y dio toda clase de pruebas de estarlo gozando.

—El test de la bencidina es una sencilla y efectiva prueba de color que indica la presencia de sangre. Tomamos una parte del material que hay que investigar, oprimimos contra él un papel de filtro humedecido previamente con agua y añadimos unas gotas del reactivo bencidina. La presencia de sangre viene indicada por la inmediata aparición de un color azul que irradia en el papel de filtro.

—Gracias —dijo Hayley.

Se preguntaba si el jurado había entendido las explicaciones, al observar sus rostros inquietos. Pero, por otra parte, ¿era deseable que lo hubieran comprendido del todo?

—¿Y cuando realizó esta prueba qué resultados consiguió?

—Obtuve muchos resultados positivos en la parte delantera de la chaqueta, en varios sitios de la parte baja de delante de los pantalones y en la superficie de los zapatos.

—Es decir, en áreas muy extensas de dichas prendas. Y las reacciones positivas quieren decir, según usted, reacciones de sangre…, ¿que indican la presencia de sangre?

—Sí.

—¿Estaban estas huellas donde usted esperaría encontrarlas en el caso de un crimen cometido al aire libre?

Ritchie tenía una larga barbilla que invitaba a darle un golpecito, y ahora él lo hizo.

—Al aire libre, sí. O en todo caso donde había algo que salpicaba sangre y se esparcía por la atmósfera.

Hayley saltó con facilidad el obstáculo más difícil.

—Esas partículas, no estoy hablando ahora de las cuatro claras manchas de sangre, ¿son visibles a simple vista?

—Sí.

—Usted, sin embargo, puede identificarlas sin ninguna duda con el test de la bencidina?

—Sin ninguna duda —contestó Ritchie, que irradiaba seguridad.

Observando al jurado con los ojos semientornados, Magnus Newton pensó que sus miembros estaban impresionados, incluso profundamente. Esta es una época de especialistas y es difícil que un hombre corriente no se impresione por su certeza, su aspecto de absoluta omnisciencia en su campo. El testimonio de Ritchie era perjudicial debido a la impresión que daba de que la ropa de Wilkins estaba, en realidad, cubierta de sangre, chaqueta, pantalones y zapatos; una ducha invisible de sangre cuajada. Este es el poder sugestivo del experto.

Sin embargo, este poder va acompañado de una extraña falibilidad. Al hombre corriente le domina el experto, desde luego. Obedece el poder persuasivo del propagandista en sus hábitos de comida, bebida e incluso en sus costumbres sanitarias y sexuales, en la ropa que viste, las diversiones que frecuenta, su actitud respecto a sus compañeros humanos y hasta con Dios. Pero en el fondo de la obediencia hay un deseo de rebelión. Hay pocas cosas que el hombre corriente —representado aquí por aquellos once hombres y mujeres tan normales del jurado— desee tanto como ver al experto profundamente derrotado. Las reglas que gobiernan la conducta de un abogado moderno en relación con los testigos no sirven con los expertos. Cuando un experto está en el estrado puede ser tan despiadado y destructivo como quiera. El jurado está de su parte,

aplaude su derrota ocasional del mismo modo que están encantados si un hombre con sombrero de copa resbala con una piel de plátano. Cuando Newton se levantó para realizar el interrogatorio sabía que había llegado a uno de los puntos clave del caso.

—Señor Ritchie, usted es un experto científico acreditado, ¿no es así?

—La descripción es suya, señor. Yo soy un científico.

—Y usted ha llevado a cabo el test de la bencidina, digamos, unas cinco mil veces, y lo considera usted una prueba exacta en cuanto a la sangre.

—Así es.

—La sangre produce… —Newton, hombre corriente, buscaba las palabras exactas— una reacción positiva, ¿es así?

—Correcto.

—Pero hay también otras sustancias que producen una reacción positiva con el test de la bencidina, ¿verdad? El esputo es una de ellas.

—Una reacción, sí, pero no como la de la sangre.

—El pus produce una reacción positiva. El jugo de algunas plantas produce una reacción positiva. Algunos metales producen una reacción positiva. ¿Está de acuerdo?

—Sí, pero no tan rápida como la de la sangre.

Newton metió los pulgares en los ojales, echó la cabeza hacia atrás, sacó el pecho y emitió una breve carcajada como un ladrido.

—La orina produce una reacción positiva, ¿lo sabía? Y también cierto número de bacterias. Incluso la leche produce una reacción positiva. Esas manchas, esas mortales manchas invisibles a simple vista, que usted ha descubierto… podrían ser gotas de leche.

—No, señor —Ritchie era educado, pero firme—. Todas esas sustancias pueden producir una reacción positiva, pero un experto de laboratorio puede distinguirla de la reacción que causa la sangre.

Newton observó al jurado. Estaban con él, se dio cuenta, y querían que ganara.

—¿En qué se diferencian?

—Su reacción es menos rápida que la de la sangre.

Una pregunta incorrecta. ¿Cuál era la diferencia de tiempo exacta? Newton, que tenía información de segunda mano, no lo sabía. Balanceándose de atrás adelante, decidió avanzar su segunda

línea de ataque.

—Señor Ritchie, hemos estado hablando de reacciones positivas, pero es algo que puede confundir bastante, ¿no cree usted? Quiero decir, el test de la bencidina es en realidad un test negativo. ¿Está de acuerdo?

—Generalmente se le considera así, pero yo he descubierto que da resultados muy positivos.

—Señor Newton —intervino el juez, como Newton sabía que debía hacer—, esto empieza a escapar a mi comprensión y tal vez también a la del jurado. ¿Puede explicar usted con sencillez qué entiende por un test negativo?

—Lo intentaré, señoría —contestó Newton; dobló los brazos y enunció lenta y claramente—Quiero decir que todos los libros de texto autorizados coinciden en que la bencidina tiene valor en sentido negativo. Las manchas que no producen reacción se puede considerar que no son de sangre, pero no hay una sola autoridad médica… —Newton golpeó ligeramente un montón de libros que tenía debajo de la mano— que aceptara una reacción positiva con el test de la bencidina como prueba de sangre.

El juez meditó un momento.

—¿Qué tiene usted que decir a eso, señor Ritchie?

Ritchie sonrió, tal vez un poco demasiado confiado:

—No me quiero ver envuelto en una querella con los libros de texto, señoría. Pero mi experiencia, que ha sido muy amplia, me dice que siempre es posible reconocer una reacción positiva de sangre con el test de la bencidina.

El juez Morland dudó, miró al jurado y luego hizo un gesto con la cabeza. Newton abrió el primero de los libros que estaba sobre la mesa.

—Me temo que tendremos que referirnos a los libros de texto. ¿Conoce usted la *Jurisprudencia médica* de Taylor?

—Por supuesto.

—Se considera como la obra básica en este terreno, ¿no es así?

—Sin duda alguna es una obra modelo.

—Aquí está lo que Taylor dice: «El valor de la prueba se apoya en el hecho de que si ésta es negativa, la mancha no es debida a sangre. Si la prueba es positiva, el área manchada se señala para someterla a otras pruebas que demuestren definitivamente la

presencia de hemoglobina.» ¿Está usted de acuerdo con esto?

—En sí mismo, sí. Esto son consideraciones generales, comprende. Yo le ofrezco el resultado directo de una investigación de laboratorio.

—¿Qué supera a Taylor? —preguntó Newton con mucha amabilidad—. Muy bien, pasaremos a Gault…

Una hora después Newton hacía una pausa y observaba al experto que tenía delante, ahora duramente batido pero aún impenitente, cuyos modos, desde luego, diferían bastante de los del Kenneth George Norman Ritchie seguro de sí mismo que había subido al estrado. Luego cerró los libros y dijo con calma:

—Hemos dejado claro, parece ser, su desacuerdo con estos seis libros de texto. Veamos, señor Ritchie, quisiera ahora considerar su testimonio en su aspecto más favorable, favorable a la acusación, y ver todo lo que esto puede significar. Usted dice que esas manchas invisibles son de sangre. ¿Puede decirme lo antiguas que son?

—No con seguridad.

Newton se permitió a sí mismo levantar ligeramente las manos en señal de sorpresa.

—Vamos a ver. Quiere usted decir que pueden ser de hace un año.

—Es improbable, pero supongo que es posible.

—¿Pueden ser de hace seis meses?

—Sí.

—¿Hay las mismas posibilidades de que sean de hace un mes?

—Sí.

—Usted no podría decir que se hicieron el cuatro de junio con más seguridad que el cuatro de mayo.

—No —replicó aquel nuevo Ritchie, mucho más apagado.

—¿Tampoco podría decir de quién era la sangre que causó esas manchas? ¿Pudo haber sido la propia sangre de Wilkins?

—Pudo haberlo sido.

—Usted no puede en ningún momento conectar esas manchas con el crimen.

Aguijoneado, Ritchie tuvo un nuevo momento de agresividad. Inclinando hacia adelante su larga nariz afirmó:

—No era parte de mi investigación conectar estas manchas de sangre con ningún crimen.

Newton golpeó los libros que tenía debajo de la mano amablemente, pero con aire amenazante.

—¿Persiste usted en llamarlas manchas de sangre después de lo que he leído de esos libros? ¿Está usted dispuesto a jurar solemnemente que ninguna de ellas fue causada por pus, leche, orina o cualquier otra de las veinte causas posibles?

Ritchie era obstinado:

—Sólo puedo repetir que según mi experiencia lo que le he dicho del test de la bencidina es exacto.

Morland hacía un rato que se movía incómodo en su asiento, lo que, según se dice, es signo inequívoco de irritación en un juez.

—No estoy del todo seguro de lo que usted nos dice, señor Ritchie. ¿Tengo que comprender que, a pesar de todas las autoridades que ha citado el señor Newton, usted afirma que el test de la bencidina es positivo para la sangre?

—Según mi experiencia, señoría, produce resultados positivos —replicó Ritchie con cautela.

El juez golpeó la mesa.

—Pero usted no está dispuesto a contradecir abiertamente todos los libros de texto, ¿verdad?

No hubo respuesta.

—¿Lo está usted, señor Ritchie?

Con una voz ahora desafiante Ritchie manifestó:

—Yo sólo puedo hablar según mi experiencia, señoría.

—Pero en todo caso, si se trata de manchas de sangre, usted no puede decir de quién es la sangre ni cuándo se produjeron, ¿no? ¿Pueden datar de hace seis meses, como dijo el señor Newton?

—Así es, señoría.

—Muy bien. Esto me aclara las cosas y espero que al jurado también. Prosiga, señor Newton.

Conseguido el efecto, Newton pasó al dudoso terreno de las cuatro manchas visibles. Hizo énfasis en que eran del mismo grupo sanguíneo de Wilkins —aunque lo eran también del de Sheila Morton— e inclinó a Ritchie a compartir la opinión de que el pulgar de Wilkins pudo, sólo pudo, haber sangrado lo suficiente como para producirlas. Se dio cuenta de que el jurado no estaba profundamente interesado en ello y se sentó. Hayley, dejando las cosas como estaban, no volvió a interrogar. Kenneth George

Norman Ritchie abandonó el estrado con la cabeza alta, la nariz apuntando firmemente hacia adelante como un experto derrotado, pero no hundido.

16

—Este es el señor Lambie —dijo tío Dan—. Trabaja para la Agencia de detectives de George Spaulding. Y ésta es la señorita Prenton.

Estaban sentados en una habitación del hotel del señor Likeness y él los miraba alternativamente con una aversión que ni por un momento se reflejó en su rostro amarillo y sonriente.

—¿Cómo se ha metido en eso la Agencia de detectives de George H. Spaulding?

—Yo los contraté —contestó la señora Wilkins.

Por un momento el señor Likeness se sorprendió como si hubiera hablado una estatua de Henry Moore.

—Para encontrar las pruebas de la inocencia de mi hijo —añadió ella.

El señor Likeness sonrió.

—Sí. ¿Y lo han conseguido?

—Lo que he conseguido —dijo el señor Lambie con una voz lúgubre e incolora que hacía juego con su impermeable—, lo que he conseguido es encontrar la dama que…, con la cual, quiero decir, pasó el señor Wilkins la noche.

El señor Likeness miró a Betty Prenton de nuevo: el cabello amarillo, la falda estrecha, los tacones agudos. Inesperadamente ella se echó a reír.

—No se preocupe, no tendré este aspecto cuando vaya al tribunal. Es decir, si quiere que vaya. Déjeme que se lo diga, no estoy aquí por mi gusto. Es mi conciencia social la que le impulsa, o algo así.

Mientras ella contaba lo sucedido con un tono monótono, pero dando un toque de ironía de vez en cuando, el señor Likeness tomaba nota de las horas en cuestión y se preguntaba si no sería en cierto modo un asunto preparado. La mujer tenía inteligencia para ello, pensó, pero aquel pequeño Lambie nunca se lo hubiera

propuesto. La señora Wilkins, sin ninguna duda, haría lo que fuera para salvar a su hijo, pero ese tipo de cosas jamás se le hubieran ocurrido. ¿Hunton? Sí, él podía hacerlo, era lo suficientemente astuto y poco mirado en cuestiones de elegancia, pero probablemente hubiera encontrado un testigo más respetable. En conjunto el señor Likeness pensó que la historia tenía todas las probabilidades de ser cierta, aunque, para hacerle justicia, le preocupaba mucho menos esa exacta e inútil cuestión que el posible efecto de la historia en el jurado.

—Déjeme ver si lo he entendido bien. Usted conoció al señor Wilkins en ese pub, el Diving Bell, y él le preguntó si podía ir a su casa con usted y usted dijo que sí. No tuvieron relaciones, pero le preparó judías guisadas y una tostada…

Se detuvo; Betty Prenton se había reído.

—¿Qué pasa?

—Nada, sólo el modo de presentarlo. Correcto hasta ahora.

—El se cortó el dedo abriendo la lata de judías; usted cree que un poco de sangre le cayó en la chaqueta, pero no está segura. El se marchó a las once porque usted esperaba un cliente. ¿Es así?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Por qué no apareció usted antes con esa historia?

—Lo que usted tendría que preguntar es por qué estoy aquí ahora. No sé por qué; tengo que probar mi cerebro, como le dije al pequeño Lambie. El chico me dio pena, pero no es asunto de mi incumbencia si lo hallan culpable. Llámele espíritu patriótico.

«¡Dios! —pensó el señor Likeness, al que parecía que todo le deprimía—, una prostituta con espíritu cívico.»

Pacientemente el señor Likeness dijo:

—Muy bien, señorita Prenton, si quiere decirme usted dónde podemos encontrarla.

—Eso me gusta.

Se levantó con las manos en las caderas mirándole indignada.

—¿Eso es todo lo que tiene que decir? ¿Ni siquiera dar las gracias a Lambie y a mí por venir aquí?

—Gracias, señorita Prenton, gracias.

La sonrisa habitual del señor Likeness se convirtió casi en una mueca. «¡Dios mío —pensó—, qué fastidio iba a ser esa mujer!»

Repitió esto o algo parecido a Newton y Charlie Hudnutt aquella tarde, algo después.

—Una prostituta —comentó Newton dudando—. ¿Qué aspecto tiene? ¿Cómo resistirá a Hayley?

—Muy sólida, pertinaz en sus opiniones, con muchas observaciones sobre el espíritu patriótico. Parece sacada de George Bernard Shaw o algún otro.

Intentó pinchar algo con el palillo.

—Entonces resistirá, puede resultar incluso bien. ¿Cuál es su historial, antecedentes penales y todo eso?

—Dice que nunca se ha visto metida en ningún auténtico lío. Hará frente a las preguntas, no se preocupe por ello. No está demasiado segura respecto a que la sangre del pulgar cayera sobre la chaqueta y los pantalones, pero eso no se puede evitar. El problema es ¿qué pensará el jurado de eso y de que él se fuera con esa mujer?

—Dijo usted que sólo quería simpatía, que no pasó nada.

El arrugado y amarillo rostro del señor Likeness manifestaba una comprensión casi infinita del engaño y la locura humana. Separó un pedazo de carne que se resistía y lo masticó con satisfacción.

—Esto es lo que ella dice.

—Podría ser cierto.

Newton repitió estas palabras de un modo un tanto cortante cuando Charlie Hudnutt se rió. La realidad era, aunque Newton apenas si lo admitía ante sí mismo, que se estaba sintiendo emocionalmente involucrado con este caso de un modo completamente ridículo. Una participación emocional de este tipo es peligrosa, es algo que hay que evitar, como él muy bien sabía.

—Cuéntame la vieja historia de siempre —cantó Charlie Hudnutt.

Newton sintió que su irritación iba en aumento.

—No creo que haya ninguna duda respecto a que debemos utilizar a esta mujer. Es la única prueba que tenemos de los movimientos de Wilkins durante las importantes horas de esa noche. Y el asunto de su dedo pulgar es absolutamente vital, aunque ella no esté del todo segura respecto a lo de la sangre.

—Tendremos que utilizar a la esposa —dijo Charlie Hudnutt—. Si él no dejó a esta fulana hasta pasadas las once y volvió a las doce

menos veinticinco, no le quedó mucho tiempo para matar a golpes a la muchacha en la playa. Oh, sí, tendremos que llamar a la esposa.

—Muy bien, muy bien.

Newton habló más molesto de lo que hubiera debido, sintiendo encima suyo la mirada amarilla y pensativa del señor Likeness, consciente de la ligera sorpresa que reflejaban los ojos de Charlie Hudnutt.

17

La tarde era calurosa y había truenos en el aire. El señor Morton estaba en el salón del hotel abanicándose a ratos con el pañuelo.

—Créeme, fue una buena cena. Un pedazo de cordero verdaderamente espléndido. Cordero asado con salsa de menta, guisantes y patatas nuevas; no hay cosa mejor.

Bill Matheson, que tenía delante el periódico de la tarde, gruñó:

—Newton lo hizo muy bien esta tarde, ¿no te parece?

—Muy bien.

—Mañana empieza la defensa. Será interesante ver cómo el joven Wilkins hace frente al estrado, ¿eh? ¿Quieres una copa de coñac, Bill, hijo mío?

—No, gracias.

—No creo que lo resista, sabes; no me sorprendería que se derrumbara ante el tribunal. No sé si Hayley es el tipo más indicado para esto. Marshall Hall, desde luego, era diferente. Hubiera descuartizado a un joven canalla como ése miembro a miembro. Antes de tu época, por supuesto. Creo que tomaré una copa de coñac. ¿Estás seguro de no querer acompañarme?

—No deberías beber, ya lo sabes.

—El coñac es medicinal. Además, me siento mucho mejor.

Desde luego, el vivaracho caballerito vestido con traje de tweed tenía mejor aspecto, casi bueno.

—Me iré mañana por la mañana, tío.

Las pecas se destacaban claramente en la nariz y la frente de Bill Matheson.

—¿Irte?

El señor Morton dejó en su sitio la copa, de la que había sorbido delicadamente el líquido, y le miró fijamente.

—Dios mío. ¿No vas a ver el final del juicio, no vas a ver al hijo de Geoffrey Wilkins en el estrado?

—Tengo que volver, he recibido una carta de mi empresa.

Además, ya he hecho mi declaración. No tengo motivo para quedarme.

—Sin duda podrías quedarte un par de días más.

La voz del señor Morton asumió el tono quejumbroso con el que antes se dirigía a Sheila.

—No querrás perderte la defensa. No me importaría apostar a que Newton se guarda una o dos cosas en la manga.

Bill Matheson se volvió a su tío, furioso:

—¿No te das cuenta de que odio cada minuto de este maldito asunto, este juego del gato y el ratón? Me descompone.

Calló un momento y luego dijo:

—Lo siento, tío. De verdad, me tengo que ir mañana. Hay un tren a las ocho y media. Lo cogeré. Será mejor que vaya a hacer el equipaje.

Su tío le vio marchar, acabó el coñac y pidió otro. Luego, apoyándose en sus muletas, se acercó vacilando a otra mesa a la que había sentados otros dos hombres. Le conocían. Se acercó a ellos y sin darles tiempo a que se levantaran dijo:

—Otra buena jornada en el tribunal. Ese hombre, Newton, hizo tiras a uno de esos que se llaman expertos. Déjenme que les cuente…

Como un frágil saltamontes de ojos vivos, se sentó tambaleándose en una butaca.

—Recuerda usted a una mujer llamada Betty Prenton? ¿O tal vez se llamaba sólo Betty? —preguntó el doctor Andreadis.

John Wilkins negó con la cabeza. Fuera aún había luz, pero en la celda sólo penetraba un poquito. Wilkins estaba sentado en la cama con las manos sobre las rodillas, aparentemente apático. Cuando el psiquiatra le repitió la historia de Betty Prenton él dijo:

—No me acuerdo.

—Dijo que estaba usted alterado, que hablaba de su mujer y de cómo la odiaba. ¿Se acuerda de eso?

—Se lo dije a todo el mundo, y era verdad. Todavía la odio.

Wilkins le miró abiertamente y Andreadis no pudo ver expresión alguna en sus ojos. El psiquiatra tuvo por un momento la extraña impresión de estar hablando con un hombre muerto.

—Pero está el hombre que me vio subir los escalones desde la playa a las doce menos veinte.

—Escúcheme, John —replicó Andreadis tomando al acusado por los hombros—. Usted oyó el interrogatorio al que Newton sometió a ese hombre cuando estaba en el estrado. No está seguro de la identificación. Lo que dice esta mujer le ayudará. Dice que estuvo usted con ella hasta las once. Explica cómo se cortó el pulgar. Tiene usted una buena oportunidad de absolución, ¿comprende? Pero depende de usted. Cuente su versión sin más. Diga exactamente lo que sucedió tal como lo recuerda. No intente ocultar nada. Usted odiaba a su esposa, dígalo si se lo preguntan. Diga la verdad, eso es todo lo que tiene que hacer.

—Decir la verdad —repitió Wilkins sin expresión—. ¿Pero cuál es la verdad?

—No tiene usted nada que temer. No hay trampas. No puede usted verse atrapado diciendo algo que no pretende decir, a menos que dé usted respuestas tontas. No intente ser inteligente ni sarcástico. No.se enfade. Sólo diga la verdad tal como la conoce.

Wilkins levantó la cabeza; Andreadis esperaba que le haría alguna pregunta inteligente.

—Ésa Betty Prenton, ¿qué es?

—¿Qué es?… Oh, comprendo. Es una prostituta. Demostró valor al presentarse.

Wilkins afirmó con la cabeza, murmuró algo y dejó que su cabeza se hundiera de nuevo. Andreadis no estaba seguro, pero le pareció haber oído las palabras «qué asco». Cuando un cuarto de hora después se marchó, estaba convencido de que apenas si había escarbado en la superficie de las cosas. El acusado se había retraído respecto a todas aquellas confidencias sobre su vida pasada en cierto refugio de su mente.

—Tome otra cerveza —dijo Betty Prenton—. Vamos.

—De verdad, no debería.

—No todos los días tiene la oportunidad de atrapar a un testigo vital para un juicio por asesinato. Traiga otro vaso de cerveza amarga.

—No tan alto.

El señor Lambie miró nerviosamente alrededor, a la barra. Bebió su cerveza como lo haría un caballero.

—Créame, señorita Prenton, hace calor.

—Desde luego que sí.

La señorita Prenton llevaba una blusa fina a través de la cual se transparentaba el contorno del sostén y sus firmes hombros.

—Usted es un diablillo perseverante, ¿verdad? —dijo ella—. Dígame, ¿de verdad le gusta ser medio poli? No puedo imaginar nada peor.

—Uno acepta la vida, sabe. Pero no diré que esto es lo que yo haya elegido. No siempre he hecho este tipo de cosas, compréndalo. Antes de la guerra yo tenía mi propia tienda, Lambie y Compañía, equipos de deportes. Pero después las cosas se pusieron, bueno, difíciles. Si hubiera podido conservar esta tienda, si no me hubiera enrolado en el ejército…, me pareció que era mi deber.

Rumió en silencio sobre un imaginario pasado.

Ella se bebió la ginebra y pidió otra discretamente.

—Usted es muy sensible al deber. Casado, ¿no?

De una manchada cartera de cuero el hombrecito sacó una fotografía donde podía verse a una mujer gordita de facciones redondas.

—Por supuesto está hecha hace bastantes años, exactamente después de la guerra. ¡Madre mía! ¿Pero qué es esto?

—Un tercer vaso de cerveza.

—Mi querida señorita Prenton.

—Betty.

—Mi trabajo aquí ha terminado. Dije a la señora Wilkins y al señor Hunton que creía que no podía hacer nada más de utilidad. Tengo que tomar el tren. No llegar a casa… bien… un poco piripi.

—Yo no me voy a ir a casa piripi, Lambie. Yo me voy a emborrachar completamente antes de irme. ¿Sabe usted por qué?

El hombrecito negó con la cabeza.

—Porque odio lo que estoy haciendo. Odio ayudar a la maldita Policía del modo que sea. ¿Sabe usted por qué lo hago?

—Pero, señorita Prenton…, Betty…, es su deber.

El rostro de ella, poderoso e inteligente, estaba rojo por causa del alcohol.

—El deber nada tiene que ver con esto. No creo que usted tenga

mucho que ver tampoco.

—Entonces qué…

—¡Dios!, pero qué calor hace esta noche. Le diré algo, Lambie. No me gustaba. Estoy hablando de Wilkins. No soy maternal por naturaleza. No me gustan los jóvenes que necesitan un hombro para llorar. ¿Y le digo algo más? No creo que lo hiciera, Lambie. No es el tipo.

El rostro de ella estaba tan cerca que inclinándose un poco hacia adelante, él hubiera podido besarla. En lugar de eso él se echó un poco hacia atrás.

—Pero en cuanto los agentes han puesto sus garras sobre alguien no lo sueltan ya. Lo van a declarar culpable.

18

A medida que el juicio avanzaba, o tal vez desde el momento en que se inició la defensa, John Wilkins se convirtió en el sujeto o víctima de una ilusión. Esta consistía en que el tribunal y todas las personas que estaban allí se volvían más pequeñas. La naturaleza exacta de la ilusión variaba. Algunas veces le parecía que él mismo estaba fuera del juicio, como un mero espectador de una broma fantástica para la que no había final ni respuesta definitiva. En otros momentos era consciente de su participación en lo que se estaba desarrollando, pero todo el asunto parecía irse alejando más y más, como si él fuera el ojo de una cámara que retrocediera desde la escena enfocada.

Con esta ilusión en torno a la distancia se mezclaba cierta confusión de su mente acerca de los testigos que aparecían ahora en el estrado. Ese vivaracho y helado pequeño Gimball, un muñeco con un alfiler con una perla destellante, sin duda no era amigo suyo. ¿Qué hacía declarando para la defensa? Pasó una notita, unos garabatos podría decirse, con gran rapidez, haciendo esta pregunta. Le llegó la respuesta: *Establece detalles sobre sus vacíos mentales*. ¿Qué quería decir esto? Se pasó una mano por la frente.

Ahora Newton preguntaba a Gimball acerca de los ataques de amnesia. Sí, asintió el hombre-muñeco, se había visto obligado a hablar con Wilkins respecto a ello. Habían afectado considerablemente su trabajo. En un momento dado, Gimball había pensado incluso en la posibilidad de transferirlo a otro departamento. Por lo que él sabía, había tenido en total unos tres o cuatro vacíos mentales.

Reconocida su existencia, ¿ahora qué? Pero ya Hayley se levantaba para interrogarle.

—Señor Gimball, ¿diría usted que le agradaba el señor Wilkins?

Una diminuta sonrisa asomó por la comisura de los labios de Gimball.

—No me disgusta.

—Había estado en su departamento varios años, ¿había llegado a conocerle bien?

—Así es, sí.

—¿Se considera usted un buen juez de los caracteres?

Gimball vaciló.

—Vamos, usted escribió su opinión de Wilkins con mucho énfasis en cierto informe que hizo cuando le preguntaron si consideraba adecuado que le promocionarán. Está usted de acuerdo con lo que dijo allí, ¿no?

—Sí.

Era vergonzoso, pensó John Wilkins, realmente vergonzoso exponer un asunto así… Hayley leyó el informe y repitió ciertas frases. «Se ha observado en él una falta de estabilidad. El nivel de su trabajo ha disminuido y se ha vuelto descuidado en pequeños detalles.»

—Allí no había nada sobre los vacíos mentales.

Gimball parpadeó desde el estrado.

—Parecía… poco generoso, diría, mencionarlos. Todo el informe había sido excesivamente amable. Durante las últimas semanas el trabajo de Wilkins fue considerablemente descuidado.

—Considerablemente descuidado.

Hayley pareció levemente sorprendido y añadió:

—Y con todo fue ascendido a jefe del departamento.

—Fue el resultado de una fusión. Yo me retiraba.

—Usted se retiraba, escribió un informe sobre Wilkins tan adverso como le fue posible, dijo usted claramente que no era adecuado para ser su sucesor y, sin embargo, fue ascendido. ¿Le sugiere esto algo?

—Imagino que usted quiera que yo diga…

—A mí me sugiere esto: que difícilmente pudo ser tan ineficiente como usted pretende y que esos llamados «vacíos» no afectaron a su trabajo. ¿Está usted de acuerdo?

Gimball dudó y luego dijo:

—No.

—¿No estaría de acuerdo, por lo menos, en que sus superiores tenían un punto de vista mucho más amistoso que el suyo? ¿Cómo puede, si no, explicar su nombramiento?

El juez intervino:

—Señor Hayley, no quisiera parar esa línea de interrogatorio si realmente considera que es vital, pero debo decirle que está apartándose del tema.

Hayley inclinó la cabeza.

—Tengo sólo dos preguntas más que hacer, señoría. Entonces, a pesar de su informe, ¿Wilkins fue ascendido?

—Sí.

—¿Y usted no tiene conocimiento *directo* de esos ataques de amnesia? Por lo que usted sabe, ¿pudo Wilkins haber pasado simplemente el tiempo fuera de la oficina bebiendo en clubs o presenciando partidos de fútbol?

—Si usted lo pone en estos términos, no tengo evidencia directa. Pero estoy seguro…

—Gracias.

Hayley se sentó.

Ahora, arrinconadas de la pesadilla del pasado, avanzaron con lentitud otras figuras. John Wilkins hubiera podido sentirse inclinado por gritar ante el tribunal: *No, no, esa gente no me conoce, no son amigos míos*, si no hubiera sentido en sí mismo algo que estaba muy distante a lo que estaba sucediendo. Había una parte de él que permanecía intacta por el légamo que aquellos que se suponían iban a defenderle echaban sobre su carácter. No alcanzado por la señora Hazel Denison, que le sonrió nerviosamente antes de dar gráficos detalles de su comportamiento en «La sombra de las cinco», el hecho de que no la había reconocido la segunda vez que se encontraron y el modo en que le habían echado fuera. Vergonzoso todo ello, pero no le tocó el ser interior que él atesoraba, el ser que había amado a Sheila.

Intacto, incluso, por la farsa representada por el doctor Bowen Glenister, un pequeño desastre que hizo que Charlie Hudnutt garrapateara una nota indignada al señor Likeness, y que debía achacarse a una deficiente preparación del caso.

El doctor Glenister, de grandes ojos redondos y cabello abundante, como una araña, subió al estrado y contó la visita que le hizo el acusado, habló de los vacíos mentales y de que él le pidió

ayuda.

—El mencionó específicamente los vacíos —dijo Charlie Hudnutt.

—Oh, sí. No hay duda de ello.

—¿Y le pidió ayuda para combatirlos?

—Así es.

El doctor empujó sus puños, que estaban considerablemente sucios.

—¿Y cómo acabó la entrevista?

—Prometió volver, pero nunca lo hizo.

Charlie Hudnutt hizo algunas preguntas para confirmar que los vacíos mentales habían sido la única razón de su visita y se sentó. El interrogatorio de Maurice Mallin-Fry empezó con bastante suavidad.

—Dice usted que Wilkins fue a su consulta por causa de sus vacíos mentales. ¿Era ésta la única razón de su visita?

Glenister se metió las sucias uñas en la boca y se las mordió.

—Naturalmente.

—¿Está usted completamente seguro?

—Sí.

—¿Está usted seguro de que no le pidió que le procurara una mujer?

Glenister levantó las manos horrorizado, revelando unas palmas suaves y sorprendentemente rosadas.

—Una sugerencia ultrajante.

—Esto es absolutamente falso, ¿no? ¿No haría usted nada parecido?

—No lo haría.

—Es usted un doctor respetable, ¿verdad?

La voz de Mallin-Fry era burlona. Glenister le miró como un animal que ha caído en una trampa.

El juez se movió en su asiento.

—Señor Mallin-Fry, confío en que tiene alguna base para haber hecho esta sugerencia.

—Voy a ello, señoría. ¿Es usted un doctor titulado?

—Sí.

—¿Por qué facultad?

No hubo respuesta.

—¿Por qué facultad? ¿Fue en la llamada Escuela Médica de St. Matthew? ¿Otorgan la graduación por correo tras una elemental preparación postal? ¿Estuvo sentenciado el hombre que dirigía la Escuela a dos años de cárcel por fraude?

A esta pregunta Glenister respondió:

—¿Cómo podría saberlo?

—Pero usted se graduó en esta Escuela. ¿Es ésta su única calificación como médico?

—Sí. Tengo una buena preparación en…

—Eso no importa. Responda sólo a mis preguntas. ¿Fue acusado en 1952 de ayudar a realizar un aborto? ¿Fue sentenciado con seis meses de cárcel.

No hubo respuesta.

—El 1954 fue de nuevo acusado, ¿esta vez por estar al frente de un burdel?

Glenister se volvió a meter los puños en la boca.

—Esto fue una trampa que me tendieron. El caso contra mí estaba preparado.

—Le acusaron y le hallaron culpable. Recibió una sentencia de doce meses de cárcel. ¿No es así? ¿No? Contésteme.

—Sí.

—De modo que si Wilkins hubiera ido a verle para pedirle una mujer a usted no le hubiera sorprendido, ¿verdad? Yo sugiero que él fue a usted a pedirle una muchacha, ¿no es esa la verdad?

Los pequeños ojos negros de Glenister le miraron fijamente sin vacilar, venenosamente.

—No.

Ya estamos, pensó John Wilkins turbado; dice la verdad y suena como mentira. Pero toda la función de marionetas era una mentira. ¿Cómo podía reconocerse a sí mismo en la caricatura de hombre que aquellos testigos presentaban? *No soy yo*, quería decir; *dije algunas de esas cosas, hice algunas de ellas, pero esas cosas no son yo. Ustedes tienen que entender lo que sentía cuando las dije y las hice, tienen que entender lo de Lacey y May, tienen que entender que lo que sentía por Sheila era real en un sentido y en otro un juego*.

Dirían que era culpa suya, pensó el señor Likeness cuando el señor Glenister abandonaba el estrado, pero serían injustos. No es corriente que los abogados investiguen los antecedentes de los

testigos, aunque tal vez en este caso hubiera debido hacerlo. Con aspecto sombrío, Betty Prenton atravesó la sala para subir al estrado. El pensó que sería mejor que se portase bien.

19

Betty Prenton se portó bien a su manera, que no era la del jurado ni tampoco podía ser apreciada fácilmente por nadie de aquella sala del tribunal. Les hizo frente a todos, no tanto con bravatas como con desdén, y su respuesta a la segunda pregunta de Magnus Newton fue emitida con positivo gusto.

—¿Cuál es su ocupación?

—Soy prostituta.

Su falda lisa y su blusa sencilla no permitían hacerse idea de esa ocupación. El cabello teñido de amarillo, los ojos atentos, la boca dura, la voz vulgar, todo eso, después de todo, eran menos estigmas de prostitución que indicios, digamos, de cualquier mujer triunfadora en los negocios. Y así fue, como una mujer de negocios, como contó la historia de la visita de John Wilkins, tal como se la había contado al señor Lambie aquella noche en su piso. Era un relato bastante sencillo, contado concisamente e incluso con cierto humor. Cuando hubo acabado, Newton dijo:

—Una cosa más, señorita Prenton. ¿Querría usted exponer brevemente a este tribunal las circunstancias que le han hecho venir a prestar esta declaración?

—Sí.

Apoyó sus grandes brazos en la barandilla del estrado y levantó un poco la cabeza hacia el jurado.

—Leí sobre este caso, reconocí la fotografía de Wilkins y dije: al diablo con ello. No quiero problemas. Luego me vino a ver ese hombrecito, Lambie…

—¿Lambie?

El juez había estado escribiendo muy ocupado; ahora se detuvo y levantó la mano.

—¿Va a ser llamado el señor… hmm… Lambie, señor Newton? Me parece que su nombre no se ha mencionado antes.

—Señoría, no creo que vaya a ser necesario. El señor Lambie es

un agente de investigación privada que contrató la madre de mi cliente y su única importancia en este caso es que convenció a la testigo a presentarse.

—Gracias, señor Newton.

El juez Morland miró con disgusto a Betty Prenton.

—Puede usted continuar —añadió.

—Sólo quiero decir que venir a un tribunal no hace ningún bien a alguien de mi profesión. Estoy aquí, como puede decirse, muy en contra de mi voluntad.

Magnus Newton se sentó, con la cabeza gacha. Hayley, que se había enzarzado en una agitada consulta con su socio desde el momento en que Betty Prenton subió al estrado, se levantó ahora. Prostitutas, al igual que expertos, son excepciones de las reglas generales, en las que los rigurosos interrogatorios pueden lograr que produzcan el efecto contrario al que se busca. Un experto actúa por encima de la comprensión de los hombres corrientes, una prostituta fuera de él. De modos muy diferentes, a ambos se les siente como una amenaza contra la sociedad tal como la establecen los hombres de leyes, y es un placer verlos derrotados. Por ello Hayley se sintió capaz de iniciar su interrogatorio diciendo con evidente ironía:

—Permita que la felicite por su espíritu cívico. Particularmente, como usted dice, porque no quiere llamar la atención de la Policía sobre su ocupación. ¿Cuántas veces la han arrestado, por cierto?

—Cinco o seis.

—No puede recordarlo exactamente. ¿Y por qué motivos?

Ella encogió sus amplios hombros.

—Lo típico. Atrapada en una de esas redadas donde cogen chicas, las meten en la camioneta a toda velocidad y luego les hacen preguntas. Cuarenta chelines o un mes.

—¡Ah, sí!

Hayley estaba tanteando el camino, probando por qué grietas lanzaría las preguntas de modo que hicieran que se tambaleara su seguridad en sí misma.

—La arrestaron el mes pasado, ¿no?

Ella estaba impaciente:

—Es siempre lo mismo. La Policía tiene que hacerlo, les guste o no. Es sólo una farsa, y ellos lo saben tan bien como nosotros.

Hayley levantó las cejas, miró al jurado y no hizo ningún

comentario.

El juez dijo, de modo cortante:

—No le han preguntado sus opiniones sobre el proceder de la Policía. Por favor, no se salga de lo que le preguntan.

—La Policía, pues, desconoce por completo su ocupación.

De nuevo ella se encogió de hombros.

—¿Sí o no?

—Tómelo como quiera. De todos modos me estoy poniendo en evidencia al declarar aquí.

—Veamos, usted recogió a este hombre en la Diving Bell, dice usted, exactamente antes de las nueve y media. Él le ofreció invitarla a una copa, usted aceptó, y luego…

Hayley se rió con una risa campesina, la risa de un hombre rústico ignorante de los vicios de la gran ciudad.

—No veo todo esto muy claro.

—Vino conmigo a casa.

—Sí, pero lo que quiero decir es ¿le pidió usted que fuera a su casa o fue él quien le preguntó si podía hacerlo? No veo todo esto muy claro, ¿comprende?

Por primera vez Betty Prenton mostró ciertas dudas.

—No estoy segura. Cuando entras en conversación así, en un pub de esos, con frecuencia es algo sobreentendido. En cualquier caso me dio pena, parecía tan desgraciado…

—Le dio pena. Pero eso era una transacción comercial, ¿no negará usted que esperaba obtener dinero de ese hombre?

Ella se puso las manos en las caderas.

—Era una transacción comercial, sí. Y de todos modos me daba pena. ¿Le parece a usted eso imposible?

—Déjeme seguir preguntándole —dijo Hayley rápidamente—. ¿Se mencionó en la taberna alguna suma de dinero?

—No.

—Cuando llegaron a su casa, entonces. ¿Y cuánto?

—Tres libras.

—¿Es su tarifa habitual? Me alegro de que no deje usted que los sentimientos se interfieran en los negocios.

—Nunca me pagó —su voz era ahora agria.

—¿De veras? Esto es muy interesante. ¿Cómo sucedió?

—Dijo que sólo quería hablar; me contó cosas de su mujer y de

esa chica Sheila. Lloró. Me dio pena.

—Y usted dijo: no, no, guárdese su dinero, déjeme hacerle unas judías guisadas y una tostada. Entonces él abrió la lata de las judías y se cortó el pulgar. Y usted no está segura de si la sangre le manchó la ropa.

Ahora, de repente, la voz de Hayley era abiertamente burlona y ridiculizante. Betty Prenton se acobardó por un momento y luego ardió de furia.

—Ya he dicho que creo que algo de sangre cayó sobre su ropa.

—¿Cómo podría haber alguna duda sobre una cosa así? El abre la lata, se corta el pulgar, grita..., ¿gritó?

—Sí, lo hizo. Yo estaba preparando la tostada. Cuando me volví, su mano estaba llena de sangre.

—Su mano estaba llena de sangre —repitió Hayley—. ¿Por un corte en el pulgar? Vamos, vamos, señorita Prenton.

—¿Estaba usted allí? —preguntó ella—. ¿Le estoy contando a usted lo que pasó o me lo está contando usted?

El juez golpeó la mesa.

—No debe usted hablar así al abogado. —Pero él sí puede hablarme como le dé la gana, ¿no es así? —dijo amargamente—. Su mano estaba llena de sangre, le digo, y creo que también la había en su ropa. Le brotó de prisa. Luego él corrió al grifo del agua fría y mantuvo el dedo debajo del agua por un minuto y se lo envolvió en el pañuelo porque no había dejado de sangrar. Esto es todo lo que advertí respecto a la sangre. Si hubiera sabido que me iban a hacer preguntas sobre ello lo habría anotado en el momento.

Con el aire de un hombre cuya paciencia ha llegado a su límite, Hayley dijo: —Y usted pide seriamente al jurado que la crea, una prostituta. Se llevó a ese hombre a casa para obtener su dinero, pero cambió de opinión al darse cuenta de que era desgraciado..., así que no le pidió el dinero, no tuvo relaciones con él, e incluso le preparó comida. ¿Es esto lo que quiere usted que el jurado crea?

—Sí —su voz era casi un grito—. Esto es lo que sucedió. ¿Quiere que le diga lo malo de ustedes, agudos abogados? No tienen caridad en sí, así que no piensan que los demás puedan tenerla. Venden sus mentes, pero les sorprende mucho cuando otras personas venden su cuerpo.

Charlie Hudnutt se adelantó hacia Magnus Newton.

—Es bastante sagaz, ¿no?

Newton afirmó con la cabeza tristemente. El señor Likeness la estaba dibujando; ahora añadió uno o dos trazos para lograr que su expresión fuera la de un perro de lanas de pelo rizado ladrando.

—A usted le dio pena John Wilkins, pero cuando llegó otro…, ¿cómo le llamó usted?…, otro cliente, no dudó usted en echarlo.

Ella no contestó.

—¿Lo hizo? ¿Le dijo que se fuera? Eso es verdad, ¿no?

—Sí, es verdad, pero…

—Y luego, aunque le dio tanta pena, no se presentó cuando vio que le habían arrestado.

—He dicho ya que no quería problemas con la Policía.

—Pero luego ese investigador privado extraordinariamente persuasivo apareció y usted vio el camino de su deber. ¿Es realmente eso lo que nos está contando?

—Si usted lo quiere expresar de este modo yo no puedo evitarlo. Pero no es verdad.

Hayley abrió las manos ampliamente.

—¿Qué es lo que no es verdad? ¿No es la verdad que a usted le gusta la propaganda y vio la oportunidad de su vida de lograr alguna cuando ese señor Lambie fue a verla?

—¡No! —gritó ella, y golpeó la superficie del estrado con los puños.

—Que usted agradeció la oportunidad de venir y airear sus descaradas opiniones sobre su vida de prostitución, aquí, ante este tribunal…

—No. No.

—¿Y que en realidad, si es que Wilkins la fue a ver, fue del modo habitual como usted actúa: se quedó con su dinero, tuvo relación con él, se fue, y el resto es producto de su fértil imaginación?

—¡Mentiroso! —le gritó ella—. Mentiroso repugnante. No tomé su dinero.

—Controle su lenguaje —dijo el juez.

—Podríamos creer que eso es la verdad, créame, señorita Prenton. Usted es una mujer de negocios. Una profesional como usted no permitiría que un hombre le hiciera perder una hora y media de su valioso tiempo por nada, ¿no? Y, por otra parte, una

mujer con un espíritu cívico como el suyo se hubiera presentado inmeditamente, ¿no?, si su historia hubiera sido cierta.

Ella se había recobrado ya ahora y contestó con tranquilidad:

—Puede usted ser tan sarcástico como quiera. Mi historia es verdad.

20

May Wilkins llevaba el cabello recién ondulado, lucía un vestido verde liso y un collar de perlas de tres vueltas alrededor del cuello. Contestó a las preguntas iniciales de Magnus Newton con compostura, contando que había tenido un matrimonio feliz y que conocía lo de los vacíos mentales. Ella le había aconsejado que fuera a ver a un médico, pero su marido decidía solo respecto a esas cosas.

—¿Notó usted algún cambio en la actitud de su esposo hacia usted? —preguntó Newton.

Había decidido resolver el problema de hacer subir a May al estrado admitiendo, ya que era inevitable, los cambios de su vida matrimonial. Por decirlo de algún modo, iba a permitirse demostrar que Wilkins le había sido infiel mentalmente para poder aprovechar su declaración respecto al tiempo. Por supuesto, Newton calculaba (aunque Charlie Hudnutt pensó que su lógica hilaba demasiado fino) que si podía dejar claro que May había llegado casi a odiar a su esposo, eso haría más convincente su declaración respecto a la hora en que él había regresado al hotel.

—Sí, hacía unos tres meses.

Y habló del incidente de cuando la golpeó:

—Hice una observación respecto a que su madre le seguía considerando como a su bebé. Luego lo sentí; creo que el verdadero motivo era que esa muchacha…

—Lo que usted crea no es una prueba, me temo. Limítese a contestar a las preguntas. Veamos, ¿le habló algupa vez el acusado de la señorita Morton?

—No.

—¿No sabía usted nada de su existencia hasta que le arrestaron?

—No.

—Pero usted sospechaba que algo no marchaba bien en este sentido. ¿Por qué?

—Un día, en la segunda semana de mayo, creo, John me preguntó qué pensaba del divorcio.

—¿Puede usted recordar las palabras exactas?

—Sí. Dijo que había leído algo en el periódico sobre un hombre que pensaba que cuando dos personas dejan de amarse, deben divorciarse. Le pregunté qué estaba intentando decirme, si me había sido infiel. El intentaba simular que no era nada personal, que aquello no tenía nada que ver con nosotros; pero, por supuesto, yo sabía que sí.

Newton abandonó ese peligroso terreno y la llevó a hablar de la visita a Brighton. Ella contó cómo John la había presionado para ir allí, cómo ella había mencionado una casa de huéspedes en Devon, pero él había insistido en Brighton y en aquellas dos semanas determinadas y ella, al final, había cedido conmovida por el deseo de su esposo de volver al lugar donde habían pasado su luna de miel.

—Pero las vacaciones no fueron un éxito.

—No. John estaba de muy mal humor y constantemente me dejaba sola.

Ya son bastantes concesiones, pensó Newton, y se metió con la noche del cuatro de junio.

—¿Estaba usted preocupada por su marido?

—Sí. No le había visto desde la hora de comer. Pensé que estaría por ahí con su tío, el señor Hunton.

—¿A qué hora se acostó usted?

—Un poco antes de las once. Pero no me dormí.

—¿A qué hora llegó su marido?

—A las doce menos veinticinco.

Newton repitió la hora vital lentamente.

—¿Está usted completamente segura?

—Completamente. Miré el reloj de la mesita de noche cuando él entró. Y justo un poco antes había oído dar la media a un reloj de fuera.

—¿Quiere decirnos qué sucedió cuando él entró?

—Le pregunté dónde había estado, qué había hecho, pero él parecía aturdido e incapaz de contestar. Su aliento olía a alcohol.

—¿Le habló usted duramente?

La afilada nariz de May se dirigió hacia el jurado.

—Lo hice, ¿y por qué no? Me había hecho sufrir ya bastante durante esas vacaciones, si es que se les puede llamar vacaciones. Entonces él dijo que tenía que lavarse las manos y me di cuenta de que las tenía manchadas de sangre. Se fue al lavabo y yo le pregunté qué había estado haciendo. El dijo…

Ella titubeó, y luego prosiguió:

—El dijo: «Métete en tus asuntos.» Entonces me fijé en que se había cortado en el pulgar.

Eso, pensó Newton, resultaba demasiado perfecto. La detuvo bruscamente.

—¿Y mientras se estaba lavando las manos, se fijó en la chaqueta?

—Sí, me fijé en las manchas oscuras de la chaqueta y le dije: mira, te has manchado de sangre la chaqueta.

—¿Cuál fue su reacción?

—El me arrebató la prenda y la colgó en el respaldo de la silla.

—¿Pareció alarmado de algún modo porque usted se fijara en la sangre?

—No.

—¿Intentó limpiarla? ¿Entonces, o después, en algún momento?

—No lo hizo.

—¿No pareció inquieto lo más mínimo, ni entonces ni después, debido a que tenía manchas de sangre en la chaqueta ni porque usted se hubiese fijado en ellas?

—No.

Newton se sentó convencido de haber conseguido la esencial información sobre la hora a un precio bastante alto. Y el precio no estaba pagado del todo, como tristemente comprendió al escuchar el interrogatorio de Hayley respecto a aquella conversación sobre el divorcio, descubriendo, gracias a la declaración de ella, que bajo ninguna circunstancia hubiera pensado en divorciarse de su marido. ¿Qué era lo que ella pretendía?, se preguntaba Newton, mirando la delgada y compuesta mujer que estaba en el estrado. ¿Lo odia ella realmente tanto como él dice odiarla a ella? No por primera vez se sorprendió a sí mismo pensando que Wilkins hubiera tenido todos los motivos para asesinar a su esposa.

Ahora Hayley pasaba a preguntarle por la hora.

—¿Usted sabe que el conserje, Shaddock, dice que su marido llegó a las doce menos diez?

—Está equivocado.

—Cuando llegó su esposo, ¿encendió usted la luz?

—No. Estaba sentada en la cama leyendo.

—Muy bien. Y usted echó una rápida ojeada al reloj, supongo…

—Miré la hora, y eran las doce menos veinticinco minutos. Estoy completamente segura de eso. El reloj de mi mesita de noche funciona bien.

Hayley hizo un último esfuerzo.

—Le sugiero que lo que usted oyó fue el reloj de afuera sonando tres veces, no dando la media, sino menos cuarto…, así que usted echó un vistazo fugaz a su reloj.

—No.

Ella estaba completamente tranquila y segura. Nos hemos quitado ese peso de encima, pensó Newton.

Cinco minutos después escuchaba, aterrado, la declaración de la mujer sobre la sangre de las manos de John Wilkins.

—Dijo usted que tenía sangre en las manos. ¿Podría ser un poco más precisa? ¿La tenía en las dos manos?

Tranquilamente May contestó:

—Tenía bastante sangre en la mano derecha, y estoy casi segura de que también tenía en la izquierda.

—¿En el dorso de su mano derecha, o en la palma?

—En el dorso. No pude ver la palma.

—¿Y se trataba de sangre seca, su mano no sangraba?

—No. Era sangre seca.

El juez Morland siguió escribiendo unos segundos. Hayley le esperó —gran parte del tiempo del juicio se empleó en este tipo de esperas—, y luego prosiguió:

—¿Llevaba un pañuelo envolviéndole la mano?

—No, no llevaba nada. El pulgar estaba descubierto.

Inclinándose hacia adelante un poquito, mirando primero al jurado y luego a la testigo, Hayley preguntó:

—¿Tenía un pañuelo manchado de sangre en el bolsillo?

—No. Sacó un pañuelo sucio de su bolsillo a la mañana siguiente. No estaba manchado de sangre.

He aquí en lo que queda el pañuelo de Betty Prenton anudado en su pulgar, pensó tristemente Newton. Ante la elección entre creer a la esposa o a una prostituta, ¿qué decidiría el jurado? No podía haber duda acerca de la respuesta.

—Y ahora sobre el corte en el pulgar —continuó Hayley, midiendo las palabras—. ¿Podía la sangre que estaba en el dorso de sus manos proceder de este corte?

Newton estaba en pie, con el rostro enrojecido e hinchado de ira.

—Señoría, tengo que protestar respecto a dos puntos. Primero, ¿cuál es el valor de la opinión de la señora Wilkins aquí? Si el corte no sangraba cuando ella lo vio, ¿qué oportunidad tuvo de saber hasta qué punto sangró? Solicito que no conteste a esta pregunta. Si la contesta, su respuesta debería referirse sólo a la mano derecha, puesto que no está segura de que hubiese sangre en la izquierda.

El juez escuchó esta protesta con la cabeza erguida como un atento y exquisito pajarito. Luego tosió levemente.

—¿Le sería posible encontrar otra línea en este interrogatorio que evitara las objeciones del señor Newton, señor Hayley?

—Lo intentaré, señoría. Dijo usted que no era un corte muy hondo. ¿Diría usted que era un rasguño?

—¡Oh, no, era mucho más que eso!

—¿Era muy profundo, una cuchillada sangrienta que la horrorizó?

Newton estaba en pie de nuevo.

—Señoría, de verdad no comprendo la necesidad de este interrogatorio. Ya hemos tenido la declaración médica sobre ese corte, que era, ejem…, de unos cinco centímetros, más o menos, de largo, extendiéndose desde la base hasta casi la punta del pulgar derecho. ¿Qué objetivo puede haber al preguntar a la señora Wilkins sobre algo ya establecido?

Ahora Hayley cedió, convencido, tal vez, de que había tocado este punto lo suficiente.

—¿Usted está completamente segura, en todo caso, de que su marido no llevaba el pulgar envuelto en un pañuelo, y de que el dedo no sangraba cuando usted lo vio?

Ella contestó sin que su tranquilidad seria se hubiera visto en absoluto perturbada:

—Estoy completamente segura de eso.

21

«Wilkins subió al estrado vistiendo un traje marrón oscuro de espiga, camisa marrón y corbata», escribió el periodista del *Daily Banner*. «Contestó a las preguntas de su abogado, señor Magnus Newton, clara y enfáticamente hasta que llegó a los acontecimientos de de la noche fatal…»

Clara y enfáticamente: en conjunto, Newton estaba contento por el efecto causado por Wilkins en el estrado hasta el momento, contento con su ruda sinceridad y sus contestaciones inmediatas. Había admitido sus peleas con May, admitido su afecto por Sheila, pero insistido en su naturaleza romántica, rechazando de modo convincente la sugerencia alentada por la acusación de que sus vacíos mentales eran invenciones de conveniencia. Si él hubiera formado parte del jurado, pensaba Newton, hubiera creído en el testimonio del joven hasta aquí. Pero las pruebas reales aún estaban por llegar, en las preguntas que ahora iba a formular y en el interrogatorio de Hayley.

Newton miró al jurado, se balanceó hacia atrás y hacia adelante e hizo la siguiente pregunta muy despacio. Para entonces, ellos conocían su técnica lo suficientemente bien como para comprender que estaba dando énfasis a su importancia.

—Usted sabe que dejó al señor Matheson a las siete menos veinte. ¿Cuál es su siguiente recuerdo?

—Me desperté a la mañana siguiente en mi habitación del hotel.

—Se - despertó - a - la - mañana - siguiente - en - la - habitación - del - hotel.

Newton dio la entonación de un beato repitiendo una letanía.

—¿Seguro que no recuerda ningún otro incidente de la noche?

—No.

—Ahora vayamos a su actitud en el momento en que le arrestaron. Mi amigo letrado mencionó, en su discurso de apertura, que usted afirmó que nunca hubiera hecho daño a Sheila Morton si

hubiera estado usted en sus cabales. ¿Qué quiso decir con eso?

—Simplemente que había tenido un vacío mental. No sabía qué había podido hacer.

—Bajo ningún concepto era, pues, una confesión, ¿verdad?

—No. ¿Cómo hubiera podido confesar si no recordaba?

—Bien, esta es mi última pregunta. ¿Tuvo alguna intención mental de agredirla cuando se enteró de que Sheila Morton estaba comprometida?

Ahora Wilkins levantó la cabeza y habló alta y claramente:

—Ante Dios, nunca tuve intención de hacer daño a Sheila Morton. La amaba.

No está tan mal, pensó Newton al sentarse, pero hubiéramos podido prescindir de las dos últimas palabras. ¿Las explotaría Hayley inmediatamente?, se preguntaba. Pero el fiscal, frunciendo el ceño como un campesino ante todo ese material psicológico, iniciaba otro plan de acción.

—Esos vacíos mentales usted los llama…, me gustaría saber algo más de ellos. ¿Tengo razón al pensar, cómo le diría, que en cierto modo su mente se cierra durante unas horas? ¿Está usted completamente en blanco durante ese tiempo y luego no puede decir qué ha pasado? ¿Lo he expuesto claramente?

—Sí.

—Y esto le ha ocurrido cuatro o cinco veces durante el año pasado. Debe de haberle preocupado mucho, sin duda.

—Sí, me preocupó.

El acusado hablaba en voz baja.

—A mí me preocuparía, lo sé.

Hayley dijo estas palabras sonriendo al jurado; era una sonrisa de complicidad, que indicaba lo absurdo de la idea de que algo así pudiera preocupar a un hombre perfectamente normal como él.

—Incluso afectaba a su trabajo, ¿no?… Se producían errores aquí y allá, también muy natural.

—Cometí algunas equivocaciones, sí.

—De modo que, por supuesto, fue usted a ver al médico.

El acusado permaneció en silencio.

—¿Qué le dijo el médico cuando fue a verle?

—No fui al médico —contestó Wilkins.

Sus manos agarraron fuertemente la barandilla que tenia

delante,

Hayley fingió una inmensa sorpresa.

—No fue a ver al médico. Esto es muy raro. Así que usted sufre de esos lapsus de memoria que afectan su trabajo y le perturban, y a pesar de ello no va al médico. ¿Por qué?

Wilkins contestó algo inaudible. El juez se inclinó hacia adelante con la mano en el oído.

—No lo he entendido. ¿Querría usted hablar más alto, por favor?

Wilkins elevó la voz de un modo artificial y, con el pálido rostro ruborizado, dijo:

—Los causaba la bebida. Sabía que los causaba la bebida. No quería ir al médico.

—Pero al final usted vio a uno, ¿no? Fue a ver al doctor Glenister. ¿Por qué le eligió?

—Me lo recomendó mi tío.

—Sí. Pero ¿por qué ver a ese médico en lugar del suyo? ¿Qué esperaba que hiciera él por usted?

De nuevo hubo un silencio.

—Usted tenía miedo que su médico le hablara del estado de su mente, ¿no es así? Usted sabía que tendía hacia la violencia y bebía para liberarse de ella. ¿Es éste el motivo por el que fue a ver al doctor Glenister y no a su propio médico?

—No. No.

Wilkins pronunció la palabra dos veces gritando con una violencia que asustó a los espectadores que estaban en la sala e hizo que los hombres y mujeres del jurado lo observaran con particular atención, como, si fuera un insecto que revelara bajo las lentes de aumento un veneno invisible a simple vista.

Hayley insistió.

—Entonces, ¿por qué no fue a ver a su propio médico? ¿Por qué prefirió al doctor Glenister?

—Mi tío me lo recomendó.

—Pero ¿por qué no había visto usted a su propio médico mucho antes? Su esposa estaba deseosa de que lo hiciera.

—Ella le contó eso —gritaba ahora de nuevo—. Mi esposa le contó eso. Me odia.

Hayley esperó, mirando al jurado, al juez, al acusado, al público.

Luego dijo:

—Dejaremos este punto y pasaremos a la última pregunta de mi interrogatorio. Usted contestó hace un momento: «Ante Dios, nunca tuve intención de hacer daño a Sheila Morton. La amaba.» Veamos, pues, ¿qué sintió, aquel lunes por la tarde, a última hora, cuando se enteró del compromiso de Sheila Morton? Debió de ser un golpe para usted, ¿no es cierto?

—Fue un golpe.

El breve ramalazo de violencia se había extinguido. El periodista del *Daily Banner* anotó: «Súbitos cambios de humor.»

—¿Cuáles eran sus sentimientos hacia ella en este momento? ¿Sintió amor, ira o se encontraba trastornado?

—Estaba trastornado.

—¿Se sentía traicionado?

—No. Yo… ella… yo sentía que ella no hubiera debido hacer eso. Pero la amaba, amaba a Sheila.

—¿Recuerda usted haber salido a tomar una copa con el señor Matheson luego? ¿Recuerda usted lo que le dijo?

—Sí… No lo recuerdo claramente.

La confusión del acusado era ahora muy patente.

—Le recordaré lo que le dijo usted. «Fue un gran golpe para Sheila cuando descubrió que estaba casado. Antes de eso ella estaba muy interesada en mí. No me la podía quitar de encima; en realidad, siempre me perseguía para que saliera con ella.» ¿Era eso verdad?

—Sí, salimos.

—¿Con cuánta frecuencia?

—Una vez.

Su voz era desmayada.

—Le recordaré algo más. «Cuando averiguó que estaba casado se desmoronó, pero antes no había quien la parara.» ¿Dijo usted esas palabras?

—Supongo que sí, algo parecido, sí.

—Entonces él le dijo que usted daba a entender que Sheila Morton había sido su amante y le ordenó que se callara. ¿Es así?

—Más o menos.

—En realidad no era verdad que usted hubiera tenido relaciones íntimas con Sheila Morton, ¿no es cierto?

—No lo era.

Ahora la voz era muy débil, casi inaudible.

—Ni siquiera se acercaba a la verdad. Usted había salido con ella una vez solamente, ella no tenía intención de volver a salir con usted, y ahora estaba comprometida para casarse. Estos son los hechos, ¿no?

—Supongo que sí.

—Pero usted no podía soportar el conocimiento de estos hechos…, casi no puede persuadirse a sí mismo a hacerlo ahora. Este es el motivo por el que inventó eso… ¿cómo lo diría?…, esa fantasía que usted le contó a Matheson.

No hubo respuesta.

—¿Quiere usted decir que esa fantasía la inventó por amor a Sheila Morton?

Siguió sin haber respuesta.

—¿O fue ésta la expresión de una lascivia que se convirtió en odio, una fantasía que más tarde, aquella noche, se sintió empujado a convertir en una horrible realidad?

John Wilkins colocó la cabeza entre sus manos y lloró. Cuando levantó la cara, hinchada y fea, se podían ver las lágrimas. Intentaba decir algo, pero fuera lo que fuera nació como un parloteo desarticulado del que emergía nítida solamente una palabra, repetida una y otra vez. La palabra era *Amor*.

22

El juez Morland empezó su recapitulación como una conversación, como un enanito con toga roja que diera una conferencia en tono coloquial ante los alumnos de su clase, y no como el austero personaje jurídico de la imaginación popular, o más bien del pasado, ya que la actitud del tribunal de justicia ha cambiado casi tanto como la del abogado en los últimos treinta años.

—Exactamente después de las diez en punto de aquel lunes, por la noche, la señorita Morton salió a dar un paseo. Su novio le ofreció acompañarla, pero ella dijo que prefería estar sola. El abogado defensor ha intentado sugerir, en su hábil discurso final, que pudo haber salido para acudir a una cita. Ustedes pueden pensar que eso es intrínsecamente improbable, teniendo en la mente los hechos de la enfermedad de su padre y su reciente compromiso…, y ustedes pueden pensar también que no es nada improbable, después de la tensión en que había vivido las últimas horas, que deseara estar un rato sola y tomar un poco el aire.

»Ahora bien, en algún momento entre las diez y media y las doce de la noche (estos son los límites de tiempo que sugiere el testigo de la acusación experto en la materia, y la defensa no los puso en duda) Sheila Morton fue brutalmente atacada y asesinada en la playa de Brighton. Su cabeza y su rostro habían sido golpeados varias veces con un instrumento romo que no se ha encontrado, pero que pudo haber sido una gran piedra de la playa. Habían tocado su ropa, pero aunque había señales de que se intentó un asalto sexual, de hecho no había sido violada.

»Sheila Morton era virgen. Su trato era amistoso, pero no era en absoluto el tipo de muchacha, pueden creer ustedes, que pasea por una playa oscura de noche con un extraño. La acusación sugiere que encontró a John Wilkins, aceptó su invitación de pasear por la playa, que resistió allí sus tentativas de hacer el amor con ella, y

que él la mató en un rapto de pasión. Es mi deber decirles que en ese caso no cabe duda de que el veredicto debe ser asesinato premeditado. La posibilidad de que Wilkins no esté capacitado para declarar no ha sido esgrimida por la defensa, y no se ha ofrecido ningún testimonio en relación a esto, a pesar del hecho de que Wilkins no puede dar explicación alguna de sus movimientos exactamente entre las seis y media de aquella tarde y la mañana siguiente. Períodos tan breves de amnesia, o como se les llama comúnmente vacíos mentales, no son desconocidos tras períodos de mucha bebida, o en momentos de tensión mental, y aunque podrían ser utilizados para sugerir que el acusado no era responsable de sus actos, la defensa no ha hecho esa sugerencia. La defensa afirma simplemente que no cometió ese crimen.

Pasó luego a exponer la táctica de la acusación:

—La hipótesis de la acusación se basa en tres puntos principales: la visita de Wilkins al Langland Hotel el lunes que, se da a entender, proporcionó el motivo inmediato para el crimen; el testimonio del señor Fanum y del conserje del Príncipe Regente, Shaddock, que se refiere a avanzada la noche, y las manchas de sangre que aparecieron en sus ropas. Consideraré estos tres factores por orden.

»Han oído ustedes la declaración del recepcionista del hotel Langland, del padre de la señorita Morton y de su novio en relación a la conducta del señor Wilkins cuando se enteró de que la señorita Morton estaba comprometida. Parecía, dijo el señor Jackson en una expresiva frase, "como un cordero llevado al matadero". Evidentemente, constituyó un gran golpe para él. Después sostuvo una conversación con el señor Matheson, tras abandonar el hotel, y pueden pensar ustedes que esta conversación fue particularmente significativa. En ella Wilkins dijo que Sheila Morton había estado "muy interesada" en él, que le costaba mantenerla apartada de él. Dio a entender que había sido su amante. Matheson, muy justamente, le ordenó que se callara. Lo que dijo Wilkins en esta ocasión estaba muy lejos de la verdad; pero, señores del jurado, ¿en qué estado debía encontrarse el hombre para decir esto? ¿Era meramente, como apunta el abogado defensor, el tipo de cosa que un hombre dice en semejante momento, nada más que presunción de mal gusto? ¿O muestra la apasionada frustración que conduce a una acción violenta, como indica la acusación? Tienen ustedes que

decidir respecto a eso.

El pequeño juez Morland sorbió agua con tanta delicadeza como un pájaro. Hayley le escuchaba impasible, con los brazos cruzados y el rostro decorosamente serio. Magnus Newton afirmaba con la cabeza, parpadeaba y abombaba sus mejillas. Sus socios parecían convenientemente alerta. John Wilkins miraba al juez, que estaba al otro lado del tribunal, con una cara vacía de expresión. En el soñoliento calor de aquel día era difícil creer, mientras la voz del anciano iba zumbando sin cesar, y parecía cada vez más lenta, que algo serio estaba en juego.

—… el asunto de las horas —decía—. Este es un punto de la mayor importancia en la cual los testimonios ofrecidos por varios testigos es irreconciliable. El señor Fanum, recordarán ustedes, afirmó que vio a un hombre subir de la playa al paseo a las doce menos veinte, e identificó a ese hombre con Wilkins. El señor Newton en su interrogatorio se recreó con ironía en una frase que el testigo había utilizado con respecto a un grito que oyó en la playa, un grito que tenía, dijo él, «el color de la muerte». Es una frase caprichosa y ustedes pueden creer que el señor Fanum es dado a esos vuelos de la fantasía. Afirmó que la cara del hombre estaba pálida, y el señor Newton señaló que todos los rostros parecen pálidos bajo el tipo de iluminación instalado en ese lugar de la playa. Sugirió que el señor Fanum pudo haber visto una fotografía del acusado y esto le influyó en el momento de identificarle. Ustedes tienen que decidir la importancia que hay que darle a la declaración del señor Fanum. ¿Es meramente un ser fantasioso, o vio realmente al acusado llegar a la playa?

Hizo una pausa.

—Conectada con la declaración del señor Fanum está la del conserje Shaddock, que atestiguó que el acusado llegó a las doce menos diez. Por otra parte, la señora Wilkins, que miró el reloj de la mesita de noche cuando el acusado entró en el dormitorio, dice que eran las doce menos veinticinco. Evidentemente ambos asertos no pueden ser correctos. La defensa sugiere que el señor Shaddock se equivocó porque vio la hora sólo a través del reflejo del reloj del vestíbulo. La acusación sugiere que la señora Wilkins se engañó por

causa de un reloj de fuera que dio las doce menos cuarto y ella creyó que daba la media. Ustedes decidirán cuál de estos testigos estaba equivocado. Debo señalar, sin embargo, que si creen a la señora Wilkins, necesariamente tienen que desestimar el testimonio del señor Fanum, ya que si Wilkins entró en su dormitorio a las doce menos veinticinco, no pudo ser visto en el paseo cinco minutos después. Debo señalar también que la general desconfianza respecto al testimonio de una esposa en defensa de su marido tiene aquí poca aplicación. La mayor parte de lo que la señora Wilkins dijo en el interrogatorio era perjudicial para su marido, y se trató de una declaración llevada a cabo con tanta tranquilidad y calma que se la debe considerar exenta de todo deseo de protegerle. Existe otro punto relacionado con este asunto de las horas. Si consideran que el testimonio de la señora Wilkins es correcto y que el del señor Fanum y el señor Shaddock está equivocado, esto no indica en modo alguno que Wilkins sea inocente del crimen.

Bebió de nuevo agua.

—Llego ahora a los testimonios sobre las manchas de sangre. Tenemos que ser muy claros al respecto. Había dos manchas en la chaqueta de sport de Wilkins y dos en sus pantalones que eran de sangre, sin lugar a dudas. La acusación afirma que se las hizo Wilkins cuando mató a Sheila Morton. La defensa atribuye su presencia al hecho de que en algún momento de la noche Wilkins se hizo un corte en el pulgar. El corte fue una herida bastante considerable, casi de cinco centímetros de longitud y de gran profundidad. ¿Creen ustedes que este corte, se hiciera como se hiciera, pudo ser origen de las manchas de la chaqueta y los pantalones que vieron ustedes? ¿Esas cuatro manchas bien definidas? Pueden ustedes pensar que el impacto de una emoción extrema pudo impedir que el acusado se diera cuenta de que la sangre le caía sobre la ropa.

»Tengo que catalogar en otro lugar las manchas invisibles a simple vista, que el testigo científico, señor Ritchie, identificó como manchas de sangre siguiendo el método conocido como test de la bencidina. ¿Pero son esas manchas de sangre? Oyeron ustedes la declaración del señor Ritchie y el inteligente interrogatorio del señor Newton. El señor Ritchie sostiene que en su experiencia con el *test* de la bencidina siempre produce resultados positivos, y sostuvo

esto en contra de numerosos libros de texto. Cuando, sin embargo, yo le pregunté si podía decir de quién era la sangre, o cuándo fue a parar a la ropa, admitió que no podía decir nada al respecto. Yo creo, y me veo obligado a apuntárselo a ustedes, que no sería seguro, cuando los expertos divergen de modo tan violento, confiar en los resultados del *test* de la bencidina. Considerarán, pues, como prueba sólo las cuatro manchas identificadas positivamente como sangre.

Magnus Newton dejó que sus mejillas se deshincharan lentamente, con una señal de satisfacción. Había estado seguro de que los resultados de la prueba de la bencidina serían desechados; sin embargo, era reconfortante escuchar las palabras que acababan de pronunciarse. Era un punto ganado, y además importante.

—Luego quedan las preguntas que pueden formularse a sí mismos respecto a la declaración hecha por la señorita Prenton para la defensa. Es una prostituta y una de las que, como ustedes habrán podido observar, no se avergüenza de su profesión. Su testimonio, considerado separadamente, no establece la inocencia del prisionero. Sin embargo, lo sitúa a él en su casa, aproximadamente, desde las nueve y media hasta las once. Le hubiera tomado unos quince minutos caminar hasta el sitio donde Sheila Morton fue asesinada, y esto significaría que no lo encontró hasta, digamos, las once y cuarto o un poco después. El señor Newton defendía la idea de que forzosamente esto le dejó muy poco tiempo para asesinar a la señorita Morton y estar de regreso a su habitación del hotel a las doce menos veinticinco. Este argumento, desde luego, sólo es válido si ustedes aceptan el testimonio de la señora Wilkins respecto a la hora de su regreso. El señor Newton razonaba también que si aceptamos la narración de la señorita Prenton, que sitúa el momento del encuentro no antes de las once y cuarto, la señorita Morton debía de haber estado paseando más de una hora cuando se encontró con el señor Wilkins. Afirmo que esto era muy poco probable, ya que su padre estaba enfermo, y ella había dicho que no tardaría mucho. ¿Les parece este argumento concluyente? Tengan presente que ella sabía que había una enfermera nocturna junto a su padre y sabía que no podía hacer nada por él, y que había estado

permanentemente con él desde que le diera el ataque al corazón el sábado por la noche. Son ustedes quienes han de decidir si el señor Newton subrayó indebidamente este punto.

Se detuvo un instante.

—Pero tienen ustedes que considerar, además, si dan crédito a la declaración de la señorita Prenton, que en un punto su historia no concuerda con lo que dijo la señora Wilkins. Sostiene que el acusado abrió para ella una lata de judías guisadas, se cortó en el pulgar y utilizó el pañuelo para detener la sangre. Según la señora Wilkins el acusado no llevaba ningún pañuelo envolviéndole el dedo cuando llegó al hotel ni había ningún pañuelo manchado de sangre en sus bolsillos. Además, hay otros aspectos curiosos en la historia Prenton. A pesar de su simpatía por el acusado, no se presentó inmediatamente, no lo hizo hasta que un investigador privado contratado por la familia del acusado la visitó. Dijo que era porque temía llamar la atención de la Policía sobre su profesión, una declaración que en cierto modo perdió fuerza cuando el señor Hayley señaló que había sufrido diversas condenas, la última de las cuales hace sólo pocas semanas, de modo que ya era perfectamente conocida de la Policía. La acusación sugería que su único móvil había sido convertirse en el centro de interés y que su historia llevaba el sello de la falsedad. ¿Es éste un motivo suficiente para su acción, para que se presentara en pos del brillo publicitario? Ustedes tuvieron ocasión de ver a la señorita Prenton en el estrado y ustedes deben decidir.

»¿Les parece verosímil que esta prostituta se llevara a un hombre a su casa, estuviera con él una hora y media, rechazara su dinero e incluso le preparara algo de comer? Y si no creen esta parte de la historia, ¿pueden creer el resto? ¿Pueden creer en su relación de la apertura de la lata de judías, el corte del pulgar, el pañuelo anudado en torno a él que desapareció de forma tan extraña…?

Miró un breve instante al jurado en silencio.

—Llego ahora —prosiguió— a la actitud del acusado cuando fue interrogado por la Policía. El martes por la mañana había acudido de nuevo al hotel Langland y le habían comunicado la muerte de Sheila. El inspector Kenning asegura que Wilkins demostró ansiedad inmediatamente cuando le señalaron las manchas de sangre que

había en su chaqueta y mencionó que se había cortado el pulgar. ¿Era ésta una inquietud natural puesto que sabía que Sheila Morton había sido asesinada o ponía de manifiesto la conciencia de culpa? Recordarán ustedes que en ningún momento intentó hacer desaparecer las manchas de su chaqueta y sus pantalones. Luego está la observación que hizo cuando le arrestaron: «Yo amaba a Sheila. Nunca le hubiera hecho daño si hubiera estado en mis cabales.» ¿Fue ésta la observación de un asesino que sabía que le habían atrapado o significaba simplemente lo que el acusado sostuvo durante el interrogatorio: «tuve un vacío mental, no sabía qué había podido hacer»?

Hizo una pausa y continuó.

—Finalmente debo decir algo sobre la cuestión del motivo, que tanto subrayó el señor Hayley en su discurso final. El motivo que se atribuye al prisionero es el de una pasión frustrada. El había desarrollado una extravagante fantasía en torno a Sheila Morton, de eso no cabe la menor duda. Han oído ustedes cómo la persiguió en el club de tenis, han oído cómo indujo a su mujer a ir a Brighton cuando se enteró de que Sheila Morton estaba allí. ¿Qué pretendía conseguir con esto? Pueden pensar que apenas lo sabía él mismo, que esperaba que una extraordinaria combinación de circunstancias le permitirían realizar su aventura con ella incluso aunque su esposa se hallara en Brighton. Por supuesto semejante combinación de circunstancias nunca hubiera podido producirse, y si por azar se hubieran dado podemos estar seguros de que Sheila Morton no hubiera aceptado sus avances. Pero con todo, consideren el efecto que en una mente como la del acusado produjo el súbito descubrimiento de que ella estaba comprometida para casarse. El no niega que eso fue un golpe para él, y que le empujó a una noche de bebida. Pueden ustedes pensar que sus actos son un ejemplo de miedo a la violencia y que, desde luego, es muy sorprendente que prefiriera visitar a un médico desconocido, como el doctor Glenister, antes que al suyo propio. ¿Era, tal vez, debido a que tenía miedo de lo que pudiera averiguar sobre su propia naturaleza…?

Calló un momento.

—En su discurso final para la defensa, el señor Newton sugirió, si es que le seguí bien, que el carácter psicológico del acusado era tal que de haber asesinado a alguien hubiera sido a su esposa, que

la falta de confianza entre ellos había derivado, por lo menos por parte de él, en odio, y que, en su mente, ella se interponía en el camino y le impedía alcanzar su felicidad con Sheila Morton. Ustedes darán tanto valor a este argumento como lo consideren justificado, pero pueden pensar que esto es una idea improbable, particularmente teniendo en cuenta que Wilkins acababa de enterarse del compromiso de Sheila Morton. El señor Newton sugirió también que Sheila Morton pudo haber ido a pasear por la playa y ser atacada allí por un desconocido. ¿Les parece que cabe dentro de’ lo posible que una muchacha como Sheila Morton hubiera bajado a pasear por la playa sola en aquella noche tan oscura? Debo subrayar, sin embargo, que no es necesario que la defensa aporte una explicación aceptable de los acontecimientos de la trágica noche de ese lunes, o exponga cómo halló la muerte Sheila Morton. Es responsabilidad de la acusación probar y dejar libre de dudas, que John Wilkins fue culpable del crimen que se le imputa. Por fuerte que fuera el motivo, éste, en sí, no es suficiente. La sospecha, por fuerte que sea, no es suficiente. Deben estar ustedes convencidos…»

23

Cuando el juez hubo terminado bajaron a John Wilkins a su celda y con firmeza y amabilidad le dijeron que tenía que tener paciencia, que quizá el jurado no tardaría mucho. Una vez allí, él se sentó con perfecta docilidad, con las manos sobre las rodillas y los ojos fijos en el muro blanco. ¿En qué pensaba, si es que pensaba algo?, se preguntaba uno de los subalternos de la cárcel, cuya mente era dada a la fantasía.

En un juicio por asesinato, una vez el jurado se ha retirado, se produce un espacio de tiempo que el que está poco informado puede pensar es el de máxima emoción; en realidad es todo lo contrario. Se trata de un momento de espera durante el cual el público estira las piernas y bosteza y los abogados abandonan la sala para fumar y charlar en sus estancias.

—¿Qué piensa? —preguntó Charlie Hudnutt a Newton, mientras estaban sentados fumando en la pequeña habitación que se les había procurado.

Hudnutt estaba sentado en una mesa balanceando las piernas. Newton paseaba de un lado a otro.

—Si están de vuelta dentro de una hora, muy bien. Si dura más…

No acabó la frase.

—Aquel chico, el segundo de la izquierda, que tiene el bigote como una manija, se bebía vorazmente cada una de sus palabras.

Newton soltó un gruñido.

—El viejo Morland fue bastante honrado. Siempre lo es. Se vio obligado a rechazar ese asunto de la bencidina, ¿no? Bueno, ya ha pasado. Me alegraré de volver a Londres.

Newton le saludó con la cabeza abruptamente, abrió la puerta y salió. Charlie Hudnutt se encogió de hombros y luego, silbando, consultó su agenda. Sintió que tenía derecho a un poco de relajación. Ahora llamaría por teléfono a Gillian…, ¿o sería a

Margaret? Silbaba cada vez más fuerte.

Muchos de los asistentes de la galería aguantaban allí, leyendo periódicos o libros, y haciendo comentarios entre ellos. Abajo, cierto número de gente relacionada con el caso permanecía sentada. La vieja señora Wilkins, con las facciones equilibradas, las manos cruzadas sobre el estómago, no hablaba con tío Dan, quien arrastraba las largas piernas por encima del suelo, rebuscaba un papel en su bolsillo y una o dos veces se llevó la mano a la mejilla para ocultar un persistente tic. El señor Morton estaba sentado cerca de ellos, airoso con su camisa de seda y su pajarita con lunares blancos, la mirada complacida, y parpadeando con mucha frecuencia hacia los espectadores de la galería como si quisiera decirles: «Aquí estoy, soy el padre de la chica asesinada, el hombre enfermo que triunfalmente ha sobrevivido.» Colocando su mano en el bolsillo, furtivamente la retiró, llevándose a la boca una galleta de crema.

En la fila de detrás estaba Betty Prenton, y a su lado May Wilkins. Los ojos de May miraban fijamente hacia adelante, como si estuvieran clavados, ignorando la mala reputación del miembro de la sociedad que estaba sentado tan cerca de ella que sólo unos pocos centímetros los separaban.

El resumen del juez había concluido a las once en punto. A las once y cuarto tío Dan dijo:

—Parece que no se ponen de acuerdo. Tiene que beneficiar al chico, ¿no? Apuesto por un veredicto de no culpable.

—No pueden hallarlo culpable —dijo la señora Wilkins.

—Claro que no —replicó tío Dan apresuradamente—. Creo que voy a estirar las piernas un minuto. Ellos no volverán todavía. Tal vez tome una taza de té al otro lado de la calle. Por supuesto no quitaré el ojo de lo que aquí suceda. ¿Vienes?

Ella negó con la cabeza, y él salió de la sala al calor, cruzó la calle y pidió un té en una pequeña cafetería. Se dio cuenta de que Betty Prenton estaba sentada en una mesa de la sala y se acercó a ella.

—Me llamo Hunton, Dan Hunton. Tío del acusado, como dicen allá.

Agitó el pulgar.

—Quería darle las gracias. ¿Le importa que me siente?

—Es un mundo libre, o al menos eso me dicen.

Ella lo sopesó con dura mirada y escudriñó desde su cabello gris descuidado hasta sus zapatos marrones de poca calidad, se fijó en el tic, el rostro ladeado, las manos largas y torcidas.

—No tiene nada que agradecerme. No sé siquiera si ayudé en algo.

—Ha necesitado tener mucho valor. Fue una vergüenza el modo en que Hayley fue a por usted. ¿Un pitillo?

—Gracias.

Cogió uno del paquete con sus dedos fuertes, rapaces, manchados de nicotina. Desde el otro lado de la sala, tío Dan había pensado que era una mujer guapa. De cerca…, bueno, seguía siendo guapa, pero se podía ver que tenía la piel basta y una mirada algo dura. Pero ¿qué decía ahora?

—Tenía que hacer su trabajo.

—No tenía que hacerlo así, insultando.

Dio una calada al cigarrillo y le miró.

—Usted es su tío, el que le presentó a ese médico fraudulento.

Tío Dan hizo un gesto conciliador con las manos.

—¿Cómo iba yo a saber que era así? Le conocí en un club, me pareció un tipo bastante bien —dijo, y tomó un sorbo de té—. Pensé que podría presentar a John alguien como usted, una mujer de mundo. Es lo que necesitaba.

—Usted piensa que es culpable, ¿no?

—Diablos, no lo sé.

—No lo hizo. Lo siento aquí.

Se puso la mano en el estómago. Al otro lado, en el tribunal, había un poco de barullo de gente.

—Algo pasa —dijo ella—. Volvamos.

Fueron caminando juntos. Tío Dan murmuró nerviosamente:

—Yo voy por aquí. ¿Por dónde va usted?…

—Entiendo. No se preocupe, no le molestaré. Sé cuál es mi lugar…, de espaldas.

Se rió sonoramente. Tío Dan logró sonreír débilmente mientras a toda prisa se alejaba de ella.

Eran las doce y veinte. El jurado ocupaba de nuevo su lugar con

aspecto solemne. John Wilkins se hallaba también en su sitio, pálido pero aún dócil. Entró el juez, avanzando como un sonámbulo. Todo el mundo se puso en pie. Se sentó. Todo el mundo le imitó.

El oficial, un despabilado hombrecito que estaba sentado debajo del juez, dijo:

—Miembros del jurado, ¿se han puesto de acuerdo sobre el veredicto?

El presidente del jurado era un anciano de apariencia agradable, con una cara alargada, algo caballuna y franca. Contestó como si no tuviera certeza al respecto:

—Lo estamos.

—¿Cómo hallaron al acusado, culpable o inocente?

—Hallamos al acusado culpable.

La vieja señora Wilkins emitió un breve grito. Tío Dan bajó la vista y se miró las piernas. El señor Morton sonrió afectadamente e inclinó un poco la cabeza. Una sonrisa tembló en los labios de May Wilkins. Betty Prenton cerró los ojos. Magnus Newton rompió en dos un lápiz. El acusado, vigilado por los oficiales de la prisión que tenía a ambos lados, permaneció tranquilo como un sordomudo.

El juez Morland se colocó un pequeño cuadrado de terciopelo negro en la cabeza.

EPÍLOGO

1

Tío Dan y la señora Wilkins apenas si hablaron en su camino de regreso a Clapham. En el tren él leyó los periódicos de la tarde y su relato de la recapitulación y el veredicto. Luego, algo furtivamente, miró las páginas de deportes. No era necesario hacerlo a escondidas, ya que la señora Wilkins miraba por la ventanilla.

De regreso a Baynard Road él dijo nerviosamente:

—¿Quieres una taza de té?

Ella se quitó el extraordinario sombrero.

—Sería muy agradable.

Tío Dan abrió las ventanas, hizo el té y lo llevó con unas galletas en una bandeja. Ante su sorpresa, ella bebió dos tazas y comió varias galletas.

—Me preguntaba… —empezó a decir él, sin poder dominar el tic de su mejilla, ahora muy fuerte—. Me preguntaba si… ¿Qué vas a hacer ahora?

—¿Qué quieres decir?

—Habrá una cuenta considerable de la agencia de detectives. Después de todo, el tipo averiguó algo. Pero, quiero decir… ¿vas a continuar?

Ella se dio un golpecito en la boca.

—¿Qué quieres decir con continuar? Dijeron que era culpable.

—Se puede apelar, por supuesto. Y no es esto lo que quiero decir. ¿Vas a buscar testimonios nuevos, este tipo de cosas?

—Dijeron que lo había hecho.

—Pero tú crees… Sólo unos minutos antes del veredicto dijiste…

—Dijeron que él lo hizo.

Tenía la cara grave, pensativa.

—Esto es el final.

Tío Dan la miró con la boca abierta. Ella hablaba lentamente, sus mandíbulas se movían como si aún estuvieran comiendo.

—Mi hijo es un asesino, Dan. Mató a esa mujer. Ellos lo averiguaron. Ahora me duele la cabeza y me voy a echarme en la cama.

Cuando se hubo marchado, tío Dan siguió sentado, con las piernas estiradas delante de él, mirando las tazas de té.

2

«Ven a nuestra casa cuando todo haya terminado», habían dicho los Edwards a May. «No te sentirás con ánimos de volver a ese piso, o en todo caso no todavía.»

El señor Edwards esperaba con el coche en la estación Victoria y había un té preparado cuando llegaron a la primorosa casita adosada.

—No tuvieron más remedio que declararle culpable —dijo Stella Edwards con fulgor momentáneo en los ojos—. Todo eso sobre lavarse las manos manchadas de sangre en el lavabo, imagino… debió de aterrarte.

—Entonces no —replicó May.

Estaban sentados en jardín, que era tan primoroso como la casa.

—Si me pides mi opinión te diré que esta chica le llevó a ello. Quiero decir, no estoy acusando a John o algo así, pero algunas de esas muchachas realmente lo están pidiendo. Bajar a la playa por la noche, quiero decir.

May no replicó. El señor Edwards dio un codazo a su mujer, que cambió de tono:

—May, querida, Harry y yo sentimos… pensamos que deberías alejarte de todo eso. ¿Por qué no vienes con nosotros a Devon la semana que viene? Ya sabes, en la casa de huéspedes de Restawhile. Es muy tranquilo, y hay una gente encantadora. Sencillamente, nos

gustaría mucho que estuvieras con nosotros. Y quédate aquí hasta que vayamos; ya sabes, la habitación de invitados está preparada.

May se rió nerviosamente un momento.

—Muchas gracias, me gustará mucho hacerlo. Al comienzo ya quería ir con vosotros. Tendré mis vacaciones en Devon después de todo.

—Claro, sí —dijo su amiga, un tanto desconcertada.

Harry Edwards se atusó los bigotes y pensó, en parte admirado: *Palabra, tiene sangre fría*.

3

El señor Morton regresó a casa sintiéndose un poco desdichado después de la excitación del juicio, que le había mantenido en plena forma. La asistenta, señora Kipler, le había conservado la casa limpia y ordenada, pero él no tenía otro remedio que enfrentarse con la necesidad de hacerse la cena. Esto llevaba consigo, de todos modos, sus compensaciones, como estaba dispuesto a apreciar mientras se ponía un delantal que había pertenecido a Sheila, y derretía manteca en la sartén.

Dos rebanadas de pan frito, dos espléndidas lonchas de bacón…, ¿qué más? Rompió dos huevos en la sartén y, tras un momento de duda, añadió un tercero. La manteca chisporroteaba alegremente. Esto era mejor que el aguachirle y los zumos de fruta que Sheila le había hecho cenar todas las noches. Susurrando en voz baja, el señor Morton lo colocó todo en un gran plato y se sentó en la cocina a comerlo. Mientras lo hacía, con rapidez leyó superficialmente la carta del joven Bill Matheson, que había esperado su regreso: «… siento no haberme podido quedar… Temo que hayas pensado que era mal educado…, bajo una gran tensión, como estábamos todos por entonces…, desolado por el veredicto, esperaba contra toda esperanza que el jurado haría… cualquier cosa que pueda hacer para ayudar…, un ama de llaves…»

El señor Morton empujó un trocito de pan frito rebañando el

plato para recoger lo que quedaba de yema. Un buen tipo, Bill Matheson, pero aburrido. ¿Un ama de llaves? Tal vez, pero qué fastidio sería eso. Eructó, suspiró, se movió inquieto. Empezaba a sentirse bastante mal.

4

—No hubo suerte —dijo el señor Moody al señor Likeness, que estaba de regreso en la oficina leyendo el periódico de la mañana.

—No hubo suerte.

—¿Newton estuvo bien?

—Así, así. A decir verdad no demasiado. ¿Hay mucho que hacer?

—Nada que tenga que preocuparle. Cosas de rutina que están en su mesa de despacho. ¿Lo pasó bien en Lewes?

—Le saqué unos chelines a Pinkney haciendo trampas.

El señor Moody le dejó; el señor Likeness escogió los ganadores para las dos y media y cuatro y cuarto, llamó por teléfono, hizo sus apuestas por más de lo que podía gastar y se volvió a la acumulación de papeles que tenía en su mesa de despacho.

5

—Acérquese, tiene visita —dijo el guardián.

John Wilkins se levantó obedientemente, siguió al guardián corredor abajo hasta la sala pequeña, y miró a la mujer que estaba al otro lado de los barrotes.

—Soy yo —dijo Betty Prenton.

En aquel hombre de cara pálida y ojos como puntitos nublados, ella apenas si reconoció a John Wilkins.

—Me recuerda, Betty Prenton.

—Por supuesto —dijo él educadamente.

Ella parecía perpleja.

—Le preguntaron… le dijeron que yo vendría, ¿verdad?

El no contestó.

—¿Hay algo que usted quiera, algo que pueda hacer por usted?

—No lo creo, gracias.

—¿Está bien la comida? ¿Hace suficiente ejercicio? Yo sé lo que es la cárcel, ¿sabe?, he estado en ella, aunque fuera sólo un día o dos.

—Todo está bien.

Estaba sentado con una calma que a ella no le parecía natural.

—Me he mudado de Brighton —dijo desesperadamente—, ¿sabe? No podía quedarme realmente después de lo que sucedió. Ahora estoy en Londres. En algunos aspectos me gustaba estar junto a la playa.

Ahora él manifestó interés, se inclinó hacia adelante y apoyó la cara en las rejas.

—¿Me ha traído algún mensaje?

—¿Mensaje?

—De Sheila.

Aquella cara gruesa de color pálido temblaba y las lágrimas aparecieron en sus ojos opacos.

—Hace mucho tiempo —añadió.

—¿Sheila? ¡Oh, Dios mío!

Betty Prenton apoyó el rostro en las manos. John Wilkins empezó a hablar rápidamente.

—Sé que ha sido difícil. Y no me importa esperar, dígale eso, ¿quiere? Pero es duro sin una sola palabra. Sólo una palabra. No entiendo por qué no me escribe. ¿Es por causa de su padre? Tiene que cuidarle, pero de todos modos… ¿cree usted que aquí se quedan las cartas para que yo no las reciba?

De su boca empezó a gotear un poco de saliva.

—Intentaré ponerme en contacto —contestó Betty Prenton, y empezó a caminar apartándose de la reja—. Adiós.

—Por favor, no se vaya —suplicó él mientras las lágrimas resbalaban por su rostro—. Tengo que hablar con alguien de ella. Usted… yo no la recuerdo, pero sé que usted lo entenderá.

—Vamos —dijo el guardián—. Es la hora.

John Wilkins volvió hacia él un rostro agonizante. Betty Prenton huyó, pero no tan de prisa como para no oír su llanto animal.

6

Betty Prenton visitó a John Wilkins a finales de agosto. Fue una dorada tarde de otoño, a finales de septiembre, cuando Magnus New ton visitó al doctor Andreadis, y se sentaron a tomar un jerez en el pequeño jardín empedrado de la casa del psiquiatra en San John's Wood.

—Wilkins está en Broadmoor —dijo Newton bruscamente—. Supongo que usted lo sabe. Le trasladaron hace un par de semanas. Tal vez hubiéramos debido aducir enajenación mental…

El doctor Andreadis sonrió.

—Pero según sus normas… ya discutimos eso en nuestro primer encuentro…

—El estaba cuerdo. Lo sé. Maldita sea.

Había vertido el jerez. Hubo una breve confusión y de nuevo se llenó su vaso.

—La vida de la cárcel —dijo el doctor— nos vuelve a todos psicópatas.

—Tal vez. ¿Cree usted que lo hizo? No me venga con una de sus malditas generalizaciones, tampoco ahora.

—¿No está usted satisfecho con el veredicto?

Andreadis miraba a Newton con curiosidad.

—Le contaré una cosa, doctor. A principios de mes me llevé a mi mujer y a mi hija pequeña…, ¿se acuerda de que estaba enferma en el momento del proceso?, de vacaciones. Dimos una vuelta por Francia e Italia en coche. Una noche nos paramos en un pequeño pueblo llamado Previso, en la costa del Adriático, y nos hospedamos en uno de los dos hoteles de allí. Al día siguiente fui a dar un paseo mientras mi mujer y mi hija estaban en la playa. Me senté en una colina que daba al mar, dormité un poco. Había conducido mucho

el día antes y por algún motivo no había dormido bien. Me despertó un ruido espantoso. Pasaron un minuto o dos antes de que identificara eso como una risa muy extraña.

Hizo una pausa.

—¿Se acuerda de uno de los testigos del caso, un viejo estúpido llamado Fanum? —continuó—. ¿Recuerda la risa que dijo haber oído? Era así, nada terrena, una suerte de lamento.

Andreadis se limitó a mirarle. Newton seguía hablando.

—Yo estaba temblando, había sentido frío de pronto. Me arrastré hasta el borde de la colina. Debajo había una pequeña cala, una playa de arena fina, y sólo una persona… ¿Dije que era una costa bastante desolada? Esta persona, un hombre, estaba tendido leyendo un periódico. Se reía como si tuviera una convulsión. En un momento dado se metió un pañuelo en la boca para detener el ruido, pero luego lo sacó y el ruido empezó de nuevo.

Newton se estremeció.

—La causa de todo parecía ser el periódico. Por supuesto no pude ver la fecha, ni el artículo que le divertía, pero cuando volví a Previso miré los periódicos ingleses que se venden allí con un par de días de retraso. Encontré un reportaje donde se decía que el viejo Morton, el padre de Sheila, había muerto de un ataque al corazón. Aparentemente el viejo había comido toda clase de alimentos que le perjudicaban y su doctor no estaba sorprendido.

—¿Y el hombre que vio usted en la playa?

—El hombre de la playa era el pariente más próximo del viejo Morton, su sobrino William Matheson.

—¿Y Matheson heredó?

—No, sólo un par de libras. El viejo había hecho un testamento nuevo y dejado la mayor parte de su dinero a una residencia de ancianos.

—¿Y entonces?

Andreadis miraba a Newton con mucha atención.

—¿No se da cuenta? —preguntó ahora Newton estallando en un discurso que parecía tan doloroso para él como una quemadura de agua hirviendo—. ¿No ve cómo todo concuerda? Pensamos que nadie más tenía motivos para matar a Sheila. Pero fíjese en Matheson. Se sabía seguro que el viejo Morton iba a morir, el médico mismo lo dijo. El dinero sería para Sheila. Matheson había

estado más o menos comprometido con ella, recuérdelo. El había acudido desde Birmingham con la idea de proponerle de nuevo el matrimonio, de convertirse en el marido de una mujer rica. ¿Qué se encuentra? Ella se ha comprometido de pronto y no hay duda de que se casará en cuanto su padre se muera. Piense en el golpe que supone para él. Y, además, él mismo ha estado — comprometido con ella, no quiere que se case con otro. Piense en cómo le indignaron las insinuaciones de Wilkins. Cuando Sheila sale a pasear la encuentra, tal vez realmente por casualidad. El es un hombre en el que confía, al que conoce, su primo. Bajan a la playa juntos. El la mata. Ahora el dinero es de Matheson, como pariente más cercano, en cuanto el viejo muera. Pero el viejo no muere. Matheson no se atreve a matarlo porque eso, sin duda, levantaría sospechas. Tal como están las cosas está libre de sospechas y puede con su testimonio hacer que la culpabilidad de Wilkins parezca más segura. Si realmente hubiera sido amigo de Wilkins, no hubiera tenido ninguna necesidad de convertir su breve conversación en algo tan condenable.

Newton se detuvo bruscamente.

—¿Podría tomar un whisky?

—Claro.

Mientras Newton se servía el whisky, Andreadis dijo:

—Al final Matheson no consiguió el dinero, o muy poco.

—Sí, pero no podía adivinar que el viejo iba a hacer otro testamento. ¿Qué cree usted?

—No es el hombre. Me refiero a Matheson.

Andreadis sorbió el jerez, y prosiguió:

—A usted le ha puesto histérico este caso. Ya lo vi venir en Lewes.

—Matheson, ¿qué opina de Matheson? ¿No cree que lo hiciera él?

Newton tenía la cara enrojecida y las venas de la frente hinchadas.

—No. ¿Supone usted que asesinó a su tío desde Italia?

—Desde luego que no. Sencillamente esperó a que muriera. Sabía que no tendría que esperar mucho tiempo y no podía adivinar lo del testamento. Usted mismo dijo que no estaba seguro de que Wilkins fuera culpable.

—¿Dije eso? Si lo hice fue simplemente para evitar una discusión.

—¿Entonces cree que lo hizo?

—Sin duda. Y usted también. Todo esto es mera justificación por lo que a usted le parece un caso no demasiado bien llevado.

—Matheson tenía un motivo, un motivo importante. Tuvo la ocasión. Nadie se fijó en él ni le sonsacó. ¿Por qué iban a hacerlo?

—Tiene usted que enfrentarse con la realidad.

Andreadis se puso en pie ahora, alto, imperioso, austero por un momento.

—Esta fantasía se ha apoderado de usted debido a una risa que oyó en una playa cuando usted se despertaba después de estar durmiendo. Esta es la única conexión con lo que sucedió en Brighton. El resto está en su mente.

Debajo de los tejados, el sol se diluía en una mezcla de grana y oro.

—Si no puedo convencerle a usted, no convenceré a nadie —dijo Newton.

Se puso en pie, Andreadis le llevaba la cabeza, y se acabó el whisky.

—Pero usted no estaba en lo alto de esa colina, doctor —añadió—, no oyó la risa como la oí yo. Le diré que ahora sé qué quiso decir ese viejo cuando afirmó que era la risa de un asesino. Sé qué quiso decir con aquello de que la risa tenía.

De pronto el sol se puso. Los dos hombres, en pie, se miraron el uno al otro a la luz del crepúsculo.